

Contemporánea

The book cover features a detailed illustration of a woman with a pale, almost featureless face, looking directly at the viewer with a somber expression. She is wearing a dark, off-the-shoulder dress with a repeating pattern of roses and leaves. In her right hand, she holds a single, light-colored rose. Her left hand is positioned lower, holding a small, sharp knife. The background is dark, with a patterned border on the left side. The overall mood is mysterious and unsettling.

**ROSA
BELTRÁN**
**Amores
que matan**

Cuentos

DEBOLSILLO

Rosa Beltrán
Amores que matan
Cuentos

DEBOLSILLO

SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleermex



@megustaleermex

Penguin
Random House
Grupo Editorial

CUENTOS DARWINIANOS

SUPERVIVENCIA DEL MÁS APTO

Desde que cumplí setenta años, entreno a mi mujer todas las mañanas a fin de que, llegado el caso, pueda asistirse en su viudez. Se podría pensar que es prematuro, pero las estadísticas me confirman que mis previsiones tienen un fundamento: los hombres nos vamos antes. ¿Y alguien se ha detenido a pensar en las penalidades de la viuda cuando sus facultades menguan? La historia de la viuda alegre pertenece al cine y la literatura. En la realidad, las viudas se quedan ciegas, sordas, cojas, etcétera. Una vez se supo del caso de una viuda amnésica que se empeñaba en cobrar su pensión a nombre de otra y pasó años sin conseguirlo. Mi mujer, cuando oye estas historias, se aterra. Por eso he decidido entrenarla en el arte del deterioro. Lo ideal sería ir de la cabeza a los pies, le digo, y la alecciono sobre las ventajas de ir siguiendo una lógica. A ver, pensemos. ¿Cuáles son los verdaderos problemas de las viudas? Las tuertas, por ejemplo. Apenas si logran que alguien repare en ellas. En general no las atienden, las mandan a otras ventanillas. Podrían despertar mayor interés si se decidieran por la solución radical: o los dos ojos o ninguno. Optaremos por los dos. Mi mujer se agita. Tranquila, le aclaro, para eso está la profilaxis. Le pongo un paño grueso en los ojos y le digo: adelante, ten ánimo. Más vale empezar a tiempo. Lo primero es caminar por el cuarto sin que te tropieces. Ella da dos pasos y tira la lámpara de pie. ¡Es que nunca antes he sido ciega!, se disculpa. Yo discrepo. Para ser ciega eres pésima, le digo. No usas las yemas de los dedos ni adelantas un pie. No comprendes que la esencia del desplazamiento del ciego es huir del obstáculo. ¿Qué tal si me tiras encima la jarra de té caliente? ¡Pero si tú ya no estarás!, responde. Muy bien, no estaré, pero ¿y quién me garantiza que no te arrojarás por la ventana? Los ciegos palpan, tantean, abren bien los dedos tratando de emerger de las aguas profundas de esa otra falta de memoria que es la ceguera. En cambio tú te confías mucho. Crees que todo es cosa de improvisar. Ella busca

una salida. Dice que sabrá si corre peligro gracias al oído, que tiene mucho más fino que yo. Bueno, intentemos por ahí, le digo, no sea que te quedes sorda. Después de ponerle taponés, le ato unas cuerdas en los dedos anular y medio de las que tiraré cada vez que alguien llame a la puerta. Pienso adaptarle un artefacto que cumpla esta función cuando yo no esté. Tomé esta medida porque antes probamos con un foco que encendía al accionar el timbre pero tardó horas en darse cuenta. Cuando se lo hice ver, dijo que la razón era que se confundía: no sabía si en ese momento era ciega o sorda. Tras varios intentos, decidí atarle cuerdas por todo el cuerpo: en una pierna, para avisar que algo ardía en la lumbre, en los brazos, para indicarle que alguien venía subiendo por la escalera. Con todo, fue mejor ciega que sorda. Le expliqué que si alguien se metiera a asaltarla no tendría forma de defenderse. Aumenté el grado de dificultad con una mordaza que le impedía gritar, pero ella tuvo otra idea. Los pies, querido, dijo. Pienso que ese sería mi verdadero Waterloo. ¿Cómo iría a cobrar la pensión si no pudiera moverme? No pude más que sonreír. Ya se ve la clase de viuda que serás. Inválida, pero avarienta. Procedimos. Ella dobló una pierna y sujetándola por detrás con una mano me dijo: Mira, podría caminar así, a saltitos. Le expliqué que las cojas tienen problemas mucho peores que moverse o no moverse. De hecho, tienen mayores problemas que las tuertas. Un cojo está condenado a la soledad, expliqué. Jamás verás cojos en compañía de otros cojos. No son como los ciegos que suelen andar en fila india, como un ejército desorientado pero solidario. Hay escuelas para ciegos, tours de ciegos, pero ¿has visto excursiones de cojos? Tuvo que admitir que no. Un cojo no es sólo un cojo, es una fórmula compensatoria que va más allá del pie: un cojo siempre está cojo de la compañía de otro. Un paralítico, en cambio, es el centro de atención. Piensa y verás: no hay quien se niegue a empujar una silla de ruedas, aunque lo haga de mal modo. A regañadientes se hincó. Trató de avanzar de este modo pero el sobrepeso y las pantorrillas le estorbaban. ¡Es que no puedo!, dijo. Volví a sonreír. Ya verás que sin mí la vida no es tan sencilla como parece. Y aún nos queda la parálisis, añadió. La conduje al lecho y la até de pies y manos. Acostada en la cama sin poder desplazarse, ¿qué podría hacer? Podrías recordarme, sugerí. Me respondió: para qué. Para matar el tiempo, por ejemplo. Si lo único que tendría sería el tiempo ¿para qué querría matarlo?, dijo. Las viudas tienen una lógica implacable. Había

que prepararla para cuando la perdiera. A ver, haz de cuenta que no soy el que tú crees, ¿quién soy?, pregunté. Eres ¡un visitante! No. Eres ¡un asaltante! No. Eres... ¡el perro! Cuando se cansó, dijo: tú lo que quieres es volverme loca. Está bien, admití, dejemos este ejercicio. No conocerás esta herramienta. ¡No, por favor!, suplicó, continuemos, te lo ruego.

Los locos son convincentes hasta ese grado en que aun rebelándonos, acaban por tener la razón.

EL ORIGEN DE LAS ESPECIES

Estábamos frente al espejo del baño, en medio de algún argumento, cuando de pronto cayó como un golpe:

—No te lo presto.

Dijo mi hija, refiriéndose a un lápiz labial que acababa de aplicarse. La miré desde el espejo, en la esperanza de encontrar el gesto que me confirmaría lo que había detrás: una broma.

—¿Te hace sentir mal, verdad?

—Y a ti por lo visto te hace sentir bien —dije.

—No, pero es necesario.

Y guardó sus cosméticos.

—Tienes que curarte.

—¿No me vas a prestar *ninguno*? —insistí, incrédula.

Movió la cabeza, en signo negativo.

—¿Ni la pinza de cejas siquiera?

—Ni la pinza de cejas.

Dejé pasar unos momentos, sin saber qué decir.

—Qué tristeza —dije, mirándola fijamente— qué tristeza saber que nada de lo que te he enseñado vale para ti. Que no aprecies lo que te inculqué ni lo que te he dado desinteresadamente. Ni la generosidad, ni el amor al prójimo, ni siquiera la consideración.

Ella siguió maquillándose tan tranquila.

—Porque si valiera, me prestarías la pinza para arrancarme... —hice un gesto vago, que abarcaba el cuerpo —todo esto o me estarías ofreciendo, cuando menos, tu vestido rojo tornasol.

Con delicadeza, sacó el cepillo dentro del tubo y se aplicó rímel en las pestañas del ojo izquierdo, luego procedió a hacer lo mismo con el derecho.

—¿Sabes cuál es tu problema? —dijo de pronto, dándose vuelta con el cepillo en la mano—. Tu problema es que padeces el complejo de “quiero lo que tú tienes”.

Me quedé helada. Nunca me había visto como alguien que añorara poseer lo de otros, menos aun lo de ella.

—Qué hay de malo en eso —dije, mirando con displicencia su vestido talla cuatro. En el fondo, mi complejo tiene un fin noble. El deseo de ser mejor.

Cerró los ojos y sonrió, como si tuviera que controlarse. Luego los abrió, dejó el cepillo en la bolsa de cosméticos, me tomó de los hombros y me llevó a sentarme a la orilla de la cama.

—Ya habíamos hablado de esto —me dijo—. Yo incliné la cabeza.

—Mírate los pies. ¿Qué número calzas? ¿Cinco? ¿Cinco y medio?

Suspiró.

—Y en el vestido no cabes. ¿Entiendes? Eres otra talla.

Busqué una salida rápida.

—Y qué tiene esto que ver con las pinturas.

Ella se puso de pie, como si se hubiera acordado de algo; volvió a la bolsa de cosméticos y sacó una pequeña brocha para aplicarse las sombras.

—Que son objetos de uso personal, como el cepillo de dientes. Si te los presto, me puede dar conjuntivitis.

Decidí enfrentarla y ensayé una actitud heroica.

—Entonces regálamelas.

—¿Para que te dé conjuntivitis a ti?

—Prefiero que me dé a mí que a ti.

Esto último no era verdad, pero me violentaba que además de prohibirme usar sus cosas no me diera el gusto de ganar un argumento.

—No es que desees mucho —insistió— sino que no desees nada. Ése es tu problema. Es como si no pudieras ser verdaderamente tú.

Miré la piel de mis extremidades inferiores, rugosa y llena de escamas, mis caderas anchas, envueltas en plumas, la redondez de mi vientre. Concluí que era el resultado de no haberme ocupado de algo que no fuera el deseo de alguien más. ¿A quién estaba queriendo complacer con ese parpadeo continuo y ese estilo flamboyante? Una gran tristeza me inundó. Creía ser grácil cuando en realidad

era torpe; guapa cuando no hacía otra cosa que bambolearme al caminar.

Guardando sus cosas, antes de irse, me dijo:

—Y no es que quiera meterme con tu apariencia. Lo que importa en las personas es lo que tienen dentro. Pero no es fácil que digan que tu mamá es un avestruz.

—Ya lo sé —dije.

—¿Tú también lo has oído? —preguntó con asombro.

—Todos lo dicen en el instituto.

—¿Ves lo que te digo?

Comenzó a vestirse con rabia, con prisa.

—Y sólo por no encontrar tu estilo.

—Pero ¿cuál es mi estilo? —pregunté con desesperación.

—Eso es cosa de cada quién. Tú tienes que encontrar el tuyo.

—Dame una pista —supliqué—. Algo que me ayude a recordar quién era.

Miré sus cabellos largos, ondulantes, y su cintura esbelta.

—¿Cómo puedo cerciorarme de que alguien como tú vino de alguien... como yo?

Me miró con desconfianza.

—Tal vez un día te animes a pagarte el tratamiento que te arranque esas plumas y dejes de pelar los ojos, como haces en las fotografías, y te limes esas uñas y dejes de dar esos saltos y andar brincoteando y ocultando la cara ante el menor problema... Es cosa de que hagas el esfuerzo de ir hacia atrás. Sabría que vine de ti si recordaras que un día fuiste otra especie, aquella que se abismaba nadando a contracorriente.

—¿En la pecera?

—No veo nada de malo en ello.

—¿Detenida en la cadena evolutiva?

—Sólo si así lo quieres ver.

Supe que había llegado el momento de abandonar mi parpadeo y sustituirlo por la mirada absorta detrás del cristal.

—Yo podría entonces identificarme contigo —siguió—, saber que vine de ti. Y al despedirme te vería feliz de estar en tu elemento, sabiendo que tengo una madre que encontró por fin su estilo.

Acto seguido, agitó la cintura y la vi partir, enfundada en su vestido rojo, entallado y brillante, agitando la cola y respondiendo al claxon de los autos con ese eco, sombra de un canto, que hacía que aún los conductores más templados no pudieran resistirse y fueran tras ella.

TEORÍA DE LA ADAPTACIÓN

¿Cómo se han perfeccionado todas estas exquisitas adaptaciones de una parte de la organización a otra o a las condiciones de vida, o de un ser orgánico a otro ser orgánico?

(DARWIN, Cap. 3, *El origen de las especies*)

Mis padres vivieron distanciados muchos años. No obstante, la muerte de mi padre trajo una consecuencia inesperada, aunque lógica. Mi madre quiso reunirnos. Ella, que no nos toleraba más de cinco minutos al teléfono, nos citó en su casa. A los cuatro. Vino la reunión. La solidaridad exaltada. Y luego de los acuerdos sobre los arreglos de la defunción, a nuestro cargo, la promesa de algo que no esperábamos. Una herencia en vida. Lo que su padre me dejó pienso entregárselos, dijo. He llegado a la conclusión de que ahora les servirá mucho más que cuando yo me haya ido. La decisión nos sorprendió. Y nuestra reacción, siendo tan distintos unos de otros, asombrosamente fue la misma: no nos caía mal. Nada mal. Eso decidimos. Al hacer esta afirmación no hablo sólo por mí. Más allá del brillo en los ojos de mis hermanos tenía pruebas para ver que este giro inesperado sería una tabla de salvación en el pago de la hipoteca de la casa de mi hermano Juan; que Pedro ya no tendría que preocuparse por sus negocios inviables y que Sofía podría renunciar a las continuas demandas y la vulgaridad de su amante.

Al anunciarnos su decisión, mi madre fue perentoria:

—Sólo les pido una cosa: no me lo devuelvan. Lo he pensado bien, como sólo una madre puede hacerlo en estos casos. No podrían. De intentarlo, estarían obligados a trabajar para mí y esto haría crecer su frustración. Alimentarían

reproches, odios familiares y a la larga, con tal de pagar, cambiarían su vocación. El camino de sus vidas, bueno o malo, pero el que ustedes eligieron, se volvería una ruta vacilante, el ánimo se les volvería una cosa blanda, viscosa...

De pronto se detuvo, como asaltada por una idea no prevista:

—Aunque es cierto que también les quedaría la ingratitud...

Nos miró fijo. Y luego, como pensándolo mejor, añadió:

—Pero no, no creo que eso los tiente. Si la fe mueve montañas, la culpa hace que te caigan encima. El odio, el asco por ustedes mismos marcaría su existencia. Miren: no me devuelvan nada. Lo que pienso darles se los entrego de forma gratuita.

Sofía fue la primera en intervenir.

—Pero extender simplemente la mano... No sé, a mí me deja incómoda.

—Nada, nada —respondió mi madre y agitó una mano en el aire, como dando el encuentro por terminado—. La bondad se paga de otras maneras.

Nos miramos desconcertados. Ella, al vernos, esbozó una sonrisa.

—No; no crean que estoy esperando algo. Sé cómo son estas cosas. La esencia de la progenie es la ingratitud. Qué le vamos a hacer, ése es el destino de los padres: que los hijos nos pisen, que pasen por encima de nosotros para que se perpetúe la especie...

—Madre, por favor, no digas eso —suplicó Pedro, que era el más hipócrita de los cuatro. Pero ella siguió:

—Primero, dejarán de invitarme a restaurantes, luego se olvidarán de hablar el día de mi cumpleaños, un día me abandonarán en Navidad. Es posible que hasta me regalen un perro y me dejen sola con él, a mí, que odio las mascotas...

Juan quiso decir algo pero ella levantó la palma y lo detuvo:

—Incluso considerarán que pagarme un seguro de gastos médicos es inútil.

Ninguno de nosotros había pensado en eso. Se hizo un silencio sepulcral.

Para aligerar la tensión, Pedro abrió la gaveta donde ella guardaba los licores y le sirvió un anís. A los demás nos preparó whiskey con soda y a Juan, ron con Coca-Cola. Pensamos que el alcohol la detendría y lo que hizo en cambio fue infundirle ánimos:

—Pero ustedes no tienen la culpa sino yo, por parirlos. Los hijos deben seguir su camino sin mirarnos. Es la ley de la vida.

Decidí intervenir con lo único que se me ocurrió:

—Sin embargo, una madre es siempre una madre —dije.

—Ése es el problema. Justamente. La abnegación. Una cualidad que como madre me caracteriza.

—Aunque tú no eres abnegada —se aventuró Pedro— y ahora que murió papá tendrás tus novios, te irás por ahí con ellos..

—¡Por-fa-vor! No digas tonterías. Como si fuera tan fácil. Hoy las jóvenes cazafortunas están a la orden del día, acechando a los hombres de mi edad. Además: ¿quién me va a querer con cuatro hijos encima?

—¡Pero si somos adultos! —protestó Juan, que llevaba el pelo canoso atado en una cola de caballo y estaba endeudado hasta las manitas.

Mi madre miró con desprecio sus vaqueros rotos y el suéter a la espalda, de eterno galán:

—Un hijo nunca deja de ser un hijo. Lo sabrás cuando tengas los tuyos.

—¡Pero si tengo dos!

—Sí, de tu segunda mujer —y recalcando la frase, insistió—. *De ella.*

—No veo cuál es la diferencia, la verdad...

—La diferencia es que una madre nunca deja de preocuparse.

—Podrías intentarlo —sugirió mi hermana Sofía.

—Inténtalo tú, que para eso tienes juventud. Estás en la edad de ser irresponsable.

—Madre, no quise ofenderte.

—Pues lo hiciste.

Y arremetió con furia de predicador:

—Y sobre tu decisión de no tener hijos, permíteme decirte algo. Un día dejarás de ser joven. Te quedarán los placeres de la senilidad, tristes placeres. Más tristes cuando se ha tenido una vida como la tuya. Siempre pensando en cómo comer menos, cómo llegar a una talla más pequeña... —mover la cabeza, como tratando de deshacerse de una idea inconcebible—. Haber venido al mundo a ser talla cero... ¡Qué gran proyecto para la humanidad!

Bebió un poco más de anís y dejó la copa sobre la mesilla.

—Es una talla que tiene sus encantos... —concedió— hasta que se te deja de ver bien la ropa: las faldas cortas, los escotes. Un día percibes la mirada burlona

de los demás. Entonces te dedicas a rellenarte el cuerpo, tratando de suplir los años perdidos con algo, porque sientes ese vacío... y te das vuelta y encuentras que no tienes nada, ni siquiera un hijo para consolarte, aunque, cómo te va a consolar, si ésa no es la esencia de la progenie, menos cuando se trata de un hijo que no has parido... —dijo un trago a su anís y suspiró—. Ah. Vivir para tener a los hombres rendidos a tus pies. La seducción permanente como tema de vida...

Observó las huesudas piernas sin medias de mi hermana que terminaban en unas zapatillas doradas como de bailarina, y siguió:

—Los hombres... Sólo sus insinuaciones son un inmenso imperio en el que uno puede perderse sin remedio. ¿Qué palabras emplear para traducirlas? Necesidad de cuidados. Comprensión. Sed de compañía. Esperanza de aventura. Ansias de ternura, de solaz... No, imposible describirlo. Nos perderíamos. Son seres complicados en su expresión aunque transparentes en sus intenciones. Todo lo que desean podríamos reducirlo a una palabra: madre. Eso es lo que ven en una. Una mujer no es para los hombres más que una madre, aun para sus amantes futuros.

Hizo una pausa para dejar claro que ni siquiera nosotros, sus hijos, estábamos exentos de este sino.

—Porque ¿qué es lo primero que te pregunta un hombre apenas te conoce? —se hizo un silencio—. Exactamente. Tu edad. ¿Y lo segundo? No si estás casada, eso no es un estorbo a fin de cuentas. ¿Tu nombre? Tampoco. Ni tus aficiones, pues todo hombre cree que podrás amoldarte a las suyas, tengas las que tengas. Lo que te preguntan es si tienes hijos. Y de qué edad. Eso es lo que les preocupa. Que vayas a adjudicárselos, que ocupen el sitio que les corresponde a ellos...

—Madre, te hemos comprendido —dijo Juan, que además de impaciente, siempre fue mentiroso—. No te defraudaremos.

Nos pusimos de pie, dando el asunto por zanjado. Ella rechazó el beso de Juan y dijo antes de cerrar la puerta:

—Más les vale.

Todo el día me quedé dando vueltas a la sensación de inquietud que me había dejado la reunión con mi madre y luego la olvidé. Semanas después, el comentario de Juan, que yo creí un mero recurso para terminar con aquella

visita, empezó a germinar de nuevo, como un organismo que se hubiera mantenido en estado letárgico y comenzara a hendir el aguijón de la duda. Empecé a preocuparme por mamá. Porque la amaba. O no, no lo sé. ¿Cómo saberlo? La línea divisoria entre el amor y el terror es tan tenue... Por días, estuve intentando llamarla por teléfono sin que se dignara contestarme más que a través de la grabadora. La imaginaba sentada frente al aparato, oyéndolo sonar mientras se limaba las uñas, haciéndose conjeturas: ¿Será Juan? ¿Será Sofía? ¿Serán Pedro, Alfredo? Al tiempo que se le multiplican los hijos, y era como si de pronto tuviera diez, veinte, cincuenta y ocho hijos preocupándose por su salud y su bienestar. Tras varios días de no recibir respuesta a mis mensajes pensé: se ha ido, sin avisar. Tiene con qué. Aunque me arrepentí. ¿Cómo puedo pensar así, si es mi madre? ¿Y si se hubiera puesto mala? Pero esto es imposible, concluí, nos habríamos enterado alguno de los cuatro. No la vuelvo a llamar. Que escarmiente. No acababa de tener esta idea cuando ya estaba marcando otra vez. Y nada. Luego pensé en qué le había yo hecho a mi madre para que me tratase con tanta maldad. Me sorprendió que su voz me contestara un día, como si nada, y me dijera que Juan la había invitado a comer a un restaurante extra-ordinario. No hizo otra cosa que recetarme el menú, decirme cuánto disfrutó cada plato, cuánto habían costado los vinos y la champaña, los sacrificios que eso implicaba para Juan ya que no había recibido un peso hacía años...

—Madre —la interrumpí—, te he comprado un viaje.

Yo mismo me sorprendí diciendo eso.

—Todos estos días te he buscado para decírtelo.

—¿Un viaje? Ay, lo siento. No voy a poder ir. Tu hermano Pedro me inscribió a un club, preocupado por mi salud.

—¿Te pasa algo?

—No, preocupado por mi salud futura. Mira, un viaje es por un tiempo limitado, en cambio un club es para siempre.

La membresía tenía como condición que comenzara a asistir de inmediato.

—¡Imagínate! Me regalan un par de gorros de natación y una maleta para que guarde allí mis cosas.

—Y cuando merme tu salud, ¿qué harás? —le eché en cara.

—Qué quieres decir.

Me arrepentí enseguida.

—No estoy queriendo decir más que aparte de la salud debes pensar también en la relajación. Un viaje a Miami a un spa, frente al mar...

—¿A Miami?

—Pues a dónde creías —reí.

Quien diga que me impulsaba mi proyecto de hacer cine y comprarme la casa de campo donde podría escribir a mis anchas, miente. La preocupación por mi madre en mí era auténtica. Nunca dejé de ver por ella, ni de invitarla a comer ocasionalmente aunque siempre detesté sus formas de manipulación. Pero ¿era manipulación? ¿Acudir al chantaje para procurar la atención de esos hijos que hasta hace poco parecía detestar? Tal vez se sentía sola, tras la muerte de mi padre. El afecto humano es así. Nos basta con que la pareja esté en otra habitación, incluso en otro país, para cumplir con la necesidad fisiológica de afecto para nuestra subsistencia. A veces, nos basta con que esté en nuestra mente. A mayor distancia, crece el amor. Demasiado cerca es dañino. No podemos verlo, siquiera. Pero la necesidad de compañía se sacia mientras tengamos la certeza de que el ser amado existe y nos retribuye. Algún poeta lo dijo: “La soledad es el fondo último de la condición humana. El hombre es el único ser que se siente solo y el único que es búsqueda de otro”. En mi experiencia esta afirmación, absolutamente convincente, es falsa. Basta con observar la reacción de otras especies cuando se las fuerza a vivir en soledad: mueren. ¿Alguien ha visto la profunda tristeza de un perro solitario? ¿De un pez? Los pollos y los monos, solos, sobreviven pocos días. Pero los perros y los peces no leen poemas. A mi madre le bastaba con que mi padre existiera, odiándolo a distancia para tener su necesidad vital satisfecha. Ahora que mi padre no estaba, en cambio, luego de años de vivir sola y feliz parecía requerir nuestra compañía inminente. Nos quería cerca.

—¿Sabes qué me ha dicho tu hermana? —me preguntó cuando la llamé para saber cómo estaba.

—Qué.

—Espera, tengo el teléfono en *bold*; Pedro me está llamando por la otra línea.

La odiaba, sí, pero sólo en proporción directa al odio que empecé a sentir por mis hermanos. En su reciente preocupación no mostraban un interés tan puro

como el mío. Pensaba en cada uno de ellos solícito, atento a los caprichos de aquélla de quien habían decidido huir en cuanto pudieron y a quien ahora procuraban como si se tratara de una valiosa especie en vías de extinción. Mi madre nunca habló de cantidad en el reparto de la herencia. De hecho, no sabíamos a cuánto ascendía el monto ni cuánto nos tocaría a cada uno. Tampoco, desde el día en que lo anunció, había vuelto a mencionar el tema. Pero la sombra de esta promesa pendía sobre los cuatro, aunque no lo dejáramos ver.

—Pues me dijo que está esperando un hijo —me espetó en cuanto volvió a tomar mi llamada.

—¿Un hijo? ¿De quién?! —brinqué, sorprendido.

—¿Y qué importancia tiene eso? Va a ser madre. ¿Entiendes? Madre... —y aquí se solazó pronunciando esa palabra como si se tratara de un postre exquisito.

—El ser más grande de la creación —me oí decir.

—Sí, algo que ni tú ni tus hermanos podrán entender jamás —me restregó—. Sólo que hay algo extraño en esto, ¿sabes?

—¿Ah, sí? —me regodeé— ¿Qué?

—Pues que ha decidido regalarme un collar de perlas, a mí, por ser la abuela.

—Ah.

—Tu padre siempre me dio una alhaja cuando ustedes nacieron. Una joya por cada hijo.

—Es que éramos un regalo para la humanidad —bromeé.

—Pero un regalo que *yo* le di —aclaró— y eso es lo que él supo reconocer. La capacidad de hacerlo padre, que pudo realizar gracias a mí. Ahora es tu hermana quien me lo agradece, pues sin mí, ella no existiría.

Por algún tiempo, esta dinámica continuó. Podría decir que a partir del deceso de mi padre no hubo oportunidad en que no estuviera acompañada por cada uno de nosotros, y en todas ellas hubo una constante: jamás la vi satisfecha. Si yo le regalaba un collar el día de su cumpleaños (reconozco la falta de imaginación) ella decía, mientras analizaba las perlas dándoles la vuelta y hundiendo la uña:

—Es bonito, sí.

—Mira el broche —la animaba yo—, es plata engarzada mediante un trabajo

muy fino en este ganchito, ¿ves?

—Sí —respondía sin demasiado entusiasmo—, pero el que me dio Sofía es de perlas naturales...

Lo mismo dijo Pedro que había comentado sobre el viaje pagado a crédito en que él la llevó “a tomar un café a París”, como me confesó un día.

—Imagínate —se lamentó aquella vez—, ¡lo único que se le ocurrió decirme fue que el avión en que viajó por invitación de Juan a Puerto Vallarta era más grande!

—Oye, Pedro. ¿A ti te ha dicho algo mamá? —lo enfrenté, de plano.

—¿Algo? No, qué va.

—¿Y no le habrá dicho a Juan algo que tú y yo no sabemos?

—Lo he pensado también. Pero no, yo creo que Juan paga todo con los programas de computación que vende.

Por años, éste fue nuestro pan de cada día. Entre tanto, Juan vino con la noticia de que había conseguido un puesto fijo de programador en una empresa. Por meses, mi madre no tuvo ojos más que para él. Le había comprado un sillón especial, dijo, y le estaba remodelando la casa con su primer sueldo. Al año siguiente, Sofía terminó la especialidad de enfermería que hizo a mi madre sentirse feliz y llegó un día con la noticia de que dos de sus solicitudes fueron admitidas en un par de clínicas, según ella, de mucho prestigio, aunque nosotros sabíamos que eran de mala muerte.

—Elige sólo la que te convenga más —dijo mi madre en aquella ocasión, mirándonos con desdén a nosotros—. Tú date tu lugar; como una reina...

—Oigan, ¿no le habrá dicho mamá a Sofía...?

Como si hubiera podido oírnos, mamá gritó desde su sillón en la sala mientras nos servíamos un whisky:

—No se preocupen, muy pronto ustedes también van a tener su recompensa...

Y añadió, enigmática: a quien estudia y trabaja, siempre acaba yéndole bien en la vida.

Al primer año, siguió el segundo y a éste, unos cuantos lustros. A los días siguieron meses, y a los meses, muchos años. Pedro pudo colocar unas cuantas ventas en el negocio de los bienes raíces, el único en que no tenía que hacer más

que estirar la mano, y yo seguí con mi cargo académico, que mal que bien me permitía viajar, llevando a mi madre conmigo y dándole algunos gustos. La dinámica del amor filial siguió así, sacándola éste y pagando ese capricho aquél, llevándola y recogiénola la otra... Mi hermana no tuvo ningún hijo. Tal vez fue un embarazo psicológico o perdió el producto, nunca lo supe. Pudo también tratarse de un engaño. Pero mi madre pareció no reparar en este hecho. Simplemente se dejó conducir, como un carrito de súper que va recogiendo bienes de gaveta en gaveta. Como es natural, envejeció. Y con la vejez, cambiaron sus necesidades. En vez de las salidas a restaurantes fue prefiriendo comer algo preparado por nosotros y un día decidió que tendríamos que repartir nuestro afecto por días, de modo que cada uno le acondicionó una recámara exclusivamente para ella en nuestras casas. Dos días a la semana lo pasaba con un hijo distinto. Fue una época de competencia atroz en la que nos costó, a quienes las teníamos, retener a nuestras parejas y no obstante no tocamos el tema de la herencia. La vimos enflaquecer al ritmo en que perdía su ímpetu guerrero. Hoy, reducida a su mínima expresión, mi madre reina desde el sillón orejero que tiene en cada una de nuestras casas, un trono que parece quedarle demasiado grande.

—Han sido tan buenos hijos —nos dice— los cuatro... Es logro mío, pero no duden, tendrán su recompensa.

Cierta vez, jugando, alguno se atrevió a preguntar en medio de una cena:

—Oye mamá, ¿qué te dejó mi padre? Dinos la verdad.

—¿Tu padre? —preguntó, como si no recordara de quién le estábamos hablando. En otra oportunidad en que alguien lanzó una indirecta, ella respondió:

—¿Y qué me iba a dejar, si nunca tuvo nada?

La ocasión en que más cerca creímos estar de descubrirlo fue un día en que al tratar de bajarla del coche ella rechazó toda ayuda y entre pujidos dijo:

—Déjame, yo puedo sola. Si algo me dejó tu padre fue valerme de mis propios recursos...

EL SALTO EVOLUTIVO

La selección natural obra exclusivamente mediante la conservación y acumulación de variaciones que sean provechosas, en las condiciones orgánicas e inorgánicas a que cada ser viviente está sometido en todos los periodos de su vida. El resultado final es que todo ser tiende a perfeccionarse más y más, en relación con las condiciones. Este perfeccionamiento conduce inevitablemente al progreso gradual de la organización del mayor número de seres vivientes en todo el mundo. Pero aquí entramos en un asunto complicadísimo, pues los naturalistas no han definido, a satisfacción de todos, lo que se entiende por progreso de la organización.

CHARLES DARWIN,
“Sobre el grado a que tiende a progresar
la organización”

Voy al psicoanálisis porque no encuentro solución a mis problemas. Sobre todo a uno, al que llamo Magno Problema, del que se desprenden los males restantes, como del Primer motor móvil, según Aristóteles, derivan las demás criaturas. Explico que estoy ahí porque no quiero tomar pastillas (la verdad es que ya las tomé) y que no estoy convencida de probar otros métodos (que ya intenté, sin mostrar ninguna mejoría). No sé por qué me ocurre esto tan terrible, digo, y lo que me causa más desesperación es que estoy segura de haber jugado limpio: soy buena en el buen sentido del término. Pero ¿existen las personas buenas?, pregunta el doctor Sifuentes, qué es la bondad, cómo la define. El doctor Sifuentes es un hombre ligeramente obeso, con lentes no muy grandes pero tampoco pequeños, guapo o francamente feo a causa del bigote espeso que puede

ser viril aunque también bastante repulsivo dependiendo de que mire de frente o de tres cuartos. En resumen: alguien a quien defino como “casi”. Aunque no he perdido la esperanza de que pueda ayudarme. Debe poder. Tiene la técnica. Si el hábito hace al monje, la técnica hace al psicoanalista, pienso. La del doctor Sifuentes se basa en hacer preguntas. Defina la belleza, la verdad, cómo sabe que es cierto lo que dice. Cada vez que hago una afirmación, cualquier afirmación, él brinca. ¡Compruébelo!, se exalta un día, cuando al definir a mi exesposo le digo que se trataba de un hombre bien parecido. No tenía una fotografía a la mano, no tenía nada con qué demostrarlo salvo mi palabra. Pero en terapia las palabras valen bien poco: quieren decir otra cosa, a veces algo parecido o incluso lo opuesto. Hay ocasiones en que significan lo que dicen significar, aunque esto es difícilísimo saberlo. El doctor Sifuentes parte del principio de que un paciente nunca está diciendo lo que dice porque dentro de las palabras hay algo más. Ésta es su piedra de toque, su gran angular. De modo que desde que inicié la terapia tengo la sensación de estar mintiendo todo el tiempo. Me queda una esperanza, eso sí. Aunque dado lo volátil de los significados, quién sabe si será legítima. Y ¿vale la pena tener esperanzas en estas condiciones?

¿Qué hace de Hitler un hombre malo?, el doctor me interrumpe de mis cavilaciones. ¿Cómo dice?, pregunto, sorprendida. Es otra parte de su técnica. Se llama “descolocar al paciente”. El doctor Sifuentes anota todo lo que ocurre durante la sesión en una computadora portátil. Lo hace en tiempo real, de modo que la sesión se reduce a casi la mitad. Diálogo, anotación, diálogo, lectura. A veces, al doctor Sifuentes le toma un poco más de tiempo anotar porque invierte la sintaxis. Abandonado hogar él conyugal ha silencio el en, dice. Repítalo. Lo hace para que mi mente le dé un peso desdramatizado a las frases. Distinto. Se llama técnica ericksoniana, es un principio parecido a la hipnosis pero con diferencias sustanciales. Una de ellas es que el paciente está despierto y consciente y por tanto no hay posibilidad de engaño, me explica. Un paciente nunca hará nada que no quiera. Además de poner en práctica estas teorías, el doctor Sifuentes también me da a leer libros. *Volando solas a los treinta. Amar demasiado es una patología femenina*. Luego me hace preguntas sobre la lectura. Nunca pregunta si me gustó el libro o no. También me insta a repetir postulados. Es para cambiar su estructura mental, me explica. “El príncipe se convirtió en sapo porque *era un*

sapo”. ¿Qué opina de esto?

—Es que en las mañanas no me puedo levantar —respondo sin poder añadir más.

Él bufa, niega con la cabeza, anota furibundamente aporreando las teclas.

Un día en que no paro de llorar, me lleva al fondo del consultorio y señala un nicho entre el escritorio y la ventana en el que hay una pintura. Es un perro enseñando los colmillos. Es mi animal chamánico, me explica. Elija el suyo. No tiene que hacerlo ahora. Tráigalo la próxima sesión. Esperemos que con eso se pueda ver el avance de lo aprendido.

Gusanos, lombrices, larvas que nunca se convierten en mariposas. Esto es lo único en lo que puedo pensar. A la semana siguiente, él me cuestiona y yo hago un gesto afirmativo. Digo estar lista. He elegido a Gregorio Samsa. ¿A quién? Me da vergüenza decir la palabra “cucaracha”. Una criatura que sólo piensa en ir al trabajo pese a su condición, le explico. Pero él niega mientras transcribe. No puede ser un personaje literario, dice, eso ni siquiera puede considerarse un animal. No sirve para nuestros fines. Recarga el brazo en el escritorio y pone la mano en la barbilla. ¿Y bien? Yo trato de defenderme. Freud dice que sólo hay una forma de salir de un pozo sin fondo, a través del trabajo. Pulsión de autoconservación, la llama. El sentido del trabajo intelectual o mecánico es aliviar la carga que el sacrificio de existir impone a los seres humanos. Pero el doctor Sifuentes no cree en el Padre del psicoanálisis. Lo llama El curandero de Viena. Se da un tiempo para anotar algo en la computadora y levanta la vista con gesto triunfal, complacido. Las técnicas freudianas están ya rebasadas, me informa. El psicoanálisis tradicional probó su fracaso al no ser capaz de resolver los conflictos. Después de tratamientos que podían prolongarse por años, los pacientes seguían con los vicios de siempre. Sólo habían aprendido a enunciarlos en una jerga distinta. Mírese usted: es el vivo ejemplo de lo que digo.

Me explica por qué, pero sus intuiciones son erróneas. No, no es por la pareja, digo. No, tampoco tiene que ver con la familia. Simplemente sola, sola de todos. Es una soledad radical, esencial. No, no creo tener una actitud negativa. Sí tengo amigos. Más bien siento que hablo otro idioma, el idioma de los solitarios, un idioma que se conjuga en singular.

¿Alguna vez ha sido diferente?, me pregunta por fin, levantando la cabeza del

teclado con bastante fastidio. Le digo que sí y él suspira.

Hago un esfuerzo por recordar cuándo fue. Le hablo de mis ocho punto cinco dioptrías. Le explico cómo antes no era capaz de distinguir a una persona a medio metro de distancia. El mundo estaba lejos. Me sometí a una operación y al principio creí que mi problema se solucionaría. Tras una noche de dolor casi insoportable retiré las conchas protectoras con que me habían cubierto los ojos y para mi asombro descubrí que los objetos estaban demasiado cerca. Me acosaban, o casi. Esto me dio alguna esperanza. Creí que me haría una con ellos. “Pertenezco”, pensé, ilusa. Pero al tercer día la magia se había roto. No dejé de ver las cosas con nitidez, recuerdo haberme quedado mucho tiempo observando con fascinación la hoja de un árbol movida por el viento. Pero los objetos no tenían que ver conmigo. Estaban apiñados, eso era todo. Simplemente era un asunto de sobrepoblación.

El doctor Sifuentes teclea y teclea tratando de seguir la velocidad de mi relato, mira la pantalla, cada vez se muestra más desesperado: Independencia es falta de pendencia; Individualidad es igual a amistad, improvisa. Lloro y trato de repetir, él cambia súbitamente de frase: Compañía yo soy mejor mi; Feliz sola estoy lóbulo frontal emociones mis gobierna, pero algo se rompe y antes de ser capaz de juntar los trozos sin poder contenerme exploto: ¡Pero si lo que quiero es estar con Alguien! YO PLACER FUENTE SOY DE, levanta la voz, ¡Aunque sea mi enemigo!, grito. Él se detiene y me mira con incredulidad. Extiende el cuello como si quisiera alcanzarme y casi en un susurro dice: con todo respeto; es usted una estúpida.

Que mi exesoso dijera lo mismo y yo viniera a referírselo al doctor Sifuentes era una cosa, pero que él me lo dijera y yo le pagara por eso era otra. Tomé mi abrigo y sin decir palabra abandoné el consultorio sintiéndome un escarabajo heroico. Alguna vez me sorprendí pensando con gusto en su expresión de azoro cuando me vio salir sin pronunciar palabra. Pero el vacío continuó. Por eso, cuando me recomendaron a la terapeuta Manzano, quise darme una segunda oportunidad.

A diferencia del doctor Sifuentes, que tenía un consultorio asfixiado en medio del cubo de un elegante edificio, la doctora Manzano atendía en su casa. No en su casa-casa sino en un saloncito que estaba al final del pasillo y daba a un

minúsculo jardín. Esto me dio alguna esperanza. Falsa, como comprobé desde la primera sesión, pues la doctora Manzano fumaba sin descanso y atendía a sus pacientes con las ventanas cerradas. Se paseaba de un lado a otro de la habitación, como una chimenea ambulante. Después de dar dos vueltas en silencio, por fin se sentó. Tomó el cenicero de la mesa lateral, retorció la colilla del cigarro recién fumado y encendió otro enseguida. Ahora cuéntame, dijo expeliendo el humo con lentitud, cuál es tu problema. Su técnica era inobjetable. No enjuiciar, no hacer preguntas, no obligar al paciente a decir nada que él mismo no quisiera. Dejarlo representarse. Explicó: se llama psicodrama. Consiste en la libre asociación de ideas para permitir que de ese modo hable el inconsciente. Sólo que el paciente no está facultado para hablar de lo que quiera. Es la terapeuta quien asigna un rol que debe asumir el conflictuado, quien actúa como el personaje o el objeto de su elección. Cuál es tu problema. Observé sus dedos amarillos y las encías algo retrepadas bajo los ojos benévolos. Mi problema es que no sé por dónde empezar, dije. Ella sonrió. Siéntate en medio de la habitación, me animó, allá, entre los cojines, en el piso. ¿Qué soñaste anoche? Me acomodé como pude y traté de recordar. Es difícil de describir, dije. Pero ella no se inmutó: inténtalo. Hice acopio de voluntad, tratando de no pensar en el número de caladas que daba a su cigarrillo, ni en la espiral gris que iba cubriendo el consultorio hasta tornarse una nube densa, como aviso de una próxima tormenta. Cerré los ojos. No sé dónde estaba yo, inicié. En el sueño. Pero había un bosque, de eso me acuerdo, y en cierto momento apareció una escalera. Los abrí. La terapeuta Manzano extendió el brazo y sonriendo, dijo: adelante. Tú eres la escalera. Al principio no entendí qué era lo que debía hacer. Miré en todas direcciones y fijé los ojos en el jardín, como buscando consuelo. Al menos no me había dicho estúpida. No necesitaba hacerlo, en cuanto cerré los ojos y dije: soy una escalera, pude experimentarlo por mí misma. Y qué más, la voz de la terapeuta Manzano se oía susurrante. En ese momento me di cuenta de que me había equivocado y que era demasiado tarde para huir. Ella repitió: soy una escalera... Sus palabras llegaban por oleadas, insinuantes como las volutas de humo de su cigarrillo. Soy una escalera... repetí como una autómeta; la miré invadida de una sensación entre aterrorizante y embarazosa. ¿Cómo te sientes?, me animó. Siendo una escalera, digo. Cómo estás. Di: soy una escalera y estoy...

La imité: soy una escalera y estoy... ¡¡Sola!!, dije con indignación, ¡estoy sola y no sé qué hago aquí porque no hay un sitio a dónde subir o del cual bajar!, miré en todas direcciones, ¡no hay un edificio, ni una casa, nada, sólo yo que soy una escalera en este bosque oscuro donde no se puede ni respirar! Qué más. Las volutas de humo de la terapeuta Manzano se habían hecho tan espesas que costaba trabajo terminar las frases sin toser. ¿Qué más?, la miré rencorosa. Que todos pasan encima de mí, me pisan con sus pies lodosos, me dejan en la más absoluta indefensión, el llanto brotó como si alguien le hubiera abierto una compuerta... ¡y por si fuera poco me asfixio!, solté por fin junto con el acceso de tos que había estado reprimiendo. Al abrir los ojos, descubrí que la doctora Manzano se mostraba a sus anchas, como si hubiera cumplido su misión. La semana siguiente acudí a una segunda cita y tras la pregunta de la terapeuta Manzano le dije que no había soñado nada, pensando que así me libraría de caer en la trampa anterior. ¿Segura que no soñaste nada? Nada, dije. Pero ella señaló su montón de cojines y dijo con una sonrisa aún más amplia: Adelante, eres la nada.

Por qué abandonó esa segunda experiencia, me preguntó el doctor Pi cuando le hice el relato de mis anteriores tratamientos. Porque era una ofensa. Una ofensa por qué. Lo miré pensando en que lo mío no tenía remedio y seguir por estos caminos era inútil. Porque matar de asfixia a un paciente sin permitirle expresarlo es, cuando menos, una ofensa. Y por qué no le dijo que dejara de fumar, preguntó el doctor Pi con naturalidad. ¡Porque estaba en su casa!, repliqué desesperada. ¿No lo entiende? El doctor Pi asintió. Ya se había hecho una idea. Después de esa sesión ya podía dar un diagnóstico. Mi problema era que sólo me había situado de un lado de la ecuación: la bondad. Yo había sido la buena, *ergo*, la víctima y a los buenos *nunca* les va bien en los cuentos. Para qué voy a negar que me identifiqué. Por fin alguien me había escuchado, por fin había Alguien ahí. Mi problema es que soy una persona buena en el buen sentido de la palabra, dije, y él respondió: Antonio Machado. Otra vez había dado en el centro de la diana. No sólo era perspicaz: el doctor Pi era un hombre culto. Lo que vino después fue sin embargo menos claro: Mala. Eso dijo el doctor Pi que debía ser. Debía aprender lo que era la maldad y ejercerla como algo natural, aceptando que es una de las características intrínsecas de la persona. Me reí como no lo

había hecho en meses, sin contar con que nunca me había reído con un terapeuta. Le estoy hablando en serio, dijo. Hay técnicas para ello. La primera es ejercitar la memoria. Cuántos actos buenos recuerda haber llevado a cabo que tuvieran resultados catastróficos. Fruncí el entrecejo; me concentré. La verdad era que podía recordar más de uno.

El amigo aquél que valiéndose de mi generosidad me robó el puesto en el trabajo. Aquel otro a quien le presenté a mi esposo y me cambió por él. Una prima hermana que nunca entendió que situarme por debajo de ella era una forma sutil de halagarla y me hizo siempre sentir un despojo. El doctor Pi asintió:

—Haz el bien y no mires a quién es un enunciado que adolece de un defecto grave —dijo—. Carece de dirección.

Recliné la espalda en el sillón y me dispuse a escucharlo.

—Si decimos que no hay mal que por bien no venga, algo que no tiene un fundamento, podríamos afirmar con la misma seguridad que no hay bien que por mal no venga. Tiendo a creer que esto último tiene una dosis de verdad mayor.

Suspiré.

La memoria de la bondad es también la memoria del espanto. Ahí tiene el descubrimiento de la energía nuclear que llevó a los desastres de Hiroshima y Nagasaki. Wernher von Braun, el célebre ingeniero que hizo el cohete que llevó al hombre a la luna, fue el mismo que hacía los misiles en los campos nazis y a quien los norteamericanos llevaron a la NASA tras la guerra. ¿Y qué opina de la bondad humana al enviar a la perra Laika y al mono Han al espacio? Si a usted el ejercicio de la bondad le ha traído tantas desgracias podría subvertir el esquema, aunque fuera sólo por cambiar. Podría intentar acercarse a otros paradigmas. Pensar, por ejemplo, que la bondad puede recibir otros nombres. Para Schopenhauer también se llama cobardía; Séneca la ve como pusilanimidad. Desde el punto de vista de la biología es una actitud de defensa de los primates menores.

La seguridad con que el doctor Pi exponía sus ideas me desarmó. Aunque había algo que me violentaba en principio, otra parte de mí quería convencerse o estaba ya convencida. Al ver el argumento puesto en blanco y negro me di cuenta de mi exageración. No había sido buena *siempre*, en todo momento y lugar, dije.

Sin duda me había hecho pasar por buena en algunas ocasiones en que el impulso que guio mis actos fue esa cobardía de la que él estaba hablando. Él debería entender que lo que dijera en su consultorio llevaba la huella de haber sido dicho en mi situación actual y por tanto con el espíritu en los suelos.

¿Por qué se disculpa?, preguntó el doctor Pi, indignado. Empecemos por ahí: nunca vuelva a justificarse o a justificar a otros. La bondad genera catástrofes, ¿no lo entiende? No daré más ejemplos porque cada uno lleva en su ser al buenote que le ha envilecido la existencia. Miró su reloj, sin reparar en la ansiedad que ese ademán me producía. Pero, ¿por qué debo ser mala?, insistí, aunque ya la pregunta parecía absurda. Porque el mundo es hostil. Y la muerte está siempre al acecho. Lo que debería aguzar nuestros sentidos y sin embargo es exactamente al revés. La edad nos atrofia y reblandece la sensibilidad. Por eso.

Por primera vez lo noté: el doctor Pi era un hombre interesantísimo. La seguridad con que se plantaba y la claridad de sus argumentos no me habían permitido observarlo con detenimiento. Frente prominente, nariz ancha, mandíbula que tiraba hacia delante, ojos hundidos y nostálgicos, como el recuerdo de una especie de la que fuera el último ejemplar. Su sabiduría venía de algo más que la erudición o una labor ejercida a conciencia. Él mismo parecía tener un conocimiento adquirido por siglos.

Usted justifica su fracaso oponiéndole el nombre de bondad, dijo. Pero si al momento de relacionarse con alguien aceptara sus posibles actos nefandos se haría inmune al desencanto. Sólo los cínicos y maliciosos, por no hablar de los grandes malvados de la historia, han sobresalido en algo o bien han tenido momentos verdaderamente felices. Séneca, que era en realidad un cortesano, pudo distinguirse del resto por haber ayudado a Nerón y ahora ni quien se acuerde de eso. Maquiavelo demostró con creces el daño terrible que los gobernantes bondadosos hacen a sus pueblos.

Terminó la sesión con una frase que me impresionó más que todo. Piense en esto, me dijo: hay especies de esporas que evolucionan gradualmente de un estado concreto a otro cualitativamente distinto para sobreponerse a medios adversos. ¿Y por qué va a mostrar mayor inteligencia una espora? ¿Qué sentido tendría que una espora estuviera mejor dotada que usted?

Asentí convencida, sintiendo cómo crecía mi entusiasmo; ansiaba que la

próxima sesión llegara cuanto antes. Al momento de despedirnos, le hice una petición: cómo podía empezar, con qué método.

—En su situación, las películas de Bette Davis son lo más recomendable — dijo—. Dedíquese a verlas.

—Pero... ¿debo hacer algo durante la proyección o después? —pregunté. Él respondió con seguridad—: Sólo véalas.

Como ya estábamos en el marco de la puerta y, en sentido riguroso, fuera de la sesión, el doctor Pi se dio tiempo para hacer una broma: Veo en usted un gran potencial para la maldad, dijo. Salí exultante y dispuesta a cumplir con la tarea asignada al pie de la letra.

De más está decir que llegué sobrepregada a la siguiente cita. No sólo había hecho lo que me recomendó, había pensado durante la semana en la historia que le contaría. Después del saludo de rigor y la invitación a tomar asiento, percibí la intención del doctor Pi de preguntarme sobre las películas. Pero yo me adelanté con mi historia.

Me llegó el ofrecimiento de una tarjeta de crédito de un banco, dije. Un ofrecimiento que ni había pedido ni necesito. Él asintió. Sentí que me escuchaba realmente, así que proseguí. Como conozco los trucos de esos usureros multinacionales sin rostro que son los bancos, le comuniqué al empleado de la sucursal que no quería la tarjeta. Él no aceptó mi argumento y me dijo que tenía que aceptarla. ¿Ah, sí? ¿Y por qué?, pregunté. Porque no era la respuesta a una solicitud de mi parte, dijo, sino un privilegio. Una suerte de compensación por mi impecable historia crediticia. ¿Y por qué cree usted que tengo esa historia, como dice usted, tan limpia?, insinué, moviendo ligeramente la cabeza. Después apoyé los brazos sobre el escritorio, acercándome a su rostro sorprendido. Porque no vivo de prestado, le dije. No acepto ni aceptaré de extraños nada que no quiera. El doctor Pi cruzó las manos sobre el pecho, en apariencia complacido. El empleado del banco trató de forzarme, continué, me dijo que si no aceptaba la tarjeta, cuando menos tenía que firmar el contrato de recibido. Pero, ¿sabe?, no tengo un pelo de tonta, me negué a poner mi firma. El empleado llamó al gerente, el gerente volvió con lo de la historia de los privilegios, yo con mi negativa a firmar ningún documento, pues sabía que los bancos cobran por manejos de cuentas que los clientes ignoran que tienen y de las que es imposible

deshacerse, como le dije. En resumen: no me dejaban salir de la sucursal.

Al llegar a este punto, el doctor Pi se mostró visiblemente alterado y golpeó la mesa con rabia, como si se tratara de una ofensa que hubieran hecho a su persona.

—¡Claro! —dijo, poniéndose de pie—. ¡Todo mundo busca aprovecharse de quien se deja! No podemos descuidarnos un segundo porque el gobierno, el vecino, el hombre de la calle o el imbécil que conduce el auto delante de nosotros busca la forma de arruinarnos. ¿Sabe lo que habría hecho yo en su lugar? ¿Lo sabe? Habría roto el contrato y me lo habría tragado.

—Eso fue lo que hice —dije—. Como lo oye. Rompí en trozos el papel y los fui metiendo en mi boca. Por supuesto, después del segundo bocado me dejaron salir de la sucursal sin problema.

El doctor Pi no cabía de felicidad, aunque no hiciera gestos evidentes.

—¿Y qué ocurrió después? —dijo.

—A partir de entonces se deshacen en atenciones, me llaman “cliente premiére” y otras cosas por el estilo.

—¿Y?

—Y nada. La soledad no tiene que ver con la falta de disposición de los otros. El doctor Pi asintió.

—He llegado a pensar que es un estado natural, algo irremediable —dije.

—Como haber perdido la cola...

—Exactamente. Ya no podemos mecernos en los árboles e ir de rama en rama...

Nos reímos.

Guardó silencio un momento. Después me miró.

—¿Ya vio cómo viene ataviada? —señaló de pronto mi vestido y medias negras.

No recordaba cuándo había sido la última vez que usé vestido.

—¡Ah!, nada especial —respondí sin darle mayor importancia—. ¿Confirmamos nuestra próxima cita?

Él se levantó a hacer anotaciones en su agenda, saqué mi cartera del bolso, le pagué y salí triunfal a la espera de la siguiente semana.

A lo largo de los meses, este fue más o menos el tenor de aquellas consultas.

Lo había decidido sin tomar conciencia del todo: nadie envilecería mi vida, ni siquiera yo misma. Sólo tenía un problema: dada la ley de los rendimientos decrecientes, sabía que el grado de interés del doctor Pi tendría que alcanzar un límite. No se puede gozar de la compañía del otro sin hacer ofrendas cada vez mayores. He aquí la verdadera desgracia de la condición humana: la bondad no conoce límites, en cambio, la exigencia de los otros llega invariablemente a un punto de tensión.

El momento llegó cuando empecé a notar que el doctor Pi se distraía. Habíamos caído en el inevitable círculo que hace a los conocidos fijar la mirada en nosotros cuando en realidad, sabemos, están viendo al vacío. Decidí adelantarme. Si esto debía terminar, sería yo quien dijera la última palabra.

—Hoy por fin pude darme mi lugar —dije.

El ceño del doctor Pi se frunció y los ojos se achicaron con interés, como sucedía al principio. Le hablé de un compañero de oficina, Roberto Bueno, un joven profesional, parlanchín y arrogante que sólo hablaba de novedades, en especial de artefactos electrónicos, aunque a veces su conversación podía extenderse a marcas de relojes y automóviles; un tipo de quien, sospechaba, se teñía el pelo. Es el clásico individuo que siempre se adelanta a servirse café y, no obstante, en las reuniones de trabajo cede ostensiblemente la palabra a las mujeres y a sus superiores, dije.

—Un falso bueno —sonrió el doctor Pi ante su propia broma, mostrando los dientes. Como todos los sabios, solía hacer chistes elementales de los que sólo él se reía.

Y un falso joven, añadí, enarcando las cejas, en un gesto que debió de ser provocativo pues pensé en mí misma como la cínica Eva Harrington ante la indefensa Margo Channing de *Eva al desnudo*. Los párpados del doctor Pi se cerraron, avergonzados, como si la maldad fuera una cosa y otra, la insinuación grosera y obvia. Quise corregir el rumbo como para evitar ese malentendido, así que relaté: todas las mañanas al llegar, el joven Bueno atravesaba el corredor dejando una estela de loción a su paso. Tenía una costumbre extraña: nunca iba directo a su despacho a dejar el portafolio en su sitio. Su táctica consistía en saludar a todos en voz alta y apresurarse hacia la cafetera para llegar antes que los demás. Tenía un sentido de la oportunidad perfecto, pues llegaba en el momento

en que la cafetera apagaba el botón rojo, indicando que el café estaba listo, momento en que la señora Fari sacaba las galletas recién puestas en la charola. Tomaba cinco, en especial las que tenían relleno; crema pastelera, mermelada de fresa o chabacano, dejándonos a los demás con las pastas de azúcar o las simples rosquillas. El primer día, llegué unos minutos antes, empleando con éxito su mismo estilo, pero supe enseguida que tenía que mejorar. Hablé con la señora Fari, una mujer de naturaleza tan bondadosa como para no entender la injusticia que cometía al hacer coincidir el acomodo de las galletas con la llegada del joven Bueno.

Otra vez confunde la bondad, me interrumpió Pi con su acostumbrada parsimonia. Yo asentí, en un gesto de aceptación. Le pagué directamente, dije, la soborné para que retrasara la entrega de las galletas. No tenía que decirle a Pi que era la primera vez que acudía al soborno, por su mirada supe que si comentaba esto habría un fondo de malentendido. Para el cuarto día, todos en el piso de la oficina se habían dado cuenta del meollo de la cuestión y a su modo cada uno comenzó a cobrar venganza, inspirados en mi técnica. Unos se valían de la amistad con la señora Fari, otros caían en la confianza. Al final, todos terminaron por comerse las galletas en la cocina. La jerarquía del joven Bueno como es obvio no le permitía hacer lo mismo. Luego hicimos algo parecido con el café. Poco a poco, el sabotaje se extendió, sin que él pudiera confrontarnos, hasta dejarlo como a Robinson en su isla.

La boca del doctor Pi se abrió en una sonrisa inesperada para él mismo en que se adelantaron, bien alineados y dispuestos, los brillantes dientes. Por fin comprobaba que sus teorías eran ciertas. Para mí, en cambio, era la sonrisa blanda del bebé que ignora sus impulsos.

—Y ésta es la novedad de esta semana —concluí.

Sucedió lo que había previsto. El doctor Pi me miró con sus ojos comprensivos y dijo en su tono sabio de otros días: por hoy es suficiente.

Pero yo no había terminado aún. Por cierto, comenté como al desgaire, no podré venir más. Los ojos del doctor Pi, siempre entrecerrados en un sueño acariciador, se abrieron. ¿Por qué?, preguntó con asombro. Es a causa del horario. Como reacción lógica al asunto del café, Bueno nos obligó a salir a las siete en lugar de las seis, como acostumbrábamos. Se valió de un argumento hipócrita,

como todo en él: dijo que entre las salidas al baño y las idas a la cocina nadie cumplía con sus ocho horas.

El doctor Pi se frotó la barbilla, como pidiéndole consejo. Miró su agenda. Los jueves tengo otra paciente después de usted, dijo. Los otros días es usted quien está ocupada, según me ha dicho. Y los fines de semana están fuera de consideración. Levanté las cejas con el despliegue de aplomo de Regina Hubbard en *La loba*, que lamenté otra vez, y mostrando las palmas, encogí los hombros, en señal de fingida impotencia. Habría querido volver atrás y que todo hubiera sido distinto, pero no había remedio. El vínculo que había entre ambos para entonces se había vuelto inevitable, mientras que la distancia que había entre la yo de antes y la nueva era ya un espacio ofendido. Me puse a arreglar con sencillez el dobladillo del vestido negro que usaba para la sesión y a esperar que dijera lo que dijo:

—Tendré que mover el horario de la paciente de las siete —suspiró—. Es posible que no vuelva. Es una paciente de muchos años.

Crucé la pierna, tal como hace Mildred Rogers en *Cautivos del deseo* y ladeando el rostro, dije: Eso prueba que no sacó mucho provecho de usted. Me daba cuenta de que lo que ocurría durante los cincuenta minutos de la sesión era algo que ya no podríamos negar ni romper. En cambio, no sentía nada por ese hombre ni un minuto antes ni uno después de la consulta. Y percibía que de seguir dando esos resultados él sentiría lo mismo. En efecto, descubrió la punta del lapicero para borrar algo e hizo ajustes en su agenda. Tendré que hablar con ella, dijo.

Habíamos alcanzado el punto de equilibrio.

SELECCIÓN NATURAL

Es probable que el modo de expresar una emoción con movimientos, aunque hoy sean ya innatos, se haya adquirido gradualmente. Pero descubrir cómo se han adquirido tales hábitos es, en gran medida, desconcertante.

CHARLES DARWIN, *La expresión de las emociones en el hombre y en los animales*

Yo frente al interfón, haciendo zumbir un timbre que nadie contesta. Yo, entrando por la puerta metálica que se abre sola, andando hacia el fondo del jardín por el camino de piedra que hace resonar mis pasos. Yo, reconociendo el acceso al interior de la casa, las ventanas con las persianas cerradas, como perros que aún duermen detrás de los cristales y del otro lado, los macizos de flores que empiezan a tomar color con cierto recelo, como si me reconocieran. No puedo decir que vaya al trabajo sino que regreso; vuelvo del cuchitril donde duermo unas cuantas horas. Un trabajo temporal que me obliga a pasar en esta casa la mayor parte del tiempo. Llevo apenas unas semanas aquí aunque en el giro soy como un matusalén. No sé qué me retiene en este tipo de empleo, algo a lo que a veces llamo dinero fácil pero en ocasiones pienso dinero para qué. Para salir de esto de una vez y mandar todo al diablo. Es una opción. Quizá algún día. Por lo pronto, paso horas recorriendo la propiedad, haciendo como si descubriera algo que se mueve. ¡Hey!, grito de pronto, aunque quién me va a responder que no sea yo mismo y además nada se ha movido.

De vez en cuando me escapo con la mente y escucho la voz de la mujer que me dice: Se te ve lo listo, René, tienes talento. Mira cuántas cosas sabes hacer que otros ya quisieran. Sabes abrir cerrojos, sabes componer los frenos de un auto,

sabes brincar azoteas y meterte en las casas cuando a alguien se le pierden las llaves como hiciste el otro día.... Dice todo esto y yo trato de guardar alguna historia que me haga pensar en lo que pude ser. En lo que hubiera sido de no ser esto. Pero todo termina cuando recibo la llamada de su marido con la instrucción que corresponde a ese momento. ¿Estás con ella?, me pregunta. Contesta sólo sí o no. Sí, respondo. No digas que estás hablando conmigo, simula que te llamó alguien más, salúdame. Saludo a un amigo imaginario. Esto es lo que vas a hacer: la llevas al mercado, la acompañas a la compra y cuando hayan subido las bolsas al auto, la dejas sola en él. Finge que tienes que ir a la ferretería, que se te olvidó comprar una clavija o un cable, lo que se te ocurra. Pero déjala sola en el coche. No le des ninguna seguridad ¿oíste?, deja que le entre miedo. Entonces me acuerdo de lo que vine a hacer y oigo que algo se rompe antes de que acabe de inflar el mundo con otra vida y logre meterme en él. Imagino varias posibilidades, antes de actuar. Imagino que renuncio, tomo mis cosas y me voy. En cambio, hago lo que tengo que hacer, como sucede en cualquier trabajo, y eso es lo único que me evita decir mire yo me voy, hasta aquí. No es que antes no haya tenido esta clase de encargos, y muchas veces. Es que me encabronan los tipos como éste, felices de haber hecho un patrimonio. No dilapidan, no invitan a nadie a comer. Si dan una fiesta es porque saben que los invitados les propondrán nuevos o más rentables negocios. Ni de chiste invitarían a un tipo como yo. Luego de que vayas por la clavija, dejas a mi mujer un buen rato en el coche, insiste, no la vayas a traer de inmediato. Me despido del amigo imaginario, que te vaya bien, le digo, sí, lo mismo para ti, sí, en eso quedamos. Voy a hacer la última revisión al coche antes de salir, le digo a la mujer y me marcho.

No acabo de entrar a la casa cuando ella ya se me está colgando del brazo y me dice: ¡Por favor, René, revisa el jardín antes de que nos vayamos, por lo que más quieras! Veo los pants de terciopelo que usa aunque nunca haga deporte, y me limito a hacer la pregunta de rutina: ¿Otra vez? Ella asiente. Acabo de revisarlo todo, le digo, pero como guste. Si eso le da seguridad... Sí, me da, responde con impaciencia. Dejo la chaqueta en la banca y empiezo a revisar, subiendo los escalones de dos en dos y asomándome detrás de cada mata. Salgo al otro lado, detrás de la cocina y atravieso el camino de losas. Me interno en el jardín de atrás, donde los árboles cubren toda visibilidad y arrastro los ojos por

diversos paisajes familiares: la huerta abandonada, los vidrios que enterré en el borde superior de los muros, los huecos de las balas que incrusté y luego tuve que quitar, el agujero que cavo aprovechando cualquier momento para avanzar un poco. Suena el móvil y escucho del otro lado. ¡René!, dice la mujer, ¡soy yo! Como si no la reconociera. Estoy muy nerviosa ¡es que sigo oyendo ruidos, como de un metal que golpea con algo! Guardo silencio un rato y dejo la pala. Trate de relajarse, respondo, está usted alterada. Sí, René, así quedé desde lo del coche, discúlpame. Cuelgo. ¿Me oyes bien? Ahora es el marido a través del celular. Una llamada más y lo arrojaré contra un muro. Sí, respondo, tranquilo. Ven a la cocina entonces. Pero antes avienta unas piedras al fondo del jardín; procura que choquen contra algo. Haz bastante ruido. Que se oiga que viene de un lugar distinto al sitio donde estás.

Ése era el hombre que me contrató. Un tipo esmirriado con los labios fruncidos, como todos los que tienen el culo en otra parte.

Cuando entro en la cocina, oigo que la mujer le informa: voy a comprar dos kilos de aguacates, pero apenas me ve entrar, pregunta: ¿no seguiste oyendo ruidos al fondo del jardín? Por qué dos kilos, interrumpe el marido, como si no la hubiera escuchado o no le interesara lo que ella dice. Porque tú te comes uno en cada sentada y yo me quedo sin probarlos, contesta ella y se pone a anotar: pan, leche, aguacates maduros. Seguro por eso estás tan delgada, dice él, riendo para sí. Y no, René no oyó ningún ruido; aquí la única que oye ruidos eres tú.

Cuando salimos de la casa, ya solos, enfilándonos entre un tránsito denso hacia el centro, la mujer emite un suspiro y comenta: ha perdido mucho, no te imaginas cuánto, René. Juventud, ganas de vivir, el pelo. Y se gira para mirar por la ventanilla. Aunque todavía le queda algo, ¿sabes qué es? Rencor. Yo guardo silencio, como acostumbro en estos casos, pero ella continúa. ¿Y sabes por qué? Porque el tiempo pasa y yo no me muero. Mientras tanto, él envejece. Austeramente. Hemos hecho un testamento de modo que uno de los dos reciba todo cuando el otro se muera. Y como no me muero, él cree que yo soy su mayor enemiga. Pero su peor enemigo es el tiempo. Miro a la mujer por el espejo retrovisor, bien firme en el asiento de atrás. Parece de acero. Siento asco por el marido. Los hombres verdaderos no deberían perdonar a los débiles.

Sigo por periférico hasta Reforma y ella continúa: Sin embargo, me ama. Y

yo no puedo evitar amarlo también. Nos amamos tanto que nos leemos los pensamientos, aunque ninguno de los dos lo quiera. Damos vuelta en la rotonda de la Diana Cazadora y ella se asoma a observar, de modo que pienso que por fin se callará. Al rodear la glorieta, sé que me he equivocado. Sólo que él es más fuerte, continúa. Me llama con la mente todo el tiempo, no me deja en paz. Tiene un pensamiento muy poderoso. Yo estoy concentrada en algo y él me interrumpe: acuérdate de esto o no vayas a olvidarte de esto otro. Aunque no esté a su lado me paso todo el día atendiéndolo.

Dice esto de mal humor y se queda meditando, porque me da tiempo de concentrarme en mi trabajo y hacer algunos cálculos. Cuando nos encontramos en medio de un embotellamiento, se siente obligada a añadir: Sabe mucho de los fenómenos de telepatía y clarividencia. Ha leído a Sir William Crookes, el investigador metafísico que descubrió la materia en estado radiante. Un genio de la psicoquinesis. ¿Tú sabes lo que es la psicoquinesis, René? Muevo la cabeza. Es la modificación del estado de reposo de la materia. La más interesante es la psicoquinesis espontánea, o sea, la que se manifiesta de modo imprevisible. La que hace que se puedan mover los objetos, influir en la voluntad de las cosas, por así decir. En momentos como ése yo la dejo hablar, pero tengo que ponerme listo porque al terminar sus discursos a veces me hace preguntas. ¿Sabes qué hizo Sir William con su esposa, René? Otra vez niego. Materializó al espíritu de una mujer llamada Katie King y verificó sus apariciones con un galvanómetro. ¿Tú sabes lo que es el galvanómetro? Cómo no vas a saber, si eres un iluminado con cualquier herramienta, lo que pasa es que la has de llamar de otro modo. Mira, es un aparatito con el que sabes si además de ti hay una presencia o no donde te encuentras. Bueno, en una sesión, lady Crookes vio una aparición nebulosa con cierta forma humana envuelta en paños muy delgados que tomaba un acordeón y se ponía a tocar por toda la sala. Como nadie cantó ni quiso acompañarla, aquella aparición se hundió en el piso, dejando visibles solamente la cabeza y los hombros que la señora vio aún tocando el acordeón, imagínate... Mi esposo me prestó algunos libros sobre esto. Dice que eso explica los ruidos que yo oigo...

Miro por la ventanilla y suspiro. A veces él es bueno, René. Y un hombre muy culto. Pero nuestra comunicación no fluye. No logro que entienda que vivo en un infierno. Yo le digo que oigo ruidos extraños, de golpes, de gente que me

sigue. Tengo el presentimiento de que alguien me quiere matar. Pero él me responde que es la psicoquinesis y como con lo del aguacate, da el asunto por terminado.

Luego, acercándose trabajosamente en tono confidencial, me confía:

—¿Te acuerdas el día aquél cuando fallaron los frenos del coche y sólo él y tú lograron saltar? Yo me pregunté mientras caía al vacío “¿Por qué?” y él me respondió con el pensamiento: “Por gorda”. Me quedé muy desconcertada. El auto se incrustó en un árbol, como sabes, y no obstante me salvé. Luego llegaste tú a sacarme antes que los paramédicos. Me llevaste en brazos, me depositaste junto a un matorral y yo lo único en lo que podía pensar era cómo fue que mi esposo me había mandado una respuesta tan errónea. Porque el sentido de mi pregunta era: “¿por qué nos ocurren estas cosas?”, y no, “¿por qué lograron saltar ustedes dos y yo no?”, como arguyó él después que yo le había dicho. Más tarde, me explicó que debía ser más clara al hablar con él por vía mediúmnica. Ocurrió apenas unos días después de que entraste a trabajar con nosotros. Desde entonces, yo sentí que me protegías. Porque aquella vez ¿qué hubieras podido hacer? En cambio, arreglaste los frenos enseguida y una vez salido del taller, te aseguraste de que no fallara nada más en el auto. Un genio de la mecánica. Y, si me permites, de la dedicación. Porque revisaste el coche exhaustivamente, le encontraste mil desperfectos, me acuerdo. Cobraste una fortuna. Y también recuerdo que hasta hoy mi marido no ha terminado de pagarte, te debe un dineral. La cara que puso cuando le dijiste lo que costaría reparar el coche... La mujer rio, bajito. Te dijo que no te pasaras de listo. Pero no se lo tomes a mal, René: él es así, siempre ahorrando en la comida del perico. Tú en cambio no escatimas en gastos. Y es que no te quieres jugar ningún riesgo. Por eso me gusta ir contigo sentada acá atrás mientras tú manejas. Cuando termina tu turno, en las noches, me siento desprotegida. Ay, no quisiera que te fueras a tu casa, suspiró. Trabajo diez horas corridas, dije. Sí, y eso es malo para tu espalda, lo sé. Pero ahora que volvamos a la casa te voy a poner unos jitomates asados sobre los riñones, verás qué alivio.

Llego por fin a La Merced y busco un lugar donde estacionarme. No puedo estar con usted más horas, respondo, como suelo hacer, mucho tiempo después de que la gente me ha comunicado algo, porque me quedo pensando las cosas.

Luego añado: Yo también tengo una vida. En eso mentía. Vivo en un cuarto sin ventanas y ahí no hay nadie más que yo mismo. Sólo yo y mi mágnium, mis herramientas y mis dos morteros recién hechos. Y, aunque esto no se lo iba a decir, lo que menos soporto en el mundo es estar conmigo.

Yo lo sé, dice, tienes una vida rica y creativa. Lo descubrí la noche en que oí los disparos y al día siguiente, cuando te mostré las balas que encontré regadas, tú dijiste, mostrando una que no estaba percutida: ésta sirve para hacer un llavero. Al día siguiente lo trajiste con las llaves del coche. Te quedó muy bonito. La gente creativa muestra siempre una inteligencia superior. Es capaz de soñar, de pensar en algo más que en subsistir un día y otro día.

Yo empiezo a cansarme de tanta cháchara. No estoy acostumbrado a conversar y nadie me había hablado así. No es más que un simple llavero, digo. Sí, pero es en los detalles simples de las personas donde se ve su mundo interior.

Después de estacionarnos y ayudarla a bajar del auto, voy caminando con ella entre los puestos atiborrados de gente, probando los bocaditos que le van ofreciendo los marchantes. Después la ayudo a subir las bolsas de la compra al auto y en cuanto está sentada, finjo que necesito una clavija. Voy a la tlapalería que está allí, señalo, no tardo, y cierro la puerta con seguro. Pero... ¿¿Por qué??, grita, asomándose por la ventanilla. ¡Ya le dije que no tardo!, repito, alzando la voz, pero ella vuelve a gritar: ¡No me dejes sola! ¡Tengo miedo! Me acerco, para que no oigan los demás. Te acompaño, dice. Se cuelga de mi brazo a través del vidrio del coche, con la confianza de una tía sin ser mi tía, ella apergollada y yo tratando de zafarme desde la calle. Al sentir mi bíceps, exclama: ¡Oye, qué fuerte estás!, con el asombro de una novia sin ser mi novia y vuelve a presionar con la admiración de una esposa, sin serlo tampoco, y con esa misma confianza, añade: ¿Haces ejercicio? Es por mi trabajo, respondo con sequedad. Hacer barra y dominadas es lo único que me tranquiliza antes de tener que usar la mágnium o hacer estallar un mortero. La cosa no llega a más. Subo de nuevo al vehículo. En cuanto arranco, le advierto que quiera o no, iré más tarde a lo de la clavija y alguien se debe quedar con las cosas en el coche. Pero ella ya tiene los ojos cerrados y no escucha. Según murmura, su marido le está enviando un mensaje por vía mediúmnica. Cuando los abre, le pregunto, por divertirme un poco: ¿Y qué le manda decir el señor? No sé, dice cortante. Aquí con el ruido del tránsito

hay mucha interferencia. Sonrío. ¿De verdad cree en esas cosas? Se queda pensando un momento. Si no las creyera, me dice, mi esposo ya me habría encerrado en un manicomio, ¿no te parece?

Su respuesta se queda dando vueltas en mi cabeza. Y es que hace cosas raras, la verdad. A capricho, una vez pagó de más al plomero y a mí me obsequió un suéter nuevecito que el marido nunca desempacó. Es un acto gratuito, René, me dijo. Gratuito porque no te costó nada, pensé. Explicó que ella solía hacer ejercicios de agradecimiento. Tengo muchas cosas que agradecer a la vida, por ejemplo: haberme topado con Céfiro y contigo, con los dos. Al plomero, la mujer le debía el arreglo del céspol de un baño que el marido no quería pagar y a mí, bueno, me debía la vida, según ella.

Después de que volvemos del mercado por lo regular la mujer cocina lomos, gallinas de guinea, patos laqueados y un envuelto que le lleva día y medio de preparación llamado brazo de gitano. Con lo que ese día compramos, hace además unas galletas de jengibre y llena un par de canastas que nos da al plomero y a mí. Cuando terminamos el turno, Céfiro me dice que él piensa vender su canasta y me pregunta por la mía. Sin mediar palabra, se la extiende. Aquél sólo come tortillas de maíz y a mí comer antes del trabajo por lo regular me enferma. Es por el reflujo, dice la mujer cuando le confieso que me he deshecho de las galletas. Yo también lo padezco. Toma estas pastillas. Las pastillas me dan náuseas y las tiro. Como no tienen acogida entre Céfiro y yo, y el marido no prueba alimento con tal de llevarle la contra, la mujer acaba zampándose las galletas restantes, hecho que le da bastante reflujo. A las sirvientas les obsequia dinero o ropa usada pero nunca les da cosas de comer. Es para que no les pase lo que a mí, me dice un día, señalándose el cuerpo. Si vieras, cuando mi marido me conoció, tenía una cintura que le cabía entre las manos. Parecía relojito de arena. Claro que todavía tengo lo mío, aunque a una escala mayor. Ante estos comentarios yo me limito a emitir una especie de gruñido y después guardo silencio. Un día me confía que su esposo es impotente. Como sé que es imposible que un hombre se confiese impotente, comprendo que el marido no está dispuesto a tocarla ni aun en el supuesto de verse a punto de caer sobre ella y que es una forma de quitársela de encima. “Esta gorda es casta”, pienso, mirándola por el retrovisor. Y siento calambres.

La tarde en que debo llevar a cabo el trabajo el marido se ausenta, como convenimos, pretextando una reunión de excompañeros de carrera. Antes fue director de un importante despacho de contadores y se veía que hizo bien las cuentas. Tan sólo la casa, sin contar el jardín, era la más grande de toda la manzana. Tenía árboles grandes, macizos de flores y un frontón abandonado cubierto de pasto y maleza. En cuanto anochece, la mujer me pide revisar la parte trasera del jardín por última vez porque va a quedarse sola. Ay, cómo lamento que tengas que irte a tu otra vida, René. Más en una situación como ésta. Mi marido, ya lo viste, no quiso llevarme con él y las muchachas se fueron a su pueblo.

Quiero proponerle algo: quedarme con ella un rato, para seguir con el plan concebido, pero ella se me adelanta. Al menos sube unos minutos al recibidor, me dice. Mañana es nochebuena y como no voy a verte en unos días, te prepararé una sorpresa. Salvo en la cocina, nunca había estado dentro de la casa. Subo las escaleras y veo el saloncito por primera vez. Sobre la mesa de centro, ha dispuesto dos manteles, una azucarera, un canasto con manzanas, una ponchera con vino caliente y un par de copas. Enseguida regreso, murmura. Mientras vuelve de hacer sus necesidades observo unos cuadros espantosos de gordas perseguidas por hombres con cuerpos de cabra; un sofá percutido y cubierto con un mantón; una estantería con miniaturas de cristal y otras cursilerías como una cuna vacía, un columpio, un huevo adornado y un pozo. Luego, me quedo mirando la serie de cojines que borda y el sillón mullido por el peso donde lleva a cabo esta tarea. Finalmente, me siento. La veo entrar de nuevo, vestida con una blusa estridente y una falda de flores, como una muñeca más grande que el tamaño natural, de esas que las niñas patean por detrás de las piernas para hacerlas caminar. Trae unos tacones con pedrería y un broche en medio de los senos que me obliga a levantar la cara cuando desde aquella altura se inclina y me dice: Cierra los ojos, René. Vas a oír música celestial. Se va contoneando hacia el aparato de sonido y lo enciende. Es el coro de los niños cantores de Viena. ¿Lo habías escuchado antes? Cómo iba a escucharlo, me dan ganas de decir, si el lugar de donde vengo los únicos coros que hay son las peleas de perros y los balazos. Pero me conformo con decir que no, ni tampoco he bebido un vino tibio como ése que me está sirviendo. ¿Nunca has bebido vino?, pregunta, azorada. Lo más

cerca que he estado de un líquido de ese color es la sangre que vendo cuando el trabajo escasea, pero me limito a decir: No, señora. Soy hombre de pocas palabras, pero esta vez pienso que debo decir algo más. O quizá es que de pronto empiezo a sentirme cómodo, relajado. Tanto, que en cuanto la mujer se distrae, corto la línea telefónica tal como convine con el marido, en el fondo con más interés de que él ya no pueda comunicarse que por otra cosa. Está el celular, por supuesto. Aunque llego a tener un pensamiento sorprendente: puedo responderlo o no. Pero soy persona de palabra, al menos en lo que al trabajo se refiere. Cuando voy a servirme la segunda copa, la mujer toma mi mano y con una cucharita me fuerza a mover la ponchera. Ay, René, con un talento así y con tu tipo es un desperdicio que nadie te haya enseñado estas cosas.

Bebemos otra vez y no sé por qué me entran ganas de mover de nuevo la ponchera, tomando ahora su mano acojinada y blanca. A través de la blusa entreabierta veo la piel color migajón. ¡Enseñame algo que no sepa!, me dice de pronto, y ahí sí me pone a pensar: torcerle el cuello a alguien, clavarle una navaja en el costado, golpear sin dejar marcas, en cuál de mis especialidades podré instruirla. No, la verdad, no sé... digo. Ay, René, no seas tímido. Algo haz de saber que yo no sepa. Está bien, ponga otra música, digo. Póngame una cumbia, la “Cumbia de la Pasión”. Nos ponemos de pie y la voy conduciendo con suavidad entre los muebles. Nada más déjese guiar, le advierto, acercándola y demostrando que el secreto de la cumbia está en quebrar la cintura apenas. Ahora viene lo bueno, le advierto, preparándome para componer la figura. Estamos en lo mejor del baile cuando, de pronto, ella se separa de mí. Cierra los ojos, inclina un poco el talle y se levanta el vuelo de la falda, como si quisiera librarla de un lodo invisible. Empieza a moverse con lentitud, disfrutando el baile y sonriéndome a mí o a quién sabe quién. Tiene el pelo recogido con una peineta, pero al dar el giro, sin perder el compás, se suelta el cabello que pierde el dominio y la hace parecer otra persona. Y es como si la psicoquinesis hiciera su efecto y alguien hubiera acudido al oír los sonidos de la música. Pude haberla abrazado, impidiéndole moverse y terminar con lo pactado, pero en vez de eso la tomo por atrás y le susurro al oído: “Si no estuviera tan cruda sería capaz de comérmela”.

Suelta una carcajada y echando la cabeza hacia atrás me mira. Si llega el viejo,

me parte, pienso, a mí, que en lugar de darle muerte le estoy dando la alegría de su vida. De no ser porque estoy a punto de mandarla al otro mundo, con ese sólo gesto le habría prolongado la vida veinte años, por lo menos. ¡Mírel!, digo, mostrándole el cable trozado, como para recuperarme a mí mismo. Pero ella no lo ve o no quiere verlo; desde otro tiempo y otro espacio navega en las arenas movedizas del pasado, en un tiempo que parece jalarme y me obliga a olvidar mi misión. Bebe un poco más, dice. Y bebo. ¿Ves cómo todo esto es un lago, René?, y señala el salón. Ven, rememos un poco mientras nos sea posible. La abrazo por la espalda, extendiendo sus brazos y haciendo un movimiento hacia adelante y atrás. Pronto, todo esto que ves serán caminos de cemento, me dice, y cuando miremos al cielo veremos sólo cables. Toma del cesto una manzana chica y picada, de ésas que compra conmigo en los puestos baratos porque con lo que le da el marido tiene que ahorrar en los ingredientes de primera. ¿Ves esta fruta?, me interroga. Viene del paraíso. Pronto las inyectarán con sustancias y verás a la gente adquirir cuerpos monstruosos. Pone mi mano en uno de sus senos y siento la carne turgente debajo de la blusa. Y en ese momento se derrumba. “Es ahora o nunca”, pienso, y la llevo a la cama. Calculo que mi labor estará pronto concluida, pero al acercarme a tomarle el pulso ella me oprime la mano. ¿Se siente mal?, le pregunto, esperanzado. Nunca me había sentido mejor, dice arrastrando las palabras. ¿Por qué no brindamos por esta razón? Voy por las copas y bebo yo también. Ah, dice. Qué bien. Ahora habla muy lento y la voz, más grave que la usual, parece venir de otro rumbo.

Me has enseñado tanto; he aprendido tanto de la vida junto a ti, dice. Es... se mira la mano y mueve los dedos, como si me hubiera descubierto el pulgar. Qué quiere decir con esto, sólo ella lo sabe, el caso es que me acerca la mano y mueve el pulgar frente a mí. Ven, acuéstate conmigo un momento, dice, pero antes, bebe un poco más, anda. Me bebo de golpe otra copa y me tiendo de perfil junto a ella, en la orilla en la cama. ¿Quieres que te diga algo, René? Nunca me he acostado con otro. No quiero seguir por ese camino porque me repugnan las intimidades, más aún cuando vienen de alguien que no soy yo. Pero ella no es de la misma opinión: Si tan sólo él pudiera estar algún día así, conmigo, como hoy estás tú, dice. Le transmitiría tantas cosas sin necesidad de decírselas... Guardamos silencio un momento, hasta que ella me dice: Quiero poseer su mente, René, tal

como él ha poseído la mía. ¿¿Quiere su cabeza??, pregunto, sorprendido. La mujer suelta una carcajada y me contagia a mí también.

Pues su cuerpo, no lo puedo poseer...

Nos reímos aún más, sin saber por qué. Recostados de perfil, nos miramos frente a frente y ella susurra: Eres... Entonces la oigo roncar. Llegó mi momento, pienso. Quiero levantarme y tengo que detenerme a causa del mareo. Retomo el equilibrio, bajo las escaleras, tomo mis pocas pertenencias y salgo. Ya estando en la entrada, enciendo el celular. El marido, furioso, grita desde el otro lado, con su voz tipluda: ¡Imbécil! ¿Qué carajo te pasa? ¡Tengo horas tratando de comunicarme contigo y tu teléfono siempre me manda al buzón! Respiro con calma y pregunto: ¿Depositó el dinero? Pero el hombre me grita más fuerte aún: ¿No te estoy diciendo que he estado tratando de comunicarme contigo? Tengo horas queriendo decirte que no pude ir al banco. Respondo: Ajá. Y ante mi respuesta, se detiene en seco y cambia el tono de voz. Mira, dice, terminemos con esto y mañana a primera hora me acompañas al banco y...No oigo lo demás; simplemente espero a que termine de hablar. ¿Oíste lo que dije?, pregunta. Sí, digo, lo oí. ¿Y terminaste con todo, no? Sí, digo, terminé. Entonces espérame donde acordamos para llevar el cuerpo al fondo del jardín.

No tuve que aplicar mucha fuerza. Luego de la cuerda, procedí a cortar la cabeza de un tajo con la pala. Quién sabe por qué la puse en el cesto donde antes habían estado las manzanas. De regreso a mi casa, se me ocurrió que nunca antes había hecho un regalo.

INSTINTO DE SOBREVIVENCIA

Alguien frente a mi casa se lleva las manos a la boca, soy yo, estoy regresando y me doy cuenta de que la asaltaron. El portón de metal abierto de par en par, las cerraduras rotas, la puerta de madera de la entrada destrozada por una barreta. Un gran agujero se burla, entra, entra, y lo que me asombra no es la risa sino la incoherencia. Como si un cirujano se bajara los pantalones en una operación. Se acercan los mirones, entre ellos el vecino que ve con desinterés: no nos dimos cuenta, dice con indiferencia, ni siquiera ladró el perro, y vuelve a su casa. ¿Alguien tiene un teléfono? Un joven marca un número en su celular y minutos después tres agentes hacen una entrada aparatosa, ya no están, nos informan desde el balcón de mi recámara, aquí no hay nadie, y uno de ellos nos dirige una seña que significa: los limpiaron. La ropa tirada, los cajones al revés, todo es un desorden, un bosque devastado. Camino entre los montones de papeles y libros y ropa y lo que observo, en cambio, es la falta. No hay computadoras, no hay memorias externas, ni joyas, ni dinero. Es la despedida de lo que fui con esos objetos y ya jamás seré sin ellos, gracias por venir, digo a los policías, les agradezco por no sé qué, y después de ver los restos del desastre mi reacción es echarme a andar, no volver más. No sabría cómo ser sin las cosas que como adjetivos puntuaban mi existencia. Hasta antes de este momento yo podía decir: yo soy esto: digamos, lo que escribía, o escribí, y que ahora no existe. Los lugares en que estuve, la gente con la que compartí algunos momentos de la vida: las fotografías que se llevaron. Sin rastro de memoria. No me reconozco, eso es. Por un instante, no reconozco los muebles, los cuadros, los libros regados por el suelo, en busca de una caja fuerte, pienso, por eso los sacaron. Decenas de libros abandonados en una casa que fue mía. Salgo al viento helado, vámonos de aquí, qué absurdo, después de todo, si pienso que yo soy mis libros, lo que despreciaron en cierta forma fue a mí. El sillón en que leo, no, en que *leía*, me

digo que debo ser más cuidadosa con los tiempos verbales. Yo *era* eso. No pienso volver, observo a un hombre dándose calor en las manos con la boca, no tiene sentido el regreso y no entiendo por qué. Quizá porque no soy la mujer que arregla los libreros y mete de nuevo la ropa en los cajones y ordena su casa, esta es una razón que encuentro válida por el momento. Y porque no puedo volver.

Pago al administrador ¿no trae equipaje?, me pregunta, se llama hotel, me repito, esta noche dormiré en un hotel. Porque no puedo volver: no hay puerta en mi casa y podrían regresar los asaltantes. Ésa es otra razón válida, cada vez encuentro más lógicas las razones, ¡señora!, dice el de la recepción y me entrega una llave. Contra todo pronóstico, caigo como tronco y despierto poco antes del amanecer, qué bueno que siempre cargo un peine y un cepillo dental portátil, como una vacación no planeada, salvo que no puedo dejar de pensar en aquella casa, salvo que no hay mar ni aire acondicionado ni tiempo libre. Salgo y me avisan que olvidé pagar, no fue mi intención, extiendo al empleado una tarjeta de crédito: una bruma azulada y edificios que comienzan a encender sus luces poco a poco. Al atravesar la calle en mi afán de sólo seguir adelante fui reuniendo varias cosas para sustituir a las otras: cables, muros con grafiti, cortinas de metal que comienzan a abrirse, un puesto de periódicos y el dueño acomodando los diarios en pilas: “ruedan ocho cabezas”, “una muerta más en ciudad Juárez”, “otro edil asesinado”, ¿tienes hambre?, tengo, me respondo y al menos de momento no soy una muerta más, a mí sólo me asaltaron.

Entro a una cafetería, desayuno continental ¿de qué continente será? Hola ma, buenos días, robaron mi casa, estoy en un restorán, por eso te llamo a esta hora. No me des problemas, siempre das problemas, es insoportable a esta edad oír esas noticias. Pienso en otra casa, es la de Emma Bovary, un pequeño surtidor y una perrita galga, a la que odia, porque está tan perdida como ella, yendo de un macizo de flores a otro y sin saber qué hacer. Pienso en el camino de Swann, un camino que siempre lo lleva de regreso al pasado que es su casa, y en la casa de los Buddenbrook, con la mesa puesta y los vinos exquisitos y la familia departiendo sobre asuntos de importancia siempre. Mis casas están en el siglo XIX, pienso. ¿Quiere más café con leche?

AMORES QUE MATAN

Para los causantes: Rosa, los dos Godos, Ana, Luis,
Casandra y, sobre todo, para Ernesto.
A Patricia Hinojosa, que está en mí.

SHERE-SADE

Tengo un amante veinticuatro años mayor que yo que me ha enseñado dos cosas. Una, que no puede haber pasión verdadera si no se traspasa algún límite, y dos, que un hombre mayor sólo puede darte dinero o lástima. Rex no me da dinero; tampoco lástima. Por eso dice que nuestra pasión, que ha rebasado los límites, corre el peligro de comenzar a extinguirse en cualquier momento.

Noche primera

Hasta antes de conocerlo yo había asistido a dos presentaciones de libros y nunca había ocurrido nada, lo cual es un decir, porque bien mirado cuando no ocurre nada es cuando realmente están ocurriendo las cosas. Y esa vez ocurrieron del siguiente modo: yo estaba sola, en medio de un salón atestado, preguntándome por qué había decidido torturarme de esa forma, cuando me di cuenta de que Rex, un famoso escritor a quien sólo conocía de nombre, estaba sentado junto a mí. Cuando terminó la lectura del primer participante, aplaudí. Acto seguido, Rex levantó la mano, increpó al participante, volvió a acomodarse en su asiento. Con pequeñísimas variantes ésta fue la dinámica de aquella presentación: se leían ponencias, se aplaudía y Rex alababa o destrozaba al hablante, comentando siempre con alguna de las Grandes Figuras que tenía cerca. Alguien leía, Rex criticaba, otro más leía, Rex criticaba, yo aplaudía. Si el minimalismo es previsibilidad y reducción de los elementos al menor número de variantes posible, ésta fue la presentación más minimalista en la que he estado. Terminada la penúltima intervención a cargo de una autora feminista, Rex criticó, yo aplaudí, fui al baño. Lo oí decir que la estupidez humana no podía caer más bajo.

Al regresar, antes de que se diera por terminado el acto, noté que Rex tenía puesta la mano abierta sobre mi asiento y distraído conversaba con alguien. Cuando señalé el sitio en el que había estado sentada y en el que ahora su mano autónoma y palpitante aguardaba como un cangrejo, Rex clavó la mirada en mí y dijo: “la puse ahí para que se mantuviera caliente”. Dos horas después estábamos haciendo el amor, frenéticamente. Así se dice: “frenéticamente”. También: “enloquecidamente”. En el amor todo son frases prestadas y uno nunca está seguro de decir lo que quiere decir cuando ama. Pero cuando uno quiere con todas sus fuerzas no estar allí y no puede hacerlo, ¿cómo se dice?

Noche tercera

Lo primero que tengo que admitir es que no sé muy bien en qué consiste el decadentismo nihilista porque nunca antes de conocer a Rex me lo había planteado. Según él, ese término define a la Generación X, la más decadente y desdichada de las generaciones de este siglo, a la que desafortunadamente pertenezco. Yo no hice nada para pertenecer a ella. Pero si quisiera ponerme en el plan en el que según Rex debiera, podría arrepentirme sólo de un hecho: haberme sentado junto a él, un escritor tan famoso, en una presentación de libros. La regla de oro entre los asistentes a este tipo de actos es que nadie se involucre con nadie y que las amistades, si es que prospera alguna, estén cimentadas en el más puro interés (te doy, me das; te presento, me presentas; te leo, me lees) o en el descuido. Rex dice que toda relación que no provenga del alcohol es falsa.

Noche séptima

Hoy Rex y yo decidimos algo muy original: que nadie, nunca, se había amado como nosotros. Y para confirmarlo, usamos las frases que usan todos los

amantes. Un solo ser en dos cuerpos distintos. Dos almas gemelas entre una multitud de extraños. Cien vaginas distintas y un solo cono verdadero.

Noche décima

Ocurrió desde la primera vez, pero me había olvidado de contarlo. Estábamos en el momento culminante, haciendo el amor frenéticamente, como he dicho, y de pronto el cuarto se nos llenó de visitas. La primera que llegó fue la Extremadamente Delgada de Cintura. Rex comenzó a hablar de esta antigua amante suya porque mi postura se la recordaba. Era decidida, ardiente y pelinegra. Había que cogerla muy fuerte de la cintura, a la Extremadamente Delgada, porque si no era capaz de despegar. “Así”, dijo, apretándome. “¡Ah, cómo subía y bajaba aquella mujer!”, añadió, mientras me sostenía, nostálgico. Pero luego de un rato, levantando el índice, me advirtió:

—Podrán imitarla muchas, pero igualarla, ninguna.

Y hundido en esta reflexión fue a servirse un whisky. Al cabo de unos minutos en los que yo misma, una vez caída en una especie de ensueño, pensaba en la pasión tan grande entre Rex y yo, él rompió el silencio:

—Eran unas cuclillas perfectas —dijo, refiriéndose a aquella otra mujer—. Mírame: se me pone la carne de gallina nada más de recordarlo.

Era verdad: la blancura enfermiza de la piel a la que por años no le había dado el sol se había llenado de puntitos.

—Como un émbolo de carne —dijo, casi en estado de trance—. Arriba y abajo, fuera de ella, sobre mí, dando unos alaridos impecables.

Según Rex aquella mujer de las cuclillas tuvo un excelente *performance*: lo hizo tocar el cielo, sin exagerar, unas seis veces. El mismo día de su entrega, antes de despedirse, la Extremadamente Delgada de Cintura le pidió que le hiciera el amor por detrás.

—Quería hacerme una ofrenda —me explicó Rex, conmovido—, un regalo.

Después de esta confesión, para mí insólita, se hizo de nuevo un silencio. Creí que la historia de Rex era una forma más bien oblicua de pedirme algo, así que

me abracé a una almohada y me ofrecí, en cuatro patas, de espaldas a él. “No te muevas”, me dijo, y unos segundos más tarde sentí el flash de una cámara. Esperé un poco más, pero nada ocurrió, y tras angustiosos minutos oí que alguien junto a mí roncaba.

Noche 69

—¿Por qué me gusta tanto que me hables de tus antiguas amantes? —mentí.

—Porque la carne es la historia —me explicó Rex, muy serio—. Aunque esto muy pocos lo entienden.

Y luego, acercándose a mi oído me dijo, bajito:

—La carne por la carne no existe.

Noche 104

Dos semanas después me trajo la foto. Junto con una carta que decía: (“adoro la negra estrella de tu frente, pero adoro mil veces más a la otra, la impúdica, ese insondable abismo que nos une”). Todo lo demás eran loas interminables: a mis senos, más blancos y bellos que los de Venus emergiendo del océano; a mis nalgas, redondas, plenas como una pintura de Ingres; a mis muslos, inspiración de Balthus, a mi espalda perfecta y a mi vientre. A cada centímetro de mi cuerpo, siempre en comparación con otras. Nunca, nadie había sido más hermosa que yo: ni los labios, mejillas, cabellos, ni los largos cuellos que me antecedieron podían competir conmigo, según Rex. Freud dice que en toda relación sexual hay en la cama al menos cuatro. En nuestro caso, había cuando menos veinte. O treinta. O eso creí al principio. Poco a poco fui dándome cuenta de que si hubieran llegado las examantes de Rex a instalársenos al cuarto habríamos tenido que salirnos por falta de espacio.

—¿No sería bueno que usáramos condón? —sugerí.

Pero Rex fue categórico:

—¿Qué habría sido de los Grandes Amantes de la Historia de haberse andado con esas mezquindades? —dijo.

Acto seguido se levantó de la cama, se vistió y salió azotando la puerta.

Noche 386

Por alguna razón, me siento obligada a aclarar que tuve una infancia feliz, que mi padre me quiso mucho y que no fue machista. O tal vez sí, tal vez fue tan machista como otros. Pero esto nada tiene que ver entre Rex y yo. Lo que me pasa con él es cuestión de simple polaridad: los hombres buenos me aburren, igual que a todas las mujeres de mi generación que, como he dicho, es la X. Esto lo he podido constatar. La “corrección política” no es más que una forma cínica de la hipocresía. Es la pretensión de asepsia en los guantes de médicos con el bisturí oxidado. Y el mundo no es un quirófano.

Noche 514

Por las noches, después de despedirnos, Rex pone mi nombre debajo de su lengua. Allí lo guarda y paladea, como si fuera un chocolate. Para mí, en cambio, sus gestos se diluyen. Cuando no está, su cuerpo sobre mí desaparece. Sólo puedo recordar su voz. Como en una película que vi donde los personajes se dan cita por teléfono sin encontrarse jamás, Rex se me ha vuelto una presencia sonora, incorpórea. Rex es la forma de sus palabras. Y sus palabras, el amor que le han inspirado las mujeres que llegaron antes de mí.

Noche 702

Ayer traje más mujeres al cuarto. Los nombres me sorprenden más que ellas mismas, me hacen imaginar mil y una posibilidades. La que Lloró con Ciorán, la Escorpiona, la Amada Inmóvil, la Monja Desatada. Todas con una historia y un modo de hacer el amor muy específicos.

—Mis mujeres fueron siempre voluntariosas —dice Rex—. Sabían elegir sus posiciones. Arriba, o con las piernas cruzadas, de lado, cada cual según su gusto y preferencias.

Mi papel no hablado era imitarlas. Y más aún: superarlas. Si improvisaba algún gesto, Rex me llevaba sutilmente a la postura de alguna de ellas, la Mujer de Alcurnia Ancestral, por ejemplo, muy derecha sobre él aunque viendo al mundo con mirada desdeñosa, y me contaba su historia. Nunca llegué a conocer sus nombres verdaderos.

—Es por respeto —dijo Rex—. Para evitar que un día vayan a toparse por la calle.

Una tarde, haciendo el amor, tuve un levísimo atisbo de improvisación y al emprender, besando, el camino de su ingle a sus párpados, me comparó con Eva. “La primera mujer”, pensé orgullosa, y en respuesta caminé desnuda por todo el cuarto antes de que llegara Jehová y me corriera del paraíso.

Noche 996

Había perdido la cuenta de la frecuencia con que nos veíamos, dada la relatividad con que había empezado a transcurrir el tiempo y a que los caprichos de Rex habían crecido, como es lógico. Para llevarlos a cabo comenzó a posponer sus viajes y conferencias, lo que no era poca cosa dados los ingresos que percibía o, más bien, que dejaba de percibir por estar conmigo. Inventaba pretextos cada vez más inverosímiles para no llegar a las citas, para estar lejos de su familia, y comenzó a ejercer sus funciones amatorias como un corredor de bolsa de Wall Street, a tiempo y de modo implacable. Yo era su amante, dijo, se debía a mí. ¿Qué otra cosa podía hacer sino corresponder con el mismo fervor a semejante entrega? De la noche a la mañana me vi obligada a superar las cuclillas de la

Extremadamente Delgada, a sostener las piernas en vilo, por horas, como la Escorpionista, a perfeccionar los tiempos de la Rana o a quedarme quieta de perfil, como la Cucharita de Canto. Más frecuentemente, sin importar mi cansancio, debía moverme con frenesí extremo, agitando la melena al viento, como la Medusa de Ayer, la amante que más trabajo le había dado olvidar. Junto con los efectos de mi gimnasia amorosa debía soportar el hambre por horas, incluso días completos, pálida y ojerosa, sostenida sólo del comentario de Chateaubriand de que la Verdadera Amante ha de resistir los embates como una ciudad en ruinas. Por si esto fuera poco, uno de los días en que habíamos hecho el amor durante horas, sin dar tregua a los días anteriores, Rex decidió prender la tele del cuarto de hotel donde nos citábamos. Casi muero de espanto al ver el estoicismo con que Sharon Stone, totalmente desnuda y sentada sobre su amante, se ponía una corbata alrededor del cuello y, sin dejar de moverse, aguantaba la respiración mientras él, hundido en el más puro gozo, la estrangulaba durante el coito.

—Déjale ahí —dijo Rex, sirviéndose otro whiskito—, no vayas a cambiarle.

Y luego, mirándome con intención:

—Así luego podemos tomar algunas ideas.

Me levanté como pude y, adolorida, caminé al servibar. Me explicó lo que haría conmigo cuando entrara al baño, cuando me agachara, intentando — inútilmente— vestirme, cuando horas después, me durmiera. “No habrá tregua”, advirtió.

Tomé una lata de coca-cola y la acerqué a mi oído. A través de ella pude oír el bombardeo virtual de una ciudad imaginaria.

Noche 1000 y una

Ayer, por la tarde, quise ponerle un ultimátum: o ellas o yo. Fue un momento de desesperación, lo reconozco. Estaba agotada de competir contra otras, quería ser amada por mí. “¡Pero si tú las contienes a todas!”, dijo Rex, emocionado. En ocasiones como ésa siento que no puedo defraudarlo. Lo peor que puede ocurrir es que llegue el día de mañana y que yo, solícita, me vea obligada a superar el

placer de las noches anteriores. Lo segundo peor es que, agotado el repertorio, Rex me vea por fin tal como soy y decida entonces que ha llegado el momento fatal de hacerme formar parte del inventario.

MANUAL DE AUTOAYUDA PARA CHINOS

Para Casandra y Federico

Conoces a una mujer que te propone un negocio a ti, Huni, el rey de los negocios turbios. Está pensando en patentar un muñeco que cuando le jales la cuerda abra los brazos y diga: “¡Eres la única mujer en mi vida!”, “¡Oye, estás flaquísima!” y sobre todo “¡Discúlpame!”.

—¿Y sabes por qué? —te pregunta—. Porque los hombres se la pasan ofendiéndote y nunca te piden perdón de nada. Están incapacitados para sentirse culpables. Y en realidad, para hablar de sus sentimientos.

Da un trago a su coca light y te pide que lo pienses. Está convencida de que ese negocio haría mucho por las mujeres.

Tú asientes, en principio divertido. Te le quedas viendo de arriba abajo como si la escanearas. El busto perfecto, el cabello largo y crespo, la cinturísima. Hasta ahí te permite ver la mesa del Sanborns. Tiene una risita agradable y ojos chinos no porque sea china sino porque está sonriendo todo el tiempo. Te imaginas a tu socio del negocio de importaciones cuando se la describas:

—Huni: es justo lo que te recetó el médico.

Observa sus labios moverse mientras te platica de cuánto la han ofendido los hombres, de cómo se aprovechan siempre, ve sus manos, como abanicos danzantes, como pañuelitos blancos. Sus uñas limpias. De pronto, vuelve las tuyas una caja y guárdalas adentro. Ella se sorprende aprisionada, te sonrío. Parece una actriz. Es raro que tenga ese trabajo de judicial, que sea parte, como ella misma dice, de los “cuerpos policiacos”. Para nada se parece a los roperos armados que llegan sin avisar a quitarte tu mercancía. “¡A ver, pinche chino, viene todo!”, y luego no se aparecen por meses. Ella no. Ella es linda y cariñosa. Y sobre todo: es

leal. Te avisa con tiempo. Te propone un acuerdo. Un porcentaje.

Intercambia una mirada furtiva, deja sus manos libres y obsérvalas volar al bolso azul claro. Cuando saque el cigarro y te pida fuego sorpréndete de que una muchacha tan joven y tan bonita fume.

—¡Ay, Huni, pero si en tu país se la pasan fumando todo el tiempo! —te dice.
Aclárale entonces:

Es tu país de origen, pero no de cultura. Desde que llegaste a trabajar a la Samsung tú te hiciste a los modos de aquí. Tus costumbres son las suyas.

Ella de inmediato niega:

—No, Huni, eso de traer saldos y colocarlos como si fueran mercancía del año no lo hacemos aquí. Ni lo de andar imitando todo lo que tenga marca. Nosotros no tenemos esas costumbres. Porque si las tuviéramos, ¿para qué íbamos a comprarte a ti tus cosas, a ver?

Obsérvala juntar los labios como si fuera a chiflar o a darte un beso; mira cómo le da otro sorbito a su coca light.

Te dice que por eso tienes que traerte todo de allá: los monitores de los videojuegos que colocas en las papelerías y en las farmacias, los dizque relojes Rolex y las falsas bolsas Louis Vuitton, las llaves mezcladoras de agua. Escúchala y recuerda el gesto de incredulidad que puso cuando le regalaste las zapatillas de terciopelo falso. “Vesace”, dijiste, y la erre se te atoró. La gracia con que se las puso, tomando cada una por el talón, su empeine acojinado.

—Pero lo que traes es ilegal, Huni —te dice y retira el vaso de refresco—. Tú lo sabes. Se llama “contrabando”.

Di: oh, oh, oh, cerrando los ojos, haciéndolos más chiquitos, asintiendo. Y ahora, mírala: en su traje de comando, en uniforme, según le pidieron ese día, acercándose a ti para que le enciendas el cigarrillo. Una sola pieza negra, lustrosa. Una pantera. Acciona el Zippo que sólo tú sabes que no es Zippo, observa cómo ella le da una calada honda al cigarro y te dice: “Gracias”.

—Las que la adolnan —respóndele aprisa.

—Ay, Huni, seguro eso les dices a todas.

Niega con la cabeza, muéstrate divertido, pero entonces ve cómo se acerca y te aclara: ella no es una cualquiera. Esto sí quiere que lo entiendas bien. Tú lo entiendes. Ella se relaja entonces, vuelve a su posición original y te explica: Su

abuela era multimillonaria, nacida en Nueva York, sus padres se la trajeron en un barco con una nana y una vaca suiza. Después perdieron todo, no te dice bien por qué. Da una calada a su cigarro y añade: su papá no era rico, pero sí muy guapo y muy bohemio. Jugaba fútbol, se asoleaba.

—Era muy seductor —suspira.

—Con lazo —respondes y ella no pregunta con razón qué, sino que da un último trago a su coca.

—¿Sabes qué, Huni? —te dice de pronto, apuntándote con un dedo—. Ojalá esa boca dijera lo que verdaderamente piensas, algún día.

En los operativos es tierna, te acaricia la mano debajo del mostrador donde guardas la escuadra calibre veintidós por si sus compañeros o el abogado quieren pasarse de listos. En la oficina es formal y atenta, te contesta el celular aunque esté ocupada. Habla con el agente aduanal, te busca la manera de que puedas introducir el producto. Y sobre todo: te avisa. Te da los pitazos siempre. Entre ella y tú hay un acuerdo: sólo se llevan lo peor de la mercancía incautada en los operativos. El treinta por ciento. Tú sabes que ellos la venderán después y que nadie les dirá “pinches chinos transas”, aun así los miras llevarse las cosas y sonrías. Sonrías y aguardas.

En las prácticas de tiro es la mejor.

—¿Cómo le haces? —le preguntas.

No bebe. No fuma. Bueno, sólo a veces. Un poquito. Le gustan los chocolates.

Después de cuatro operativos, un cateo mayor y dos idas al cine te acuestas con ella. Te parece el número adecuado de salidas. La llevas a tu casa.

—¡Pero si esto es un palacio! —exclama encantada al ver la cochera verde de mosaico, la cama con dosel, el barecito frente a la cama donde tienes todo tipo de licores.

Tú respondes:

—Y tú, la leina.

—Ay, Huni —te dice.

La abrazas. Es tan joven. Nueva como un embarque de bolsos de plástico recién manufacturados. Llena de promesas.

Hacen el amor y entonces ella acomoda un par de almohadas en la cabecera,

se sienta cómodamente en la cama, te pide que le pases los chocolates y tras llevarse un arlequín de limón a la boca te dice:

—¿Sabes qué, Huni? En el fondo eres un romántico. Si el comandante me preguntara: “¿Quién es ese chino que siempre anda haciendo negocios chuecos?”, yo le diría: Un romántico.

Entrechoca las copas de champaña. Di:

—¡Salud!

Abrázala apasionadamente. Bésala. Dile que sus pies son un par de peces dorados.

Cuando ella se quede tendida boca abajo, desnuda y exhausta, ve a la estancia, pon esa música que tanto te gusta, de cinco notas, y recorre con el dedo su espalda. Ella se da vuelta. Te dice el nombre de su marido. Se llama Rolando García. Antes era el director del departamento de licencias y permisos, ahora es comandante de la PGR. Cuando te pregunte: “¿Qué piensas?”, no digas: “lárgate de una vez” ni “pinche puta”. Tómala suavemente de una nalga y di:

—Depende. ¿Clees que nos dalia un pelmiso, tu malido?

Ella finge una sonrisa.

—Es que no quiero que te sientas mal por esto —dice.

Brinca de la cama, da una patada de Tae Bo. Sonríe.

Di:

—Huni es un chico duro.

Cruza los brazos.

En los siguientes encuentros, ella pone cara de preocupación.

—¿Por qué no me dices lo que sientes? —te pregunta.

Te mira profundo a los ojos.

—¿Huni, por qué no me muestras tus sentimientos?

Mira la camisa que se le desabotonó. Mira sus pechos.

Cuando vivías con tus padres creías que amante significaba una prenda de vestir masculina, algo para lucir cuando uno sale a pasear, como unas mancuernillas Giorgio Armani. Ahora sabes que una amante puede ser cualquier cosa menos

unas mancuernillas. No puedes mostrar las muñecas y decir:

—Qué tal. Soy Huni. Ésta es mi amante.

Es como tener la copia sin saber que no es el original. Es como pagar una copia a precio de original constantemente.

Desde que sabes que está casada, no enfrentas el negocio igual. No miras a tu socio de la misma forma. Cuando se te ocurre algo y ella te contesta el teléfono, no puedes decirle:

“¡Hola! ¿Cómo puedo registral la malca Hundai?”, ni la oyes decir con el mismo ánimo: “¡Pero Huni!, ¿cómo vas a registrar esa marca si ya existe?”. No te ríes igual, no puedes contestarle:

Existe, pelo no aquí.

Cuando sales a comer y tu socio te pide que le cuentes sobre la mujer ésa que estaba buenísima no le dices “aaay”, como si fuera algo espantoso y trágico, ni “no quiero hablar de eso”.

Dices:

—No tiene nada de especial —y te encoges de hombros.

—¿Cómo que no? —responde él y te mira sorprendido.

Dile con naturalidad:

—No es como un pal de mancuernillas Almani.

—Uy, quién te entiende —dice, y de ahí en adelante guarda silencio hasta que regresan al despacho.

Es como recibir la mercancía dañada.

Es como haber sido timado por un chino.

Esa noche en que sabes que tendrá que irse dentro de dos horas, cuando te acaricia y te habla al oído, descubres que tu boca se mueve, de pronto, como por voluntad propia. Ella ha estado haciendo la culebra alrededor de tu cuerpo, te ha pasado los dedos entre el pelo asombrada de que sea tan negro y tan grueso. Luego se ha recostado sobre ti, sobre tu espalda. A medio lengüeteo, mientras intenta completar un círculo alrededor de tu oreja, cuando te susurra algo, te sorprendes diciéndole:

—Oye, no eres mi leina ni yo soy Huni, tu ley. Sólo soy tu amante.

Algunas veces van a cenar, después del trabajo. Ella vive en la colonia Crédito Constructor y no tiene casa propia ni crédito para construirla, según dice. Prefiere que no te acerques a su casa. Fuera de la PGR camina un par de cuadras para llegar a donde la recoges en tu Nissan arreglado, tú también estás arreglado. Traes tu traje rojo vino, el pelo negro recién cortado, lacio y de raya en medio, como una pequeña fuente, rapado de la mitad de la cabeza hacia abajo. Traes tus falsos zapatos Salvatore Ferragamo, tu Rolex Oyster Perpetual que es una copia idéntica. Ella viene con una camisa de flores y un pantalón café bastante brillante. Tienes ganas de decirle:

—¿Y tu malido? ¿Qué, no te mantiene?

Te das cuenta de que quieres decirlo porque albergas una intención bien clara, una esperanza. La esperanza de que él se haya esfumado de pronto. Ella es tan blanca, tan abultada de pechos. Tan cariñosa. Se siente tan feliz de estar contigo y dormir en tu casa ese día en que él tiene guardia hasta el día siguiente. Cuando llega al auto te bajas y le abres la puerta. Ella siente algo en el asiento, levanta el trasero y saca un perfume copia Paloma Picasso. Un regalo. La llevas a un lugar especial, adornado con linternas de papel y peces nadando en peceras. Traen varias fuentes de comida y el mesero levanta la tapa sin hacer ningún gesto.

Bueno, ¿y cómo fue que te casaste con ése?, quieres empezar, y en lugar de eso ella es quien te pregunta:

—Bueno, y cómo fue que te hiciste fayuquero.

Levantas los hombros.

—Como se hace uno cualquier cosa.

—Ay, Huni, eres tan... no sé, misterioso.

Ella se sirve bastante comida, te pide que le pases la salsa de soya, que le alcances el platón de más allá. Entonces, te revela:

—En cambio a mí mi marido fue quien me metió en esto. Fui a pedirle trabajo sin conocerlo, me dijo: ¿Qué sabes hacer? y le dije: Nada.

Tú sonríes.

—¿Y sabes qué hizo? Me puso de su secretaria. Pero la verdad, no daba una. Entonces me dijo: Qué quieres hacer. Y me puso a expedir permisos. Yo veía la

documentación, le daba una revisada por encima a los papeles y ponía el sello. Todo muy derecho.

Ella bebe un sorbo de té verde, suspira.

—Aquí en la judicial no es como la gente cree —te dice—, ya no.

Tú fumas y la escuchas.

—Luego me aburrí de estar sentada poniendo sellos y le dije a Rolando: ponme en otra cosa porque aquí ya me aburrí. Qué quieres hacer, me dijo, y yo le contesté muy seria: mira, yo soy una persona muy entrona. La verdad. Y muy activa. Así que mejor ponme en algo más acorde a mi naturaleza. Y ahí fue donde entré al área judicial. Tomé todos los cursos que te puedas imaginar, de defensa personal, de caló. Bueno, de qué no tomé yo cursos. Hasta la fecha, sigo haciendo mis prácticas de tiro. Yo puedo desarmar a cualquier cabrón, hay partes vulnerables del cuerpo...

Tú sonríes.

—Ay, Huni, no ésas —te explica— ... aunque la verdad no sé si son ésas en las que estás pensando. Nunca sé lo que piensas, la verdad.

De pronto, toma tu brazo bruscamente, le da vuelta. Aparece tu muñeca sin mancuernillas.

—Aquí —te señala y te oprime la vena. Sientes un dolor insoportable—. A ver, trata de zafarte —dice.

Ese día está encargada de sorprender a unos introductores de pastillas Viagra y cigarros Marlboro hechos con tabaco y fibra de vidrio. Tú acomodas en algunas farmacias los monitores de los videojuegos que te enviaron armados en un contenedor. Más tarde la recoges cerca del aeropuerto.

—Tengo una pena muy grande, Huni —te dice, sombría—. Mi hermano está en el hospital, y van dos meses que no he pagado la mensualidad de la camioneta. Tengo semanas con la despensa vacía.

Luego, cuando están en tu casa, añade:

—En la policía no se gana tanto como crees. Es demasiado riesgo.

Quieres preguntar:

—¿Pol qué no te sales?

Pero en lugar de eso la miras impertérrito.

—Ay, Huni, ya sé lo que estás pensando. Que por qué no me salgo, ¿verdad? Pero dime, a ver: y quién me va a dar trabajo. Quién me va a aceptar a mí con mis antecedentes, y en dónde. Desde aquí puedo estar más o menos protegida, pero no creas. Hay mucha gente que quiere matarme.

—¿Y tu malido? —preguntas.

Su marido es muy recto, muy organizado. Y la ha ayudado mucho.

Tú das otra calada a tu cigarro, asientes.

Luego de llevarla hasta su casa con una caja de falsos perfumes Dolce & Gabbana que le regalaste y dos bolsas de lona llenas de monedas (en los videojuegos te pagan con morralla) te subes a tu Nissan. Oyes el golpe de la puerta que se cierra, el ruido de la llave, después nada, los ruidos típicos de la ciudad, los autos y los microbuses, un chofer de taxi que te grita: “¡pinche chale, muévete!”.

Enciende el motor y pregúntate quién eres. Quién es el pinche chale.

—¡Huni Li! —dice tu padre cuando por fin tomas el teléfono—. ¿Qué rayos te pasa?

Te pide pormenores del negocio de pago con mujeres que tanto han planeado, te pregunta cómo van las cosas.

—Ya casi —le dices—. Tengo el teleno casi listo.

Él te recrimina. Le explicas que no es tan sencillo, aquí no es tan natural pagar con mujeres, exportarlas menos. Lo oyes desquiciarse, hacerte las cuentas de lo que le debes, lo que cada pariente tuyo pagó allá para que te vinieras. Imaginas su rostro colorado, los aspavientos que hace con los brazos y manos mientras habla y escupe. Te pone otra vez de ejemplo al ciudadano chino Wu Yon Lin, que por dos mil cuatrocientos pesos mexicanos obtuvo el monopolio de uso de la virgen de Guadalupe. ¡Si se pudo comerciar con la única mujer que era intocable en ese país, por qué no se va a poder con las otras! Tú le explicas que su razonamiento puede ser correcto pero en la realidad tiene sus dificultades, él grita de nuevo y cuando le aseguras que harás lo que sea por enviar a la primera de las chicas, oyes cómo la voz se le dulcifica y crees ver a tu padre con los ojos

chispeantes y las comisuras en la frente marcadas a causa de las cejas levantadas hacia arriba. Lo oyes repetir lo ricos que serán, cinco, seis veces... hacerte las cuentas... Ya debes estar a punto de enviar el dinero para que el ciudadano Fo Weng Tai consiga el pasaje de la primera muchacha de ojos redondos... aunque no sea virgen...

Ese día le has dicho a tu socio que haga el recorrido de las farmacias para ver si hay alguna solicitud de monitores extra que puedan estar necesitando los dueños a causa de las vacaciones. A ella le has hablado por teléfono y la has pasado a recoger sin haber sido muy claro en tu explicación de por qué tenía que ser a esa hora. La llevas a un lugar que desconoce. Cuando se abre por fin la puerta del departamento, la haces pasar al saloncito en forma de ele repleto de papeles y mercancía con severos defectos que te encargas de disimular haciendo un trabajo fino, de vestidor de pulgas. Es “tu despacho”. La invitas a sentarse cómodamente en el sillón de Velour, le ofreces la copa de licor imitación Chartreuse que les das a tus clientes. Ella prefiere agua.

Cuando vuelves de la pequeña cocina con el vaso en la mano, te la encuentras observando minuciosamente los objetos que tienes ahí, revisando cada rincón, como un perro que olisquea un bulto con droga. Muéstrate solícito, jadeando entre disculpas. No tenías agua embotellada y tuviste que esperar a que saliera limpia la del grifo. Ella toma el vaso.

—Ya estamos aquí —le dices, con una sonrisa forzada.

Quieres decirle que estás dispuesto a lo que sea por ella, que has decidido dar el paso final. Quieres que te acompañe de viaje. Pero ella ha tenido la mente puesta todo el tiempo en otra cosa.

—¿Sabes? Estoy pensando en decirle a Rolando de lo nuestro —te dice.

Esto te hiela la sangre por un momento. Ella serpentea, es un dragón alrededor de tu cuerpo.

—¿Te digo lo que le pienso decir? Le diré: amor mío, hay alguien que nos divide. Huni. Por él pude pagar los abonos de mi camioneta, ayudar a mi hermano. Y ahora, fíjate, ¡quiere regalarme un departamento! —y señala con los brazos abiertos tu despacho.

Muéstrate escéptico. Dile que tu despacho es muy poco. Que tú le regalarás

mucho más. En tu país tienes grandes propiedades.

—Pero tu país está lejísimos, Huni —se queja.

Se te acerca y hace un puchero, insiste en lo que va a decirle a su marido, se pone melosa, te acaricia la oreja y acercándote los pechos te dice: “Oye, Huni. Has de tener tus guardaditos, ¿verdad? A ver, dime cuánto tienes”. Tú le explicas que no tienes guardaditos, sólo tu trabajo. Quieres ponerte de acuerdo en algo más espectacular, más grande: un viaje. Pero ella no quiere hablar de viajes ese día. El lugar la ha puesto ardiente, no sabe por qué, te dice, y empieza a desvestirse. Luego insiste en lo que va a decirle a su marido: “Cariño, creo que tengo que contarte algo. Estoy enamorada de Huni”. Eso le dirá, te dice.

—¿Y qué halas después? —le preguntas.

Ella te mira con atención por un momento. Luego, suelta una carcajada.

—Nada —dice—. Rolando nunca me creería que estoy enamorada de un chino.

Durante mucho tiempo has pensado qué es lo que podrías hacer. Y ahora sabes que todo puede solucionarse con una llamada telefónica. La haces, informas y esperas. En este país el tipo de cosas que requieren una gran planeación en el tuyo se arreglan un buen día, sin que nadie tenga que contratar a nadie ni apretar un gatillo. Lo sabes cuando te encuentras a tu socio fuera de sí, juntando las pocas cosas que tenía en el despacho.

—Ahora sí. ¡Nos jodimos! —te dice en cuanto te ve entrar.

Te muestra el periódico donde salió la noticia: “El comandante Rolando García Cueto, hallado en tratos con las mafias coreanas, acusado formalmente de cohecho”.

—¡Y todo por una denuncia anónima...!

Di:

—Oh, oh, oh.

—Sí, por un bocón. Mira, Huni, no hay nada que hacer —insiste—. Sin madrina no se puede seguir en este negocio.

Muéstrate apesadumbrado, asiente. Déjalo que se lleve los lentes Oakley falsos, sus cosas de una vez. Acepta su renuncia. Dale una pequeña gratificación sólo si es necesario.

Míralo irse. Despídete.

—Me cae que no te entiendo, Huni —óyelo decir—. ¿Sabes? A ratos hasta pienso que te dio gusto que agarraran al comandante ése. Ustedes los chinos son como marcianos.

Vuelve a sonreír.

Extiéndele la mano.

Y entonces, ocúpate de lo que tanto has querido. Una vez que no existe el obstáculo del marido sabes qué debes hacer. Primero llámala. Dile que tú cuidarás de ella ahora que está sola. Háblale del viaje.

—Huni, hay algo que no entiendes —te dice.

—¿Que no podemos hacer negocio? —preguntas.

—No, Huni, no es eso.

Se toma todo el tiempo del mundo para explicártelo: de su marido se separó hace tiempo; no es su marido con quien vive. Es alguien más.

—¿Quién? —preguntas.

Te dice el nombre: Comandante Dalia Margarita Taboada.

—Era la segunda de a bordo. Sólo la muerte o la cárcel podían hacer que la promovieran al puesto de Rolando.

Óyela suspirar.

—A mí los hombres me han herido mucho, Huni.

Ella jamás viviría con un hombre.

Quédate atónito.

Un día, luego de mucho tiempo, cuando te hable para informarte del próximo operativo y te pregunte cómo estás, responde:

—Bien.

Cuando insista en preguntar:

—¿Estás seguro, Huni?

Acuérdate del viejo koán: “Quien siempre habla de lo que siente invariablemente habla de lo que no siente”. No dudes en repetir tu respuesta.

TIEMPO DE MORIR

Amor conyugal

Hace algunos años decidimos entrar en el matrimonio con la alegre certeza de quienes entran en su perdición. No es que no nos guste la intimidad; a ella debemos una serie de canonjías insospechadas porque, bueno, él y yo no éramos tenidos como personas respetables, quiero decir, no éramos de fiar. Por lo demás, no me parece que esto fuera injustificado, porque no hay nada de respetable en eso de entrar caprichosamente a los mingitorios, por ejemplo, a escribir cosas. Mejor dicho, a uno, su favorito. Ignoro lo que escribirá; no es eso lo que me importa. Él y yo lo decidimos así: cada quien su vida. Se trata de mí, de tener que mirar siempre la misma fachada, esperándolo. ¿Tiene esto algún sentido? Temo que igual que lo otro, estos deseos también se hallen corrompidos por la urgencia o el deber, por la necesidad de cumplir con la imagen que nos hemos impuesto. Antes tuvimos que padecer en silencio el rechazo que los demás se empeñaban en hacernos evidente —nuestra indignidad no se debía a otra cosa que a nuestra situación de solteros—, y hoy, en cambio, podemos agradecer a nuestro estado civil, o al desprecio hacia todo a lo que éste nos ha llevado, la relativa facilidad con que podemos ocuparnos de cumplir nuestros deseos sin ser recriminados mayormente. Ya no resultamos ostentosos: estamos felizmente casados. Pero queda un estigma: él sigue exhibiendo su antigua libertad como si fuera la de hoy. No obstante, poco a poco hemos ido plegándonos a las fatales convenciones que en un principio nos resultaron hasta divertidas, inmersas en el hálito misterioso que rodea todo lo nuevo. A veces pienso que todavía nos quedan muchas cosas por compartir. La noche y la memoria; quizá también la indiferencia. O quién sabe. A lo mejor tampoco eso.

A él le gustaba asistir a lugares donde no era conocido. Nunca echó raíces; su día estaba constituido de pequeños fragmentos imposibles de relacionar, pero

carentes de toda significación. De toda una serie de actos recurrentes nunca pudo sacar nada en claro, por la sencilla razón de que no había nada que sacar: siempre que podía, evitaba concienzudamente nutrir cualquier idea o seguir una conversación que empezara a incursionar más allá de lo trivial. Tampoco permanecía en el mismo sitio demasiado tiempo. Le aterraba ser reconocido por alguien, ser buscado, invitado. Su terror partía de la necesidad de no ser identificado ni identificar las cosas como familiares. No tener que definirse. Ser cómodamente anónimo. Libre. Y ser libre era entonces ser informe.

De vez en cuando asistía a los baños generales con la ilusión de encontrarlos casi vacíos; evitaba todas esas miradas ante las que sentía la necesidad de justificar algo. Le bastaba decirme que iba con T., para que yo comprendiera. No era T., no era alguien en particular. Pero siempre hay que poner nombre a las cosas. Hermosos cuerpos amorfos; cuerpos sin ojos. A veces, le bastaba con rozar una pierna tibia sin rozarla, o mirar una instantánea, única vez otros ojos para después rechazar esas naturalezas masculinas sin redondeces que deformaran la perfecta erección de su altura mientras él, casi acostado, los veía de arriba abajo sin emoción. El entusiasmo por hacer cómplices a quienes no lo conocían y en pocos minutos lo olvidarían por completo, lo impulsaba a llevar los contactos furtivos un poco más allá de lo ambiguo. Y luego, salir casi de inmediato a respirar el aire atestado de otros vahos y tomar algún café; hojear alguna revista o entrar a escoger largamente un disco que no iba a comprar. Más tarde venía por mí. A las siete. Entonces, mi cuerpo abría una ventana y poco a poco, a hurtadillas, entraba el placer.

A intervalos, pero de modo muy lento, nos fuimos habituando a otras costumbres. Por mi parte, adopté partículas entrecortadas de una lengua desconocida hasta ese momento, y comencé a hablar con demasiada frecuencia de la cocina, el clima y las últimas noticias, es decir, de todos aquellos lugares comunes con los que compartía la dicha de una vida sin complicaciones. Comencé a disfrutar del placer de reconocermé cada día, idéntica y fiel a la persona que había sido el día anterior. Él, en cambio, permanecía immaculado. Ser fiel a sí mismo significaba repetirse. Pero en ambos casos nuestro verdadero mundo permanecía oculto, y esa superioridad nos aislaba de un modo sorprendente del juego que nos incluía y nos hacía identificables. Por las noches

dejábamos a sus padres en la compañía de los nietos que raramente disfrutaban con sinceridad, y salíamos a toparnos con una ciudad tibia y llena de esperanza. Nos entregábamos a la mañana de una noche que se abría para recibir nuestros mustios cuerpos anhelantes de observarlo todo, de embeberse de todos sus rincones. Para él hubiera sido un insulto hablar de lo ridículo que lucía con esa ropa anacrónica y envejecida con deliberación. Amaba los sombreros. Es curioso que ahora lo refiera de este modo, porque entonces me resultaba encantador. Me gustaba que sudara, por ejemplo. Ahora lo detesto. Pero en ese tiempo, un agradable tedio nos hacía disfrutar de todo lo que considerábamos sensual. A veces entrábamos separadamente en un bar y yo me alejaba para observarlo a distancia. Al invitarme, algunos minutos después, a compartir lo que de este modo podía resultar más interesante, ambos teníamos que admitir que la secreta complicidad que nos unía, obraba también en nuestra contra. Más tarde nos dirigíamos silenciosos a nuestra cama de esposos, y eso bastaba para que una distancia se nos interpusiera. Yo comenzaba a desvestirme dándole la espalda y él, sin notarlo, se volteaba hacia el lado opuesto, durmiéndose a los pocos segundos. Pasaría algún tiempo antes de que el sueño que súbitamente lo invadía todo fuera más un motivo real de incomunicación que una tregua: nuestras naturalezas están confeccionadas con tal meticulosidad que la memoria, siempre acechante, nos libera con cierta eficacia del apuro de la inconstancia. El temor que se oculta entre las valvas de nuestra noche era entonces sólo bálsamo y descanso.

No recuerdo cuándo empecé a disfrutar de la tristeza que mi adaptación le causaba. Él hubiera deseado que me buscara un amante, que intentara una vida alejada de lo vulgar, como la que antes compartíamos. Con su curiosidad antigua me miraba sin comprender la traición que con ello hacía a mi posible adulterio, mientras yo le sonreía, invadida de una extraña generosidad. Empecé a ocupar mis horas al lado de Alicia, mi cuñada, y de mi suegra. Tenaces como pulgas, los niños rondaban entre tanto, gritando, jugando, gritando:

Juan Pirulero mató a su mujer
con siete cuchillos y un alfiler;
todos creyeron que era un cordero

pero era la esposa de Juan Pirulero.

Hablábamos de los quehaceres, de los deberes, de los ciclos. Los rituales cotidianos nos hacían sentirnos seguras, próximas a la tierra; la purificación del diálogo incansable nos aislaba del miedo. Pequeños incidentes, como el hecho de que María, o Alberto, o Ramón sufrieran algún percance insignificante, cortaban la conversación por momentos y yo me regalaba, al tiempo de levantarme, una modesta convicción: “soy una fracasada”, y me agradecía en silencio el placer de las humildes satisfacciones que la vida aún podía reservarme. Extrañamente, era feliz. Las visitas al interior de mis deseos eran cada vez menos frecuentes y la ausencia de caricias se fue volviendo una costumbre. Habíamos aprendido a expresar nuestro afecto a través de la tradición y la vida en familia a que nuestros parientes nos habían orillado con un esmerado proteccionismo, aunque no recuerdo que él hubiera estado en esas tertulias presente del todo sino muy rara vez. Yo hablaba por su boca y eso era suficiente. Desconocía sus gustos y opiniones deliberadamente con el fin de reinventarlo, y él se ocupaba de aprenderse con aplicación. Trataba de hacer suyas todas esas frases que no entendía y que se referían a su persona, y asentía con deferencia. Muy rara vez la distracción permitía que se hiciera algún silencio y entonces la angustia se nos metía entre la ropa, desconocida y perfecta. Empezamos a salir con menos frecuencia y a hacer más sencillas nuestras diversiones: al cine más próximo, al restaurante de la esquina. Él, sin embargo, buscaba con cuidado el momento más propicio para exhibir su disidencia. Se conformaba con poco; un tímido grafiti, una provocación. Y una atención moderada cuando exponía sus fingidas hazañas con demasiado aparato. La última de ellas había sido proponerme matrimonio.

¿Nos proponíamos imitar a nuestros padres, o una suerte de designio nos empujaba a actuar como ellos? Se hubiera podido registrar con precisión, de haberlo querido, la causa por la que esa suerte de complicidad se nos infiltraba cuando coincidíamos en la misma reflexión: desayuno a las ocho/niños a la escuela/trabajo/breve intercambio con el café; niños del trabajo/parque/trabajo/cena y sueño: mirábamos nuestro pasado con desconfianza.

A nadie se le puede reprochar que odie y ame a la vez, así que, ¿cómo saber

lo que él y yo hubiéramos querido recriminarnos cuando nos mirábamos? Una tibia sonrisa: difícilmente podía convencerme de que algo iba a cambiar y sin embargo tampoco lo deseaba. Me gustaba verlo frente al televisor, gastando sus horas con indolencia; me gustaba que todo fuera siempre tan igual. Una muerte decorosa y a tiempo es todo lo que puede honestamente desearse, pensaba.

Los niños duermen; casi puedo oír el suave ritmo de sus pulmones y él está terminando de desvestirse: “este muñequito de hule ya se va a dormir”, pero antes, apenas unos instantes, una larva pálida y sin esperanza: un sexo. Lo tomo con cautela entre mis manos y lo beso. También hubiera querido estrujarlo, torturarlo y morderlo y no obstante, lo beso con suavidad en espera de mi próxima ocasión de brillar: la comida, la limpieza, una fiesta de cumpleaños.

GRAFITI

Amor por las letras

Una puede ser mujer de cierta edad, usar gafas y, si ha de hacer caso a la opinión de su marido, ser algo tonta, aunque, eso sí, muy emprendedora. Ir a la universidad, por ejemplo, y tratar de seguir una carrera humanística, digamos Letras Clásicas, aunque haya que desempolvase la desusada razón, como dicen, y hacer acopio de valentía para levantar la mano en clase, como buena colegiala, y opinar cualquier cosa, lo que sea, con cierta solemnidad.

Una puede no sentarse del lado derecho, donde se sientan los exquisitos, como ellos mismos se han dado en llamar, sino sentarse de este otro, o sea donde se sienta el pueblo, como nos dicen, el popólo, y por tanto guardarse de andar dictando verdades sin que eso sea tampoco una cuestión fundamental, porque después de todo a veces se nos dificulta entender las lecturas de Tácito, de Publio Ovidio Nasón y sobre todo las preguntas del maestro Pelegrí.

Una puede entonces levantarse de su lugar y salir de la clase y dirigirse al baño.

Esperar un poco, digamos unos diez minutos, y ocupar el primer compartimiento que se desocupe. Disponerse a hacer lo que generalmente se hace en estos casos, y digo generalmente porque puede suceder que una mire de frente a la puerta cerrada y se tope justamente con eso, y se sorprenda.

Puede ser que una busque en torno suyo como avergonzada, aunque no haya nadie (una a veces se siente espiada), o que sienta el contacto de unos ojos íntimos que rozan el cuerpo con su frío, pero que obligan, no obstante, a quedarse impávida. Por fortuna, una sabe que se trata de una incomodidad momentánea, así que puede acercarse con cautela y observar a sus anchas el pito de tamaño prodigioso y el letrero en tinta roja dentro del mismo: “Bésame quedito”, y volver a sentir que se ruboriza y sofoca cada vez que lo repite en

silencio, y que no puede evitar una sonrisa y un cosquilleo, sobre todo porque se sabe que los demás estarán discutiendo sobre Homero, sobre Xenofonte, y eso sin contar a los de enfrente que ya para entonces estarán denostando, componiendo, corrigiendo *La ciencia de la experiencia de la conciencia*.

De pronto una descubre, al lado del enorme pito, una máxima, como dicen: “A todas nos gusta porque todas somos putas”. Y siente cómo súbitamente se transforma su expresión porque una tiene que hacerse la pregunta fundamental de si una es o no es lo que ahí dice que una es. Pero respira aliviada y mueve con levedad la cabeza para sí, y sonrío ante la fútil duda porque una sabe que por fortuna es de las personas que dedican su vida a otras cosas, o sea, que no pertenece al *aura mediocritas*, como dicen, y que aunque a una le choque y le moleste sobremanera la estupidez humana, no deja de ser intelectual por acercarse a ver una línea roja que forma un pito que desemboca en una boca y una advertencia: “Cuidado; el pepino engorda”, firmado por su autora, Chepinga a tu madre. Entonces una sigue con la mirada los letreros más obscenos, los más llamativos dibujos, y luego se marea un poco, sólo un instante, con las cintas de colores de todas esas letras que también son moños dispuestos para regalo de colegialas y colegiales, porque una sabe que los hombres han de hacer también sus *Confesiones* en los baños, bien distintas a las del santo medieval, pero apenas piensa esto, se avergüenza nuevamente.

Una sospecha que la persona de afuera se ha de estar desesperando, pero en ese momento distingue con asombro el mínimo mensaje, como queriendo ocultarse entre el resto; una lo oye pedir con letra temblona de lápiz: “Ayúdenme a abortar”, y se queda estupefacta y brinca asustada porque en ese momento se han puesto a tocarle; dos golpes secos, con rabia, y a decirle que se apure. Antes de abrir, una obedece a un extraño impulso y busca en la bolsa una pluma que sale de entre recibos y notas y escribe con trazos apenas más grandes que el propio letrado: “El aborto es un crimen”, se echa para atrás, ve su obra y sonrío. Una siente algo como lástima, aunada al olor de las frituras grasosas que se cocinan abajo, donde alcanzan a oírse entre perros, escombros y comida, las frases del Carmina Burana que entonan los alumnos de latín y añade a su letrado “Dios te ayudará”, jala inútilmente la cadena y sale del baño complacida.

Afuera, un grupo de mujeres con cara de palo espera su turno mientras otras

se maquillan y remozan; una puede pensar que sus razones tendrán, porque más allá del recinto infranqueable para los hombres, cuya puerta dice “damas”, también se puede pensar en otra cosa que en Séneca, en Virgilio, en Cicerón. Una no sabe gran cosa de otras áreas porque acaba de entrar con cuarenta años y una pobre cultura a hacer carrera, pero puede imaginar que salvo los nombres, nada cambia, en esencia, en los salones contiguos.

Sin embargo, piensa, y se azora por pensarlo, que las frases del maestro Pelegrí sobre Catulo serían realmente conmovedoras si vinieran de un hombre que las dice, pongamos por caso, mientras le mira a una las piernas.

Una puede ver cómo se filtra la luz de las ventanas del pasillo y tener todo el propósito de entrar a lo que resta de la clase, porque finalmente para eso decidió imponerse a su marido, pero entonces siente un deseo irresistible de dar vuelta y entrar otra vez al pequeño compartimiento del baño para damas.

Dejar el bolsón de casi piel, que sin embargo es plástico café porque costaba menos en la tienda, sentarse y contemplar la puerta es todo un mismo instante: inmediatamente después vienen la incredulidad y la risa. Una puede sospechar que las demás van a creer que una está loca, pero si no ha podido contenerse ha sido por la rapidez con que una ve que han contestado su mensaje. Una lo lee y luego enrojece: “A poco Dios es abortero”, y entonces una como culpa que no acaba de aflorar del todo y enseguida una mancha de tinta diminuta: un teléfono. Una hurga en la bolsa y saca un papel que es la nota de la tintorería y saca también una pluma que es la misma pluma con que ha escrito antes, y, sin saber por qué, garrapatea copiando el teléfono. Antes de que los golpes en la puerta se sientan desesperados, una rectifica el número de teléfono que ha anotado y guarda el papelito. Entonces jala de nuevo inútilmente la cadena, y sale del baño sintiéndose ligera, casi volátil.

RÉQUIEM

Amor de madres

—Por fin descansa —dice Judith, y sincroniza su gesto con el momento en que, en cámara lenta, Betsavé repite con una voz distante, que parece venir de alguien que no es ella,

—no es posible,

y gira la cabeza hacia un lado y luego hacia el otro,

—no puedo creer que mamá esté muerta.

Silenciosas, miramos la escena. Tardamos en reponernos de la sorpresa, por un segundo es como si el desenlace no hubiera llegado todavía, no ha llegado, mamá no está muerta. Betsavé abre una boca inmensa, no está muerta, Judith se lleva las manos a la cara, no está muerta, Raquel tira de sus cabellos y arranca un par de mechones, todas gimen, mamá, todas al unísono y yo me reúno con mis hermanas y ahora somos cuatro pares de ojos llorando y al centro una muerta:

mamá.

Judith es la primera en retirarse. Inicia la marcha fuera del cuarto, las demás la seguimos con miedo, con gravedad, en fila india, llegamos a la sala y encontramos los objetos despatarrados, proseguimos hasta el comedor. Raquel habla de las cosas perdidas, de aquello que no tiene remedio

—no podemos abandonarla ahora,

el olor a valeriana y enfermo es penetrante, emprendemos un fúnebre paseo, Judith tiene razón, es necesario volver al lado de mamá.

Pálida y terrible, sólo la cara asoma por encima de la colcha que compramos con los últimos ahorros, previendo el momento en que la familia vendría a darnos el pésame. Todo ha quedado bien dispuesto: las manos entrelazadas en espera del sacerdote, la manta que servirá de mortaja y la mueca final de quien no oculta que se ha llevado un secreto a la tumba.

El primer grito es de Betsavé, pero Judith no tarda en secundarla, se apodera de uno de sus pies, mamá, Raquel cae fulminada junto a la cama, Judith se hunde en el delirio. Proseguimos; los accesos de llanto se interrumpen porque hay que vestirla con propiedad, nadie debe verla así y Judith nos echa en cara, como si tuviéramos la culpa

—mamá no entra en los zapatos.

Negamos con la cabeza, no puede ser, las cosas comienzan a exhibir su disidencia, dice Raquel, es la anarquía de los objetos que se sienten abandonados por sus dueños. Betsavé exclama consternada:

—una vez tuvo los pies de una japonesa.

Sumidas en la desesperación pasamos esa primera noche, sin aliento, sin ninguna energía para informar del deceso a los parientes. Doce, veinticuatro, treinta y seis horas y nosotras reteniendo la última imagen, acercándonos al rostro amado, recordando su última promesa, no las abandonaré, mamá ejerció, mientras pudo, la monarquía de la bondad.

Rondamos el cadáver, somos moscas en torno a un succulento manjar y vamos cantando salmos, mamá, mamá.

—Tendrá frío,

dijo Raquel al ver su boca amoratada y enorme, Betsavé se acomoda en una silla y llora, Judith va al ropero y busca unas medias negras, mis hermanas y yo suspiramos al unísono, las piernas de mamá empiezan a desbordarse de la cama. Debió usar unas fajas enormes, pienso. Llamo la atención de mis hermanas, somos sus hijas, mis hermanas aguardan con impaciencia, sabemos que somos sus hijas. No podemos abandonarla a su suerte.

Raquel es la primera en hablar de ello, mamá luce un bozo considerable, Betsavé, voltea, Judith, voltea, Deborah, voltea, miramos a la muerta con desconfianza.

Nos asalta un chillido familiar, mamá, Raquel explica

—es la tetera

y se dirige a la cocina.

La cama empieza a resultar demasiado estrecha, Raquel solloza, mamá no debería usar sostenes tan apretados.

—Pudo haber sido todo tan fácil —dice Judith, y apresura el momento en

que debemos enfrentar lo inevitable, no podemos enterrarla, no podemos recibir las condolencias, no podemos salir con una mentira piadosa, mamá está creciendo y va a desfondar la cama. Betsavé se retira por fin de la ventana, mamá no resiste que el mundo se haya quedado sin ella, nos dice, Raquel se agita por la habitación como un pájaro demente.

Mis hermanas se arremolinan junto al cuerpo rígido, apenas queda espacio, me seco las últimas lágrimas con el suéter.

Su gordura ha logrado avergonzarnos, afrentarnos, es mamá, nos dicen las sillas, perjudicarnos, desafiarnos, disminuirnos, mamá, grita el acordeón abandonado junto a su delantal, aplastarnos, mis hermanas suspiran a intervalos regulares, es mamá que se ha ido.

—No hay por qué alarmarse —dice Judith—. Mamá está muerta.

Raquel tamborilea con una mano, Betsavé mira dentro de su taza. Suspiramos.

Judith intenta acercarse a la ventana, Raquel se lleva las manos a la cara, por qué nos hace esto, la rodilla inmensa de mamá le cierra el paso. Las piernas ya rebasan el borde de la cama, comienza a faltarnos

—aire —dice Raquel.

Es inútil seguir resistiendo; mamá ha decidido cumplir su última voluntad.

EL HOMBRE DE ESTA MUJER USA TRAJES SIDI

Amor platónico

Discurrían con agrado sobre algunos temas de actualidad; conversaban sobre las maneras de evitar el cáncer a través de la ingestión de verduras fibrosas, sobre las consecuencias de la bomba de neutrones, sobre diversas formas de llegar a una muerte sin dolor. Se trataba de dos adultos lujosamente vestidos a crédito que nunca discutían, que rara vez se alzaban la voz. Que habían encontrado la fórmula para evitar gastarse en las mezquindades de la vida práctica. Que eran, lo que se dice, una pareja sólida.

Él estaba secretamente enamorado de una rubia de piel maple, hermosa y decorativa como un florero de Burano. La joven tenía pechos extrovertidos y un par de muslos juguetones que hacían pensar en los delfines amaestrados. Aquella muchacha exhibía una impúdica modorra: echada boca abajo sobre la arena, tenía la costumbre de apretar los brazos en que se apoyaba, como invitando a los pechos a proyectarse hacia su observador en turno. Él le habría bajado la luna y las estrellas y las habría ofrendado a los pies de la rubia de no ser porque alguien más había ya puesto un letrero en ese sitio. Pero la joven permanecía indiferente al mensaje que rozaba ligeramente su bikini: “Acapulco: el paraíso más cerca que nunca”.

Todas las mañanas, la joven del anuncio llegaba puntual a la oficina. Comenzaba su trabajo frunciendo los labios y mirando de reojo a los hombres en torno suyo, como si acabara de morder un cactus y quisiera mostrar a todos la bonita secuela de ese accidente. El hombre languidecía ante la hinchazón perpetua de esos labios y los imaginaba moverse para él, al ritmo de húmedas conversaciones mantenidas en secreto. La observaba circular por la oficina, recién bajada del cartel, y mirarlo de forma intensa. No importaba que las mangas cortas revelaran unos brazos blanquecinos y sembrados de pecas, ni que durante

el almuerzo la joven hubiera comentado que nunca había estado en una playa. El hombre sabía que la nueva recepcionista había bajado del cartel para asediarlo con los ojos y convencerlo de fugarse con ella al puerto de Acapulco.

La mujer de este hombre ignoraba todo respecto de las relaciones extramaritales de su esposo. Pensaba que la alegría de su marido era ocasionada por los esfuerzos invertidos en guisos y atenciones; que la sonrisa con que llegaba a casa después de su trabajo era producto de la simple felicidad conyugal. A cambio de una relación tranquila, los esposos habían acordado evitar cualquier mención a temas que de común inoculan a los hogares más consistentes con el germen del desgaste. Y ahora la vida les redituaba esta falta de comunicación con creces: él tenía motivos para volver feliz de su trabajo sin tener que dar explicaciones y ella podía tolerar sus prolongados insomnios sin que la falta de sueño la afectara.

El hombre por quien esta mujer pasaba noches enteras en vigilia era perfecto. Hablaba poco y poseía una mandíbula cuadrada capaz de contraerse en una mueca que ella interpretaba como la sonrisa inequívoca de quienes no conocen las deudas ni el mal aliento. Noche a noche, el hombre aparecía frente a la mujer vestido de casimir, y cada vez tenía el mismo gesto enamorado al ofrecerle las llaves del auto que aparecía junto a él. Taurus, Cougar, Cutlass, Eurosport, las frases amorosas brotaban rítmicas, como un ensalmo.

Ella conoció al hombre del auto de manera fortuita, como ocurre siempre en los grandes romances. Había pasado la mañana tecleando solicitudes ajenas, y por la tarde había llegado a su casa con desgano a preparar chop suey conforme al recetario que venía de obsequio con la salsa de soya. Escuchó el mensaje en la contestadora, una imprevista auditoría, y decidió cenar sola frente al televisor. Estaba a punto de levantarse por un segundo plato cuando lo vio salir de un auto negro equipado con estéreo, dirigirse a ella y ofrecerle las llaves. Nadie la había mirado así, nadie le había brindado algo con tanto desinterés. Ella no sabía manejar, pero se cuidó bien de no mencionar este detalle. El hombre del auto se decepcionaría. Él continuó acosándola con una de esas miradas que no suelen tener el mismo efecto delante de los maridos y que hacen a algunas mujeres sentirse de nuevo adolescentes apenas despertadas al deseo. La mujer sintió que se ruborizaba, pero tuvo el coraje de retribuir al hombre con una mirada

idéntica, que era en realidad una promesa. Entonces, apagó el televisor.

Todavía se hallaba pensando en la forma adecuada de pedirle al hombre del auto que le enseñara a conducir, cuando su marido encendió la luz de la salita. Había tocado el timbre para no tomarla por sorpresa, pero ella creyó que era el claxon del auto que el hombre le ofrecía, de modo que al ver la cara de ese individuo extraño con el que llevaba viviendo tanto tiempo, la mujer pegó un agudo grito. Él trató de consolarla:

—¿Por qué no te fuiste a acostar a la recámara?

—Me quedé dormida.

—¿Con un plato encima de las piernas?

—A veces duermo así.

—Oye, no te muevas. ¿Qué tienes? Otra vez te salieron manchas en la frente.

—Es la píldora.

—¿Por qué no cambias de marca? ¿Por qué no cambias de método?

¿Por qué no te rellenas de aserrín?

Pero esto último no lo dijo, y la mujer estaba demasiado imbuida en su nuevo romance como para ocuparse de píldoras y métodos alternativos. Chanel, Guerlain, Christian Dior: su cabeza sólo podía pensar en frases románticas. Una original fragancia, un maquillaje adecuado para la ocasión del reencuentro. Nunca había estado tan cerca de tocar la luna; nunca había conocido el verdadero amor. A fin de que éste no se evaporara, puso rápidas manos a la obra. El aceite, el astringente, el gel natural. Los lubricantes que evitan la pérdida de la humedad y devuelven a la piel su juventud y lozanía. La jornada iniciaba con una sensación de apremio, con ese deambular ansioso que precede toda aventura. Despertaba con un campo de jacintos en los párpados soñolientos: juraba haber oído el canto de las aves mientras paseaba con su marido en pleno periférico; aspiraba en el ambiente citadino un fresco aroma a bosque, a flores, a especies delicadas. Sus excitantes mañanas estaban hechas de nutrientes y suspensiones de colágeno: se sentía dulcemente acariciada por efluvios de agua, alcohol, cloruro isopropílico, trietanolamina, ácido butilaminoetílico. Es decir: había aprendido a recibir con humildad el roce de finísimas capas emolientes que no dejan residuos grasos. Es decir: inevitablemente amanecía envuelta en arcoíris matutinos de frescura; dormía arrullada por conciertos nocturnos de aromas concebidos para

disfrutarse en la intimidad. Es decir: atomizador, *natural spray*, *vaporisateur* : la mujer había comenzado a enamorarse.

La certeza de que hubiera un paraíso y en éste un lugar reservado para ella, la hizo concebir nuevas esperanzas. De pronto, los años de pacientes ahorros bancarios comenzaron a cobrar sentido. La que hasta entonces había sido una esposa diligente pensó en huir con el hombre del auto, darse a la fuga por carreteras transcontinentales, devorar golosa al lado de su amante kilómetros y kilómetros de asfalto. Esa noche, su marido la sorprendió con una botella de Möet & Chandon y la intención de navegar juntos algunas brazadas de placer. Ambos seguían siendo una pareja de adultos elegantemente vestidos a crédito y, no obstante, a partir de sus encuentros furtivos con el amor poseían una energía extraña, una sonrisa impertinente que hacía suponer a los demás que eran cómplices de un plan secreto. Antes de comprar la botella de Möet & Chandon, él había experimentado una sucesión de descargas eléctricas muy parecidas a la felicidad. Lo había despertado el mismo dolor de ciática que sentía por periodos desde hacía diez años, se había tomado el mismo medicamento que tomaba desde entonces, se había lavado los mofletes y visto las bolsas debajo de los ojos que veía cada mañana, pero algo había cambiado en su forma de enfrentar los primeros actos del día. Desde que la recepcionista había decidido bajar del anuncio y acompañarlo a su oficina, un cosquilleo ansioso le impedía permanecer tranquilo y lo lanzaba minutos más temprano a iniciar su viaje por la costa del Pacífico entre acelerones, bocinazos y puentes periféricos. Aguardaban con estoicismo el momento de pasar los nudos de Las Flores y Tacubaya; sonreía previsorio a los baches y hoyancos, y se agradecía en silencio el aviso siempre eficaz con que solía anunciarse la próxima salida. Entonces las manos comenzaban a sudarle. Por fin había llegado el momento de quedar congestionado en el cruce de Reforma e Insurgentes; por fin se enfrentaría a los constantes ruegos de la rubia que una vez más lo animaría a acompañarla al puerto de Acapulco. Desde el anuncio, la recepcionista lo hacía confiar en que sus desplantes amorosos iban dirigidos sólo a él, en que no habría prórrogas ni negativas si él se decidía a aceptar su invitación. Ella tendría una actitud comprensiva que lo haría olvidar la diferencia de edades. Sería consecuente con su torpeza, generosa con la carne pálida y algo colgante del pecho, y quizá hasta

mostraría cierta ternura por las pantorrillas flacas y los tercos filamentos que empezaban a asomarse por las orejas de este hombre. La belleza de la joven bastaría para incluir a ambos; su agilidad acuática, para colmar cualquier necesidad de movimiento. Esa noche, sumergida en el oleaje del Möet & Chandon, la pareja de esposos emprendió uno de los más alegres viajes en conjunto: él pudo bañarse al calor de los mares del sur; ella se atrevió a vencer el miedo y conducir la frágil embarcación por terrenos inexplorados.

El día los sorprendió sin que hubiera tiempo de abluciones y rutinas matinales. Ambos se vistieron apresuradamente y se dirigieron cada uno a su trabajo. Él pasó una sucesión de autos, vendedores ambulantes y niños improvisando contorsiones. Pronto llegó al cruce de Insurgentes y Reforma y se ubicó debajo del cartel. Pero ese día la joven había decidido abandonarlo. En su lugar, había un mensaje sobre bienes raíces, y nadie, por buenas que fueran sus intenciones, parecía saber por quién estaba preguntando este hombre. Todavía sin entender lo que ocurría, se dirigió a enfrentar uno de los días más tristes de su vida en el trabajo. Toleró la vulgaridad con que sus colegas se referían a la rubia superior del anuncio que habían quitado esa mañana; resistió con singular aplomo el contraste de la falta de atributos de las mujeres que trabajaban en esa oficina.

Ninguna parecía ser digna de la menor atención. Ninguna contenía el misterio de la rubia. Y ese día no estaba de humor para hacer concesiones a los brazos lechosos de la recepcionista. Supo que a partir de entonces tendría que conformarse con hacer su trabajo mirando a un punto lejano, perdido en el rumor de olas que avanzan por la cuerda floja.

Volvió a casa con el testuz hasta el suelo. Rumió en silencio la ensalada rusa que su mujer le había preparado y se dejó conducir con mansedumbre hasta el televisor. No había acabado de torturarse con el recuerdo de noches ya imposibles entre palmas y cocoteros cuando oyó el grito estentóreo de su esposa. Volvió con rapidez de su viaje por la costera y encontró a su mujer a punto de un ataque:

—¿Qué le hiciste al televisor?

—¿Yo? Nada.

—Tú fuiste el último en apagarlo ayer.

—Bueno, y eso qué.

La mujer no se atrevía a decir a su marido que el hombre del auto no había venido a visitarla. En lugar del pretendiente estaba esta impúdica mujer vestida de leopardo, y la estaba mirando desafiante. Una voz en *off* informaba sin que nadie se lo hubiera preguntado: “El hombre de esta mujer usa trajes Sidi”. ¿Y a ella qué podía importarle lo que usara el hombre de esa lagartona? Lo que ella quería saber era por qué aparecía este felino en vez del hombre de sus sueños. Pero en vez de responder, la mujer aleopardada comenzó a contorsionarse y le mostró los dientes. Ella miró el hocico cuidadosamente maquillado y tuvo un fogonazo de lucidez.

¿Quién era realmente el hombre de esta mujer? ¿Por qué no se mostraba, por qué no se atrevía a dar la cara? ¿Por qué la había abandonado?

Su marido hizo un comentario sobre el porte y la elegancia de la mujer cuyo hombre usaba trajes Sidi. No cabía la menor duda: debía tratarse de un verdadero *gentleman*. El hombre se esmeró en pronunciar con cuidado esta palabra, “yentlman”. Eso bastó para que la mujer se lanzara contra su marido hecha una furia y lo acusara de ser un crédulo, un ingenuo. Era increíble todo lo que un esposo era incapaz de ver detrás del mundo de las apariencias. El hombre de esa mujer... iba a decírselo: era un hipócrita. Un traidor que vivía de hacer falsas promesas. ¿Acaso no podía conocerse a un hombre con tan sólo mirar a su mujer? Pero, ¿era suficiente con mirar a una mujer todos los días para estar seguro de sus intenciones?

Ella sabía; él sabía. Ambos sabían lo que sabían.

Y en el televisor no estaba la tranquilizadora sonrisa de alguna estrella de cine para servirles de trinchera. Ni siquiera pudieron recordar las palabras de aquel rezo tranquilizador: Sumbeam, Chrysler, General Electric. Él no llegó a su trabajo al día siguiente, ni al siguiente. No era la primera vez que un hombre se quedaba plantado por su amante. Tampoco era la primera vez que decidía quedarse a esperarla. La mujer de este hombre se limitó a encender el televisor en cuanto aparecía el primer programa y a apagarlo en cuanto terminaba el último. *Diorissimo, Diorella, Diorama*. Aún estaban los muebles, los adornos, los finos acabados de la casa. Aún estaba la colección de potes, y tarros con sedosas cremas, y la voz en *off* desde el televisor: una sinfonía de esperanzas, de labios y

suspiros.

DILETANTES

Amor en la posmodernidad

Contra lo que pueda pensarse, mi temperamento no va con la vida sana: no soy de naturaleza atlética o dada a los deportes. En cuanto a Julio, nada le produce más mala espina que el naturismo o las nuevas filosofías. Tal vez por eso, cuando nos avisaron que le habían dado la beca para estudiar en Los Ángeles, “la ciudad a dos minutos del mar y uno de la posmodernidad”, vimos que un precipicio se abría delante de nosotros. “Ay, no sean exagerados”, nos decían los amigos, “cinco años tampoco son el fin del mundo”.

Los meses anteriores a la partida fueron un infierno. Mientras a otros les llegaban sobres lacrados con sellos y emblemas de Harvard, o Princeton, o cualquier otro sitio con cuando menos doscientos años de historia, nosotros recibíamos correspondencia en papeles chillones con logotipos donde se veían las puestas de sol de Venice Beach o las pasas de California vestidas en shorts y cantando. Alguien tocaba a la puerta, Julio recibía el correo y miraba dentro, esperanzado. Pero en vez de recibir folletos universitarios con las consabidas frases en latín, “Duc in Altum”, “Dominus Illumina Tio Mea”, las cartas de nuestra futura universidad incluían cupones para obtener descuentos en distintos artículos, mapas y direcciones de tiendas y restaurantes. Hasta la tarjeta de bienvenida del rector estaba firmada junto a una frase enigmática: “Don’t worry, be happy”, que entonces no supimos interpretar. “¿Qué voy a aprender de una ciudad que anda en patines y se rige bajo el principio de que ‘la vida es una playa?’”, me explicaba Julio, desolado. Y yo, que sólo iba en calidad de acompañante, le aseguraba que el mundo siempre parece más simple de lo que es, que toda experiencia tiene algo que enseñarnos, aunque no albergaba demasiadas esperanzas.

Los primeros días en L. A. la pasamos muy mal: engordábamos y

adelgazábamos de modo espectacular y nos negábamos a conocer gente. El panorama de los exbecarios mexicanos era aterrador. Uno de ellos había llegado hacía mucho a estudiar cine en Hollywood y decidió quedarse a vivir en la meca del celuloide. “Dejé mi corazón en Disneylandia”, nos explicaba con gesto de mortificación. Todavía no filmaba su primera película pero no pensaba regresar a un país donde todo eran desgracias y las películas con final feliz se contaban con los dedos de una mano. Otro era un economista y, según nos dijo, no tenía reparos en estudiar su carrera en los *shopping malls* mientras durara la beca. Sólo llevando a Adam Smith a la práctica podría tomar decisiones plausibles cuando volviera a su patria a ejercer como jefe de la economía. Ahora estaba feliz, pero el tiempo obraba en su contra: “Cinco años”, nos susurró al oído, “cinco años y entonces sabremos lo que es el fin del mundo”.

Gloria era la coordinadora de becarios y no había una sola de aquellas fiestas en que no se presentara. No sé si hubiera llegado a acercarme a ella, de no darse esta circunstancia. A pesar de todo, nos hicimos buenas amigas. Ella con sus blusones autóctonos, con teñidos naturales y dibujos a grecas hechas por los indios pueblo y yo con mi falda gris a cuadros, camisa blanca con cuello de encaje, tacones discretos y aretes de perlita, estilo Jackie Kennedy. Una gota de agua y otra de aceite; yo siempre escurridiza y ella todo lo contrario. Estaba empeñada en convertirme a una nueva vida, la vida que había descubierto en aquellas tierras.

Hasta ese momento había pasado las mañanas limpiando y esperando a Julio, y las tardes esperando a Julio y comiendo galletas frente a la televisión, pero Gloria tenía esperanzas de que yo sufriera una metamorfosis. Un cambio semejante al que había experimentado ella misma en los pocos años de becaria, y así, me llevaba a todas partes: a sus cursos de postura, meditación trascendental, masaje Shiatsu, arreglo floral Ikebana y medicina holística de lunes a jueves, y los viernes, a las conferencias para inmigrantes sobre control natal y derechos de la mujer en el Tercer Mundo, a cargo de las damas voluntarias de La Liga de la Leche. El objetivo principal de las conferencistas, todas ellas madres y mujeres de éxito, era hacernos ver cómo es que los empresarios, los publicistas y los gobernantes de nuestros países se habían confabulado para privarnos del gozo de criar a nuestros hijos en un mundo más sano y de amamantarlos, cuando menos,

durante los tres primeros años de vida. Como parte de su estrategia, decían estos hombres, habían inundado el mercado con chupones, mamilas y botellas, haciendo del acto de amamantar algo anacrónico y salvaje. Yo no tengo hijos, ni pienso tenerlos, cuando menos en esta vida, pero Gloria hacía caso omiso de este detalle e insistía en pasar por mí, puntual, todos los días.

Entre tanto, Julio había cambiado las miradas dulces, compasivas, por un gesto de desprecio.

—Tú y tus nuevos amigos —me decía—, no tienen los pies en la tierra. El problema de todos ustedes es que están empeñados en creer que la vida es una novela.

Gloria me aconsejaba no hacerle caso. Nuestras ideas podían no concordar, pero su forma de vestir y de conducirse me hacía verla como una persona moderna, decidida y natural, y desde luego, más como un personaje que como un ser de carne y hueso. Bueno, ¿y qué si Julio tenía razón? Su claridad para ver el mundo no lo hacía más feliz. Tal vez por esto o porque ella era mi única amiga fue que decidí acompañarla a todos lados y me aferré a su brazo como a una promesa. Mientras Julio leía a Hobbes, a Locke y a Benjamín Franklin con los ojos inyectados por el cansancio, yo asistía cómodamente a mis clases y luego, con unos panqués horneados en mi clase de repostería sin levadura, me sentaba alegre frente al televisor. Hasta ese momento yo había sido, como Julio, una persona amargada, llena de resentimiento. Creía ser producto de una sociedad mezquina y consumista y me pasaba las tardes lamentándome inútilmente por haber nacido en un mundo frívolo y lleno de basura. En cambio en mis clases aprendí que, si uno se lo propone, el mundo puede ser realmente una novela.

Abriendo mis sentidos a una nueva forma de percibir las cosas pude vislumbrar el horizonte de placeres que ofrecía la nota roja o los programas de opinión donde uno puede sentarse a hablar de sus perversiones como quien da una receta. Y llegué a disfrutar, como antes hacía con una historia, las misas en video y los partidos de golf por cable. En mi clase de pensamiento holístico fue donde me enseñaron que las series de televisión son intrascendentes sólo en apariencia. En realidad, encierran un significado optimista, ya que hacen darte cuenta de que no hay ningún problema, por grande que sea, que no pueda resolverse en treinta minutos. En cuanto al cine, te hace derramar tantas lágrimas

por el dolor ajeno que sólo si eres muy egoísta te acuerdas de pensar en el propio.

Pero no hay plazo que no se cumpla y entre los cursos de Julio y los míos pasaron como un soplo aquellos cinco años. Qué sería de la creatividad de mi amigo el cineasta si un día, como nosotros, decidía regresar, pensé. Qué iba a ser de mi amiga Gloria con su profesión de iridóloga con especialidad en energía corporal, qué iba a ser de mi amiga que gracias a sus cursos ya sabía curar por carta, y podía diagnosticar las peores enfermedades a través de un pelo del paciente enviado por correspondencia. Había llegado el momento de poner a prueba lo aprendido, de iluminar al país con nuestros nuevos conocimientos. Había que abrir los ojos de nuestro pueblo y enseñarle el camino de la posmodernidad. Había llegado nuestra oportunidad de brillar. Las evidencias decían que nos esperaba el paraíso, pero yo, como los demás, sabía que lo que estaba esperándonos era el fin del mundo.

—Por el futuro —brindó mi amigo el cineasta, y entonces se hizo un gran silencio.

Julio se atrevió por fin.

—El futuro no existe —dijo, quién sabe si para ahorrarme la angustia de sabernos a un paso del fin del mundo o si porque en verdad creyera que esa historia que acababa yo de contarle servía de algo: una premonición, una advertencia, un modo oblicuo de anticiparse al mundo que nos esperaba si decidía aceptar la beca.

ISLA EN EL LAGO

Primer amor

Entonces me daba por esperar ansiosa el futuro que fuera tras la puerta. Llegué al Centro y me encaminé sobre Madero como si lo hiciera por primera vez, extrañada de caminar mi ciudad con nuevos pasos, es decir, de ser benévola con esta tierra de nadie. No tenía obligaciones y esa única cualidad me evitaba tener que explicarme lo que hacía o exigirme algo tan absurdo como ser yo misma.

—Perdón, ¿está ocupado?

—Sí, estoy leyendo.

Podía ser transparente, no quedarme en las cosas, y como si eso accionara algún tipo de conjuro, la vida fluía sin tropiezos.

—Me refería al lugar, no a usted. ¿Está ocupado? —sonreí.

—No, no está ocupado.

Cada tramo del Centro, cada rostro, cada losa de mármol del metro rezumaba una forma especial de apasionamiento, la única con que yo quería explicarme el mundo. A mis veinte años, como había oído en algún sitio, “pensaba mucho y mal”, pero en cambio no estaba dispuesta a hacer nada que no sintiera.

Unas veces comía en algún café, otras, en cualquier lugar desde el que pudiera ver hacia la calle sin sentirme invadida. Sitios concurridos en los que sintiera diluirme con facilidad. No compartía el café, ni la conversación. Tampoco creía en el poder que otros suelen adjudicar a las palabras. Me sentaba a observar a los seres que acostumbraban abismarse en el placer de una telenovela sin sonido, o en los pormenores del fraude más comentado, y tras hartarme con todas esas imágenes, abandonaba la mesa para sentir el rayo de luz en los ojos, avanzaba otro trecho frunciendo el entrecejo y entraba en el pasaje del hotel Del Prado o en algún comercio cercano. Me inventaba la necesidad de un paquete de algodón o un par de medias y, siempre sintiéndome un poco espiada, retomaba mi rumbo

hacia ninguna parte. A veces podía comportarme con valentía: sostenía la mirada de un transeúnte o me atrevía a asomar a través de la ventana de algún departamento. Sólo cuando permanecía inmóvil comprendía que estaba sola.

La primera vez que vi a Andrés estaba sentado en el café, frente a mí. Su altura lo hacía estar más allá de todo. Estaba sentado con las piernas extendidas hacia la base de la mesa, los brazos cruzados esperando su turno. Así era él: parecía estar siempre en espera de una oportunidad para brillar y, no obstante, brillaba. Tenía un modo agradable de permanecer, simplemente, aun cuando semejara pasarse la vida en otro lugar, y eso era suficiente para hacer de algunas partes de su cuerpo algo bello, sin que él lo supiera, las manos, por ejemplo; era hermoso verlas reposar, no haciendo nada, ajenas a su propia belleza.

Sentada a distancia, yo veía la manera orgullosa que esas manos tenían de separarse del cuerpo y descansar sobre la mesa o sobre sí mismas. Eran unas manos capaces de hacer sentir las caricias más convencionales, pensé y, sin embargo, esa forma que tenían de estar cuando eran independientes, las volvía ejemplares. Seguramente eran un par de manos capaces de tocar con suavidad, pero como yo estaba harta de toda esa técnica, de tener que contar una vez más esa historia que había confeccionado a modo de carta de presentación, la mía, hecha más de deseos que de verdaderos recuerdos, sin mirar un ápice la bragueta de este hombre sentado en el café frente a mi mesa, me acerqué a pedirle la silla que no estaba ocupando:

—Entonces, ¿puedo tomarla? —mis manos sostenían la silla por el respaldo. Se llevó la mano a la boca y se entretuvo en mirarme; yo hubiera añadido cualquier otra cosa con tal de prolongar el momento elástico en que Andrés asentiría largamente, mucho antes de ocupar, primero la silla, y poco después, parte de su vida.

Había venido a escribir, dijo. Sobre la mesa había un libro abierto en una página maltratada por el uso. Como quien no quiere la cosa, empecé a mirar el libro de Andrés, con la intención de entrar en su vida, así fuera por una puerta muy angosta. Su mano reposaba sobre el margen derecho, a la expectativa. Quería

hacerme presente a toda costa, pero mi cabeza se había vaciado, la atención fija en las nervaduras de esa mano, como si quisiera atravesar su superficie y encontrar no sé qué secreto que se ocultaba en ella.

Oh, Dios; oh, Venus; oh, Mercurio, patrón de los granujas en la ocasión propicia concededme, os lo ruego, una tabaquería no muy grande.

Así, sin reparar en el hecho mismo, como cuando el estupor hace que nuestra atención se prenda del primer objeto que tenemos delante, yo empecé a leer los versos de ese poema escrito en el libro. Era un acto inútil: lo único que hoy recuerdo y que queda de todo aquel sentimiento es, inexplicablemente, el objeto y no la causa de aquel estupor. Éste y el poema quedaron impregnados para siempre; dos hermanos. No así la razón de mi necesidad de sujetarme a un hombre que amaba a Pound, decía, ese gran farsante.

Con envases brillantes y menudos
apilados en orden sobre los anaqueles
y las pendientes piezas olorosas de tabaco prensado
y en tiras
y el lustroso Virginia
puesto debajo del cristal pulido,
y un par de escalas sin excesiva mugre
y las putillas que de paso llegan a cambiar dos palabras
una frase de prisa, y a componerse un poco el pelo.

Él acudió por enésima vez al acto ritual de leer poesía. Yo, en cambio, no era una persona culta. Mis largos paseos constituían mi única riqueza espiritual, por así decirlo, porque mis conocimientos rara vez tenían una relación con las ideas de alguien que no fuera yo misma. Sin embargo, cuando reparé en el significado de esas líneas tantas veces repetidas por una suerte de memoria mecánica, cuando pude construir la escena completa, Andrés recitando largos párrafos, asegurando de tanto en tanto que eran lo mejor que se había pensado jamás, yo misma me

asombraba de la facilidad con que se puede olvidar lo que uno piensa y adoptar las ideas del otro. Yo era otra. No había escrito media línea y, sin embargo, el impulso que me había llevado a comprender, si no el texto, al menos una parte del mundo de Andrés, era el mismo del autor de esas líneas y sólo por eso yo me había vuelto parte de ese autor. Era un grupo de frases que bien podían no hacer ningún sentido: un poeta pidiendo a Mercurio, dios del comercio, que lo volviera tendero, que le prestara una tabaquería no muy grande para ver a las putas componerse el pelo o a los hombres acercarse a comprar tabaco. Finalmente pedía que lo establecieran en otra profesión cualquiera, salvo en su maldito oficio de escritor.

Yo no entendía cómo una persona puede pasarse la vida haciendo algo que le disgusta sin poder retirarse de eso que detesta, pero no dije nada porque sentía un gran placer de oír todo eso dicho por alguien que me gustaba tanto.

Mientras conversábamos, la tarde iba poniéndose de nuestro lado: una suave penumbra iluminaba los objetos, invitándonos a mirar las cosas de un modo distinto. Andrés me habló de lo absurdo que le parecía su vida, la mía y la de todos, hablaba, hablaba dulcemente. Detrás de toda su amabilidad había un odio secreto que disimulaba en las minucias de su gentileza cuando se dirigía, igual que un maestro a un alumno, a mi persona. Así, yo era inferior, pero él me trataba como un igual: era una piadosa manera de hacerme sentir feliz. Hablaba y hablaba, digo, quería ganar tiempo, su atención puesta en cualquier otra cosa menos en mi persona, hasta que comencé a hurgar en mi bolsa, buscando el dinero de la cuenta. Andrés me miraba de reojo. Conté, dentro de la bolsa, los billetes que había recibido en pago por mis ventas y él llamó a la mesera. Cerró el libro de poemas, una edición bilingüe, empastada en rojo, y se mantuvo tranquilo. Ezra Pound, *Poemas*. Para un tipo como él, evidentemente era una cantidad considerable. En el estado casi larvario en que se mantenía, con mi dinero podría subsistir durante varios meses, comprar algunos libros, y cenar un par de ocasiones en algún restaurante de lujo. De nuevo, pedí la cuenta, mis dedos casi prensados en el fondo de la cartera se mantuvieron todo el tiempo dentro de ésta. Había crecido de un modo vertiginoso, Andrés me miraba con admiración. Antes de sentarme en su mesa, no habría sabido quién era el autor de ese libro de poemas, no habría podido librar una sola batalla con este hombre

que ahora se precipitaba en la ignorancia. Pagué y me colgué la bolsa de un hombro, él me abrazó de un modo exagerado y se situó del lado contrario. A pesar de sus esfuerzos por contradecirlo, se le había olvidado que existía un tal Ezra Pound, su tema favorito, esa alianza que ahora nos suspendía de un modo frágil, como una pinza de pean.

Llegamos al hotel Gillow después de habernos reconocido durante largas horas en el café. Pertenece a esa categoría de hoteles que, como queridas de algún antiguo funcionario, aún exhiben con relativo orgullo aquellas partes del cuerpo que constituyeron sus pasadas glorias. Inequívocas bellezas decadentes como imperios devastados. Bastaba con llegar a estos lugares para darse cuenta de que, de un modo terrible y prematuro, su antigua opulencia había ido a situarse a otra parte de la ciudad. Detalles como la estancia abovedada y umbría o las escarapelas del tapiz nos conmovían profundamente.

Pago la habitación por adelantado y nos encaminamos hacia uno de los pisos superiores, poseedores de la magia que este lugar nos confiere. La escalera de granito tuerce hacia el lado derecho y se topa con una pared que la hace perder su forma serpenteante y ceñirse a un cubo. En cada descanso, una especie de pequeño balcón permite mirar hacia abajo y descubrir un patio cubierto por un tragaluz con algunas macetas, a modo de jardín interior. Nos detenemos un momento a observar ese diminuto invernadero rodeado de cuatro muros inmensos, que lo hacen mejorar notablemente. No amamos el campo. Tras la sorpresa de los primeros minutos, éste se vuelve un lugar inhóspito, el verdor se prolonga hasta la locura, hasta hacer insoportable el desamparo. En varios kilómetros no se distingue el trabajo humano, un refugio donde coincidir. Nada más ajeno que esa materia viva, que los murmullos nocturnos. En la naturaleza uno es siempre ajeno, refractario; en cambio, una planta dentro de la casa es una modesta sorpresa, la discreta nostalgia de nuestros años animales.

Pensé que por lo menos una vez al día todos debían sentir su vida reducirse a un espacio semejante a ese jardín. Una vida cercada por un muro que sin duda sabemos hermoso y familiar, pero oprimiente. Finalmente, como todo muro, una distancia. Ese pensamiento me confirmó en la convicción de que sólo en función de esa distancia con lo que algún día fuimos, todos los hombres somos en cierto modo desgraciados, aunque no sea sino por el mero hecho de tener que vivir

acordándonos de algo. Ya fuera por eso o por cualquier otra razón, sentí la necesidad de abrazar a Andrés y de besarle la cara varias veces, olfateando. Me gustaba su olor a cuerpo de Andrés y a café seco. A tabaco. Pero mi gesto pareció asustarlo y, molesto, me retiró como para observarme. Quién eres. Decididamente, había algo que se nos escapaba. Como cuando de niños, en el carrusel, jugamos a huir de quien está atrás nuestro y que nos persigue, sólo que, como nuestra huida es circular, acabamos por no saber si huimos o seguimos con deseo a ese otro que estamos destinados a no alcanzar jamás: a veces, yo necesitaba a Andrés; él, también a veces, creía disfrutar de esta urgencia. Con mayor frecuencia, como ese poeta de su libro, creo que lo que en realidad añoraba era estar en otra parte, ser otra persona.

La llegada no puede aplazarse por más tiempo: la puerta se abre y deja ver un cuarto de regular tamaño, con una salita de recibir al frente. Empecé a curiosear los objetos de esa salita: un televisor, un sillón desgastado, una alfombra azul. Detenía el momento en que tuviera que estar desnuda frente a todas esas cosas. Temía el instante en que todo se terminara, cuando tuviera que quedarme vacía y torpe delante de esos mismos, idénticos objetos. Desde el balcón abierto podía ver las alcantarillas tapadas de basura y desperdicios hasta el tope, los últimos mendigos del día. La fecundidad bulle aun en estas horas, cuando el enjambre ha ido a refugiarse a sus cuartos de vecindad. Todo está en regla: los puestos ambulantes, los expendios de billetes de lotería, los depósitos de dulces típicos, los aparadores con modas recién importadas, las oficinas de gobierno; todo ha cumplido su propósito, todo ha sido puntuado, inventariado, aseado una vez más. Después de desabrocharse el pantalón, Andrés me hace un hueco dentro de la cama. A partir de ese momento, mi vida ya no es mía, mi vida se vuelve un destino.

Tras un breve sueño, Andrés despierta y me mira. Una ligerísima corriente de aire se filtra por la rendija de la ventana y con ella la línea de luz que ataca mi pubis. Contempla mi larga cabellera en desorden. Paulatinamente se ha ido acercando al monte de Venus y lo examina como si éste fuera un objeto precioso. Se acerca olfateando esa escasa alfombra, lo siento cosquillar. Se retira y vuelve a mirarme con detenimiento. Desea recuperar toda su capacidad olfativa, pero de pronto el vientre se le afloja y tiembla. Ha visto la escasez del vello, los pequeños

círculos de piel como largos valles resáceos y algo hinchados, la comezón. Enciende la lámpara de noche y vuelve a mirarme. Parecería que no piensa en nada. “Tienes sarna”, me dice por fin, más que por otra cosa, por ver qué efecto le causa oírlo. Entonces ve que no le causa ningún efecto y se acerca a esa segunda boca que yo le estoy ofreciendo y bebe, interminablemente. En ese momento, mi cuerpo abre una ventana y muy poco a poco, casi a hurtadillas, entra el placer.

Desperté a esa hora indefinida en que aún no ha amanecido y la noche pugna por extenderse un poco más. Era esa hora absurda, gestora de las ideas más inverosímiles, la que me había hecho ver esa otra forma en que podía entenderse el mundo. Desperté feliz, el recuerdo de las horas más recientes fue haciéndose cada vez más claro. Como si de pronto yo no me perteneciera, mi vida cobraba sentido sólo en función de que me habían amado. Vivía esos instantes con tanta pasión que mis años pasados se volvían un tiempo oscuro, transcurrido sin esa pasión.

Casi sin esfuerzo abrí los ojos, pero como si eso no hubiera bastado para gastar toda mi energía tuve que incorporarme, me senté en la cama. Andrés estaba al fondo del cuarto, frente a mí. Tenía la bolsa abierta, como suspendida entre esas manos que yo había elogiado tanto, inmóviles al saberse descubiertas. Todavía hoy tengo mis dudas acerca de lo que pensé en el momento de verlo a punto de robarme. Me di cuenta de su desconcierto al verme mirarlo tranquila, casi sin sorpresa, y quizá también de mi voluntad de aceptar, si hubiera sido necesario, que vaciara mi cartera con la mayor naturalidad. Quizá ello se haya debido al hecho de que pueden pensarse al mismo tiempo las cosas más diversas sin notar su contradicción y escoger una de ellas como por azar. Pero mi reacción pudo también deberse al deleite casi voluptuoso que experimenté en el momento de darme cuenta de que la intención de este hombre, que me había amado unos minutos antes, era realmente la de robarme. ¿Qué otra cosa podía estar haciendo con mi bolsa abierta? Por su parte, Andrés me miró con fijeza y no encontrando algo mejor de qué asirse tomó el libro, como si su primera reacción al abrir la bolsa hubiera sido la de regalármelo. Sin duda, con ese gesto quería dar marcha atrás al tiempo y comenzar la mañana con amabilidad. Por un momento tuve la idea de arrojárselo, tomar mis cosas y salir rápidamente de ese cuarto estrecho

que ahora era lo único que nos mantenía unidos. Pero al mismo tiempo me di cuenta de que hubiera sido un acto excesivo, inspirado más por una costumbre social que por mis verdaderos deseos, así que me acerqué a Andrés y recibí con serenidad, casi con amor, la deteriorada versión de un Pound que ya nada me decía.

Es la calle de Bolívar muy de mañana y una lluvia tímida cae sobre nuestros cuerpos abrazados. Caminamos casi pegados a los edificios, de vez en cuando se rasca o me rasco, la risa también es contagiosa. Los cafés están todavía cerrados. Una persiana se abre, el perro está haciendo sus necesidades muy cerca de nosotros, el agua corre por las cañerías. Su situación es tan trágica que me obliga a reírme nuevamente: “Te estás burlando”. Levanto la cara hacia la lluvia, el fino rocío da toques. En esta parte de la ciudad los días parecen ser siempre más cortos. Una densa nube de humo y polvo filtra la luz y la adelgaza hasta volverla un espectro, como si todas las mañanas del Centro fueran invernales. Es agradable, cuando una ha estado encerrada en un hotel durante algún tiempo, salir a caminar por sus calles, contrastantes donde el tráfico es más denso, la gente más numerosa y las tiendas están repletas. En este particular entorno, entre el movimiento y carácter de la vida ciudadana, la cabeza se despeja y el cuerpo experimenta una excitación y un nerviosismo tales que nos hacen sentir que lo único que vale la pena hacer en la vida es vagar entre la muchedumbre.

Como a un pavo, Andrés rellena nuestro tiempo con palabras. Es tenaz; lo hace tercamente, no deja un solo hueco sin atiborrar. Quién eres, la frase se ha ido gastando, como un salmo. Viene caminando junto a mí, hacia la Alameda, otra vez por Madero hacia la Casa Boker, hacia otro jardín, hacia donde sea. La mañana es bella, trata de ser benevolente con nuestro amor de amantes recientes, pero él, una vez más, empieza a hablar de Pound con aprensión, hasta con cierto encanto, y las piezas de tabaco prensado, y las putillas que vienen a componerse el pelo y luego me besa con descaro, me aprieta, me ahoga. Un despojo. Quizá me hubiera vaciado, de haberlo yo permitido, claro. Ni un solo alfiler dentro de la bolsa, de haberlo permitido. Con ese tal Ezra Pound pueden librarse todas las batallas que ha vivido el hombre sin conocer una derrota, se puede amar, saquear, despreciar, desvirtuar la decisión de una pobre vendedora de libros a comisión.

Matarla.

Me cobraría cada instante de fingimiento, cada minuto de desamor. Sabía que Andrés había querido poseerme, desvalijarme. Se burlaba. Mi única salida era irme con una determinación igual a la que me había llevado a estar donde estaba, una banca cualquiera al lado de un desconocido igual a los otros desconocidos, un enemigo más.

Los automóviles han recuperado su flujo hormigueante, la vida comienza. Andrés se extraña de mi decisión, me pide explicaciones, no entiende nada, todo se le va en decirme Adriana, Adriana, o Venus o Mercurio, patrón de los granujas, prestadme una tabaquería no muy grande, o establecedme en una profesión cualquiera, salvo esta diabólica profesión de las letras, en la que se precisa la inteligencia todo el tiempo. Me levanto de la banca, él me grita, no lo oigo, me insulta. Qué más da. Esta vez, yo he cubierto todos los gastos.

VACACIONES

Amor por la familia

María alisaba el cabello lustroso de su hija, Nicolás se entretenía con los cangrejos y usted miraba, por primera vez en mucho tiempo, el mar tranquilo frente a sus ojos. Era grato poder estar al fin así, sin hacer nada, descansando sobre la arena. Era grato, digo. Agradable. Pero basta con que usted empiece a sentirse bien para que por algún lado surja la amenaza: entonces sabe que algo terrible va a ocurrirle.

—Bueno, a veces me dispongo a pensar en mi trabajo, por ejemplo.

Sí, piensa en su trabajo y se acuerda del primer día en que llegó estrenando una blanda, indefinible sensación de pánico. Sólo eso. Un miedo que no se justificaba, y a lo mejor debido a eso, un miedo atroz. No tiene derecho al escalafón, le dijeron. Pero usted les contestó que se puede vivir bien sin el escalafón. Incluso, era suficiente con una mesa amplia para cuatro a reserva de que después trajeran los escritorios que hacían falta para que no tuvieran que trabajar tantos compartiendo el mismo espacio. Un miedo terrible. Omnipresente, digo.

—Sí, eso.

Algún tiempo después llegaron por fin las anheladas vacaciones. Yo quisiera hablar del mar, si me permite. A usted le gusta mucho el mar. En aquella ocasión estaban además los cangrejos. Siempre le ha gustado ver cómo se esconden, y tapan los agujeros que dejan sobre la arena húmeda. Dicen que en cada hoyuelo se oculta un cangrejo. Esto le gusta.

—Sí.

Esa vez el mar estaba igual que en las postales. Sólo que hacía frío. Soplaba un viento helado, a pesar del sol. María dijo que una cosa así bastaba para arruinarle el viaje, pero usted hizo como si no oyera y le llamó la atención a

Nicolás por quitarse las sandalias.

—Sí, eso hice. Pensé que podía lastimarse un pie.

Las cosas marchaban como los cuatro hubieran querido. Los niños también tuvieron sus expectativas sobre el viaje. Anita lo escribió en un diario. “Por fin saldremos de vacaciones. Llevaré el traje de baño nuevo, de lunares rojos y blancos, y un gorrito para el sol, que le hace juego. Llevaré también una bolsita para guardar las conchas”. En cambio María sólo lo pensó: “El mar está hecho de agua con sal. Los niños crecen en una bolsa de agua semejante y las lágrimas son agua que sabe a sal”.

—María, mi mujer, es muy melancólica, con cierta tendencia a la depresión. Es fatalista, ¿sabe?

Pero es su mujer.

—Sí, es mi mujer.

Esa vez las cosas marchaban como los cuatro hubieran querido. Sólo que alguien tenía sed.

—Sí, era María. Siempre está llena de necesidades.

Y usted le trajo una limonada. También a los niños. Sólo que encontró a Nicolás cubriendo un cangrejo con un puñado de arena. Usted se enfureció. Nicolás lo había enterrado y se había puesto a brincar sobre él. A medida que lo regañaba crecía más el deseo de pegarle, de sacudirlo y gritarle aún más. Cada vez más fuerte.

—Pero María me detuvo.

Y usted le dijo que estaba echando a perder al niño. Entonces deseó que en verdad se echara a perder. Lo imaginó: alto, fuerte, dieciocho años; Nicolás escupiéndole a usted en plena cara. Realmente lo disfrutó. También en eso había fracasado María.

—Sí.

Sin embargo, le dio usted un beso conciliador.

—Traté de besarla, pero le unté un poco de arena en la mejilla. ¿Sabe? María no soporta la arena pegada en su piel.

Dijo que era usted muy torpe.

—Sí, me lo dijo otra vez.

Apenas lo había dicho, caminó en dirección opuesta a usted, se sentó sobre

una roca y comenzó a mover despacito un pie dentro del agua. Estaba pensativa.

—María es un poco melancólica.

Susceptible.

—¿Cómo dijo?

Susceptible.

—Sí. Susceptible a los derrumbes.

Esa vez las cosas marchaban como los cuatro hubieran querido. María se ocupaba de los niños, ¿ya lo dije?, usted contemplaba el mar. Era la tercera vez que María preguntaba si no podría asolearse nunca, pero usted hizo como si no oyera y la dejó levantarse a inflar la llanta de plástico de los niños.

—Sí, luego la vi subir a Anita sobre la llanta y mirarla un rato; mirarla brincar olas.

Pero las olas la tiraban. Anita chillaba y se quejaba cada vez.

—Sí, María se quejaba también, quería estar sola, asolearse en paz, dijo.

Por eso usted apagó el cigarrillo en la arena y se dirigió hacia donde estaba su pequeña hija. El agua estaba fría; lo hizo estremecerse, pero usted no pensaba en otra cosa que en sacar a su hija porque estaba varada. Una vez que la hubo sacado de entre el agua y la arena, la observó.

—Sí.

Lloraba de un modo horrible, presa del susto. A usted también le dio un poco de miedo; imaginó a Anita ahogada, flotando como una claraboya.

—Sí.

Pero le dio también coraje. Sobre todo eso. María se las arregla muy bien para desentenderse de los niños.

—Sí. En realidad el temor surgía de haberme dado cuenta de que estaba deseando que Anita se hubiera ahogado; imaginé la cara demudada y atónita de María al ver a Anita pálida, muerta por su negligencia. En verdad, lo deseaba realmente.

Pero una ola repentina lo hizo volver a escena. Anita no estaba muerta, María se asoleaba con tranquilidad en la playa después de haberse cerciorado de que todo estaba en orden y usted trataba de calmar el llanto histérico de su hija.

—Sí.

La zarandeo.

—Sí.

También le apretó los bracitos. Muy fuerte. Le dijo que para eso se reventaba uno trabajando. También le dijo que le había arruinado las vacaciones.

—Sí, que nos las había arruinado a todos, sin remedio. Después la obligué a callarse de una vez. Sólo le quedó el hipo.

María lo llamó, furiosa. Le dijo que ahora podía sentirse satisfecho, inflado como globo. Pero usted, sin hacer caso, se dirigió a Nicolás, lo tomó de los hombros y lo invitó a jugar.

—Sí.

Casi lo obligó.

—Sí.

Pensó que de ese modo Anita sentiría celos de su hermano y unas ganas enormes de correr a abrazarlo a usted.

—No; en realidad lo hice para que se sintiera más culpable.

Usted la ignoró y en cambio se puso a corretear a su hijo por la playa; jugaban y reían alegremente. Nicolás le arrojaba un disco y usted se lo devolvía. Era divertido.

—En absoluto.

¿Cómo dice?

—En realidad fue divertido porque al vernos, Anita se sentía más y más culpable; pero cuando dejó de interesarse por mirarnos y se empezó a entretener escarbando un hoyo, el juego se volvió aburrido.

Aunque después de todo, las cosas no marchaban muy distinto de lo que los cuatro hubieran querido. Hacía frío, sólo un poco, y el viento agitaba la arena en pequeños remolinos. Sin saber por qué, usted se levantó, volteó hacia donde estaba Nicolás; lo vio construir una carretera sobre la arena húmeda y comenzó a andar en dirección opuesta. Apenas pudo oír la voz de María preguntando “¿a dónde vas?”, o ver los ojos de los niños mirándolo alejarse. Siguió caminando, la familia se volvía un puntito distante. Desaparecía.

—Sí.

Entonces pensó en María llorando. No; reparó en que podía llorar.

—Sí.

De hecho. María estaría llorando. Era sólo un presentimiento, pero bastaba

para hacerlo sentir bien. Más que un presentimiento, era un deseo. Un enorme deseo de ver a María llorando.

—Sí.

La visión era realmente hermosa: las clavículas echadas hacia adelante, la barriga lacia. Las lágrimas.

Lágrimas contribuyendo a fijar un rostro viejo para María, surcando nuevos cauces. María luciendo con descaro una impotencia nueva, dejando caer las lágrimas...

María trata de tapar el sol con un dedo, quiere detener el llanto, cambiar el mar de sitio, vaciarlo con un trozo de caracol. Decididamente piensa ahogarse en llanto; pero no, ahora quiere corregir inútilmente el curso de ese camino de sal de sus ojos que lo están mirando con rencor... y es evidente que usted está dispuesto a comenzar de nuevo.

—Sí, es agradable estar así, sin hacer nada, frente al mar...

ISADORA

Amor filial

Isadora empezó a maquillarse con aplicación de anticuario; barnizaba en sus delicadas mejillas el secreto orgullo de la casa. Acto seguido, se dirigió al mal acondicionado ropero, tomó el corsé dulcemente y lo miró con embeleso. Ella misma se lo había fabricado con unos cuantos retazos de satín; así era en el teatro.

Madre: ¿Cómo estás, matriushkita? Espero que sana y hermosa, como siempre. Un consejo (que también yo te los puedo dar): no envejezcas, madre, considera que en este mundo/ en fin, vanidad de cosas vanas. Por las noches me pregunto qué será de ustedes; ¿acabó Porfirio la carrera? Espero que lo tengas trabajando y te pase algún dinero, además del que yo te envío cada mes para que/ lo que son las cosas, madre, tú que no tenías fe en mí y yo que estoy a punto de lograr un estelar, ya te cuento. Adjunto con la presente una cantidad menor a la prometida pero ya sabes que te la he de reponer...

Con la prenda íntima en la mano, se acercó al espejo que lucía un collar de foquitos encendidos alrededor.

—Han dado la primera llamada —dijo Isadora. La primera llamada para ensayar una obra que no ha de presentarse sino hasta dentro de un año, o más. Quizá nunca.

En la pequeña maleta había guardado una veintena de rectángulos de colores en forma de abanico; tubos y cajitas de rubor en polvo, en pasta, y con ellos una gama de posibles Isadoras. Había desprendido ese par de insectos de mil patas que se adherían sin remedio a sus dedos y colocado cada juego de pestañas en el ojo correspondiente. También se había cepillado la escasa mata de pelo y había

verificado que los aretes colgaran de cada oreja. Finalmente, había esparcido una brizna de diamantina roja en cada pómulo para que las luces no apagaran sus chapas de muñeca; ahora se ponía el corsé; todo estaba, pues, en orden.

—Estás esperando que salga puntual por una vez —Isadora se lamía una uña —, eso estás esperando, y que luego te obsequie una estúpida sonrisa, te haga una reverencia, y te diga sin decirte, “contigo, todo”.

La última vez se había tomado el trabajo de confeccionar el ajuar completo, incluida la estola, para la que había teñido algunas plumas. Se había tratado de una colaboración realmente sencilla, sin parlamento, sin dificultades escénicas; esa vez había hecho de maniquí.

Madre: estoy esperando un aumento. Ya se ve que a tu hija la tratan con amor. Hay algo que me preocupa, sin embargo: en tu carta me dices que te visito poco. No sé cómo puedes pensar en que me desplace hasta allá, a mitad de temporada, si sabes que el teatro no perdona. Además, en estos momentos, ayudarte a resolver el conflicto de ustedes/ mira, madre, antepón a tus quejas el hecho de que yo te adoro. Te adoro, pero no puedo...

—Primero vas a ponerme una doble rutina de ejercicios —Isadora se acercó al espejo—. Vas a hacerme rebasar mis límites y luego vas a preguntarme sobre cosas que sabes que ignoro. Yo permaneceré quieta, escuchando, mientras mis ojos buscan desesperadamente un lugar donde posarse. Vas a echarme en cara lo de Saltiel, en el teatro no hay tiempo para romances, lo de mi situación que debe terminarse pronto y mal. Un hilillo salado y caliente resbalará, de cualquier modo.

A veces las básculas mienten. Ésta ya registraba la pérdida de peso necesaria, pero Isadora seguía viendo con desaprobación sus caderas metidas en la tela brillante del corsé. Por fortuna, ya no pensaba en comer, y el sueño se había esfumado gracias a la magia de las anfetaminas. La noche anterior, atacada de nuevo por el insomnio, se había levantado a encerar los pocos muebles, a lustrar uno a uno sus zapatos, a acomodar cajones, convencida de que jamás lograría

tener las cosas limpias y en orden. Súbitamente había cobrado conciencia de que no soñaba. Esa falta de sueños la hizo entonces despertar ya no al descanso, sino al hastío de sus pequeños logros que en esos espacios nocturnos parecían siempre insuficientes, al vacío de los últimos tiempos.

Por mi parte estoy bien; hasta *muy bien*, diría yo. El director es un hombre maravilloso, un gran apasionado del arte, un/ los compañeros son también gente agradable. Ya ves, madre, que tu pequeña Is está contenta. Sí, ya voy a darte noticia de lo que te preocupa. Vivo con una amiga en una habitación muy linda que tenemos rentada a la dueña de un departamento que, bueno, no está mal. Ella misma cocina para nosotras y nos cobra una verdadera miseria. Es una persona muy decente y guisa tan rico y abundante que estoy hecha lo que se dice un ropero...

—Ahora vas a olvidarte de todas tus promesas —Isadora estiró los brazos perezosamente—; te cuidarás muy bien de no mencionar lo del estelar que me tenías asignado, lo de las representaciones que, según tú, estaban aseguradas. No harás un reproche abierto, pero yo sabré, apenas se apaguen las luces, que no puedo tenerlo. Está prohibido tener deseos y conflictos psicológicos. Está prohibido embarazarse.

Cuando Isadora se retiró del espejo, la vieja cortina del foro estaba terminando de abrirse.

Deseo, pues, que dejes a un lado tus preocupaciones y que no olvides escribirme pronto; tus cartas siempre son la extensión de las caricias que amo. P. D. Madre: ¿entenderás que pueda sentirme tan feliz, tan libre?

—No es el Gran Teatro lo que representamos, sino nuestros mezquinos mundos particulares —Isadora se preparaba para salir a escena—. Cada uno nos empeñamos en sacar al personaje principal del teatro de nuestra propia existencia y así, al abrirse el doble telón de labios y dientes, nos presentamos y sentimos que empezamos a triunfar.

Isadora veía cómo en mayor o menor grado sus compañeros iban adaptándose a las tablas. Se daba cuenta de que aceptaban cualquier papel con benevolencia, algunos con devoción. Isadora observaba a sus compañeros representarse.

—No puedo conservarlo para mí —Isadora vaciló antes de dar los primeros pasos—. Pronto comenzaría a agitarse dentro del vientre e iría subiendo hasta apretarme la garganta suavemente, dejándome sin aliento.

Entonces, Isadora pensó que en realidad todo era muy sencillo. Allí estaba el diván, y junto al diván, la mesita con las pastillas. Después de todo, ese pequeño cuerpo sería un triunfador a pesar del exceso de trabajo, del abatimiento, del apocamiento producido por la anorexia. Isadora sabía que apenas su madre abriera esa última carta suya empezaría a añorar el cabello delgado, los pechos siempre por despuntar, los pequeños pies de su pequeña Is. Antes de ver la niebla, de sentir cómo cae el pelo en desorden, del golpe en las sienes y en los sentidos, su madre tendría tiempo para estimar que su vida hubiera sido menos inútil si hubiera podido cubrirla con algo tan hermoso como un silencio de tamaña elegancia.

AMANDA

Amor por el trabajo

Eran las seis. Aún era preciso esperar a que el sol se hundiera para ocultar esa especie de pudor que parece acentuarse cuando hay luz. La advertencia fue clara —así que en esto no cabía el asombro— porque ya para entonces Amanda no ignoraba que muy pronto de nada servirían los melindres; simplemente, habría que tomar a los clientes por sorpresa, a pesar de saber que esos rostros, inocentes tras el perfil de los edificios ensombrecidos, eran incommovibles.

Nunca le dijeron lo del cuerpo pegajoso por el doble empeño del sudor y los nervios, metido a presión en la coraza de una ropa demasiado estrecha donde, qué raro, se sentía más cómoda. Sólo habían sido explícitas con lo de las maneras: “Te paras así, luego extiendes la más generosa de las sonrisas, y empiezas con la retahíla de promesas”. Pero como si no se lo hubieran dicho: Amanda empezaba a desesperarse.

Más que por un pudor auténtico, conservaba celosamente cierto uso de las formas, ciertos rasgos impregnados de una vergüenza escrupulosa y calculada porque los sospechaba emparentados con el beneplácito o el rechazo que esos rostros oscuros le otorgaran. Varias veces se había mirado en el espejo antes de salir. Había considerado sus dotes potenciales, como si verdaderamente su enorme pecho de cantante de ópera fuera a imponerse sobre la boca, incluidas las palabras, y realizándolo, le adjudicaba de antemano todo el triunfo de la empresa. Pero en el verbo estaba el secreto —o al menos eso había entendido en el adiestramiento—; así que repetía una y otra vez el pequeño texto, “le brinda, le da, le otorga”, el pequeño texto con que la empresa la iniciaba.

Por fin, entre los árboles enclenques del camellón, la luz de los postes que empezaba a insinuarse, hizo presa del primer incauto. Al verlo, Amanda pensó que tenía ganas de irse a remojar los pies en agua caliente y vinagre, por eso se

volcó sonriendo sin perder un solo instante: “A ver, joven, para ese mal aliento, es una oferta, una promoción, la fábrica de pastillas tal, le viene ofreciendo tal — y enseguida, susurrando casi—, para que ya me vaya a mi casa, ándele”.

Recuperado de la confusión, el hombre la había tomado de la barbilla y oprimía con un par de dedos fríos: no iba a comprar nada, Amanda lo sabía, pero lo miraba para asegurarse la dosis de autocompasión a que estaba acostumbrada. “Ahorita no, pero de aquello, ya sabe que estoy para servirte, reina”, y maldita sea, Amanda había esquivado el pellizco tarde porque ni la seña, ni el golpe bajo que pretendió dar, hallaron blanco sino en esa boca de lobo en la que se había convertido la calle para entonces.

Ahora los automóviles pasaban con menos frecuencia; el par de ojos de los faros iluminaba la cinta gris de la calle y Amanda se entretenía en mirar el humo que parecía salir de ellos, en engañosa actitud de espera. En realidad, hacía un recuento silencioso de lo que había vendido. Visiblemente desalentada, se sacó las zapatillas blancas que le había regalado la compañía, y que hacían un daño enorme a sus empeines de cojín, luego se aplicó a dejar pasar el tiempo.

Cuando había ido por el trabajo no le especificaron bien lo del anuncio en el periódico: “Pues edecán, ¿qué no sabe lo que es ser edecán?”, y ella, por miedo de que la fueran a rechazar, se había conformado con esa explicación. Había puesto en la solicitud una sarta de mentiras que no hubieran hecho falta: hasta después vino a enterarse de que el único requisito indispensable era el par de medias blancas que las solicitantes debían traer de sus casas el primer día y con las cuales el empleo era cosa hecha.

Debía ser una empresa importante esa fábrica de pastillas, porque en menos de una semana habían acudido más de treinta muchachas que, como ella, querían el trabajo de edecán. Más de la mitad se habían arrepentido, desapareciendo con el par de zapatillas y las primeras cajitas que debían vender. Otras, en cambio, anchas como gallinas culecas, decían haber sido recontratadas para esta nueva promoción.

La empresa trabajaba mañana y tarde, pero Amanda empezaba su recorrido a las cuatro porque quería terminar la preparatoria. Un amigo de su hermano le había hablado maravillas del trabajo de aeromoza durante una fiesta y desde entonces, influida por el feliz recuerdo de aquella noche en que su chaperón

había estado lo suficientemente borracho como para no amenazarla con denuncias mezquinas a la familia, soñaba con surcar los aires enfundada en ese uniforme tan lindo. Cuando tuvo a bien externar sus ideales a la familia reunida en la mesa del comedor, Elpidio, que para eso era el primogénito y no en balde había llegado a quinto semestre de Derecho, hizo alarde de su lengua, queriendo amargarle la ilusión. Después vino la unánime aprobación del padre y los demás hermanos que, masticando bien despacio y sin alterar ni un gesto, censuraban a la niña. No hubo necesidad de despegar los ojos del mantel, Amanda mostró por única vez su desacuerdo, bajito, pero con asombrosa convicción: “Pues sí, voy a ser gata, pero gata de angora”. Esa misma tarde había ido al sindicato a ver qué papeles se necesitaban para obtener una plaza. Su padre, ocupado de la prefectura del hogar a raíz de una jubilación que obligaba a las mujeres a cortar las conversaciones telefónicas de más de tres minutos y a vivir en un continuo estado de alerta, la sorprendió antes de que pudiera salir por la otra puerta; no importaba. La tomó del brazo desnudo como quien se apodera del mejor bistec en el mercado y entonces ella tuvo que aspirar la última bocanada del cigarro patriarcal y eso de que parecía corista de quinta; todavía aguantó la respiración cuando él le trazó la pe en la frente y entonces exhaló por fin: no importaba nada.

Se dirigió al sindicato y lo demás fue lo de menos, porque allí su buena estrella la hizo caer justo en manos de quien debía. Había sido lo que se dice un golpe de suerte: Amanda esperaba interminablemente su turno cuando un tipo más bien bajito entró a la sala con las manos en el cinturón, en un esfuerzo por mantener la pretina de los pantalones sobre el ombligo. Con un palillo de dientes sacado quién sabe de dónde, le hizo a Amanda una seña de que pasara a su despacho. Después, se metió el palillo entre dos muelas haciendo ruiditos intermitentes con la saliva y escupió un fragmento de comida. Era el líder sindical. Tras escucharla dijo que sí, que cómo no, que todo era cosa de que ella cooperara un poquito y, aunque eso sí, había muchas pero muchas chicas, no se imaginaba cuántas, que se morían por entrar, él podría darle una manita. Eso sí: la mayoría de las aspirantes se quedaba en el camino, cualquier pretexto les impedía seguir los trámites, c-u-a-l-q-u-i-e-r-a: un centímetro menos de estatura, una pequeña alteración en un examen de salud, cualquier cosita, je, pero ella iba a

entrar, como que se veía que era una muchacha con disposición, o sea, dispuesta, pues, tú me entiendes. Amanda contestó solícita que claro, sí tenía la mejor de las disposiciones, aunque fuera un trabajo duro ella podría con el horario, con las horas de vuelo. Y además era muy responsable. Nada más con que le dijera qué papeles tenía que llevar... Cómo no, chula, él le tomó la mano entre las suyas, cómo no, y le daba golpecitos, yo después te digo. Y luego, estacionando los ojos en el par de montes temblones que casi casi se le volvían anginas: tú nomás vienes conmigo, muñeca.

Amanda suspiró. Se puso a pensar en que las horas gastadas en vender pastillas valían la pena, en que los zapatos apretaban menos y en que el cansancio y todo lo demás eran minucias pasajeras; sólo un medio para alcanzar su ideal de mujer rica, ahora tan próximo.

ANTESALA

Amor por los viajes

Estábamos abandonados a los pensamientos que se colaban por alguno de los escondrijos del vagón de tren cuando no sé quién de los cuatro la vio entrar primero. A pesar de que procuraba hacerlo con discreción, la sonrisa delató su entrada y nos hizo removernos en nuestros asientos. Me extrañó que ese solo gesto pudiera romper tan eficazmente el silencio que se había acumulado desde hacía largo rato en nuestra cabina y, en cierta medida, que la negra se hubiera decidido por el angosto lugar entre la anciana de la ventanilla y la joven opulenta, en vez del que quedaba libre junto a Roberto, en el extremo. De este modo quedaba casi frente a mí. Hizo un recorrido general con la mirada, como cuidando que todo estuviera en orden, y volvió a mostrarnos una medialuna blanquísima entre toda esa oscuridad de piel.

Roberto y yo empezamos a hacernos conjeturas respecto al inusual entusiasmo de la muchacha y así matamos algunas horas más. Entre dientes — apenas unos panecillos de jamón y media botella de vino ácido—, llegamos a la conclusión de que tal gusto por un trayecto que duraría más de veinte horas, aunado a la impaciencia que parecía mostrar, eran prueba suficiente del próximo encuentro, estaciones adelante, con algún enamorado, aunque Roberto todavía insistió en la posibilidad del libro de lectura imprescindible que la joven estaba, ya lo ves, pronta a sacar de la bolsa de cuero; pero no, esta vez tampoco era un libro, sino un pañuelo facial con el que se repartía el sudor por cara y cuello haciendo de su maquillaje, a medida que transcurría el tiempo, una desgracia.

De frente a la estación intentábamos hacer alguna otra cosa que no fuera dejar correr el tiempo. Allá afuera, éste era otra cosa, parecía transcurrir de un modo distinto, eficaz. El maletero corría tras una señora solvente y consternada; un viejo se despedía a besos de una joven. Aquí dentro, en cambio, el

estancamiento iba generalmente acompañado por dos maletas pequeñas, o una grande y un *nécessaire*, o el rápido acomodo de la mochila naranja con un broche abierto que descansaba sobre la parrilla, y de nuevo cada quien a sus asuntos, pero esta vez la anciana había abandonado su reposo caliente para llevarse el pañuelo a la nariz, decidida a no quitarlo de ahí y a que la muchacha negra advirtiera lo que ya había advertido y se orillara hacia la izquierda lo más que le fuera posible. No volvió a moverse sino para lo indispensable, aunque se obstinara en su gesto risueño cuando Roberto le preguntó la hora, a saber si en un intento desesperado de apresurar el tiempo, o con ese maldito afán de proteger, tan suyo.

Eran las tres. La hora del silbato en las fábricas, del recogimiento, de la campanilla en mi casa de niña cuando mi madre pedía el salero. Traté de cubrir el cristal con mi suéter, pero el sol parecía atravesarlo como cuando una mira a través de las radiografías y no entiende nada, pero el médico le dice que está sana, que puede irse a tomar unas vacaciones, y una viene con la ilusión de encontrar un mundo nuevo, la cuna de la civilización y la cultura, y lo único que encuentra es el rayo de plomo en la cara, porque la cortina de nuestro compartimiento ha sido arrancada o están lavándola, o nunca ha habido cortina alguna y soportar este calor es parte de la prueba por la que todo viajero debe pasar si quiere entorpecer su rutina con un paréntesis de ausencia, y bueno, la negra sigue sonriendo.

Miré a Roberto enfrascado en su lectura, ajeno. Por primera vez sospeché de él. Recordé que durante sus narraciones jamás tocaba el punto de los percances, esos minúsculos fracasos, como si éstos no existieran. El sol se colaba por mi cráneo hasta el cerebro palpitante. Como si no lleváramos cargando los fracasos en la maleta.

La anciana había comenzado a abanicarse con furia; estiraba el cuello hacia la ventanilla, como si de esta forma pudiera aspirar el aire que entraba antes que los demás y hurtara el poco de frescor que éste traía desde la barranca caliente, y a lo mejor porque no lograba su propósito, nos lanzaba rencorosas miradas que venían a depositarse en la distancia que guardaba celosamente entre su cuerpo y mis pies frente a los suyos. Comprendí que el avance de alguno de mis zapatos hubiera sido un claro signo de provocación, así que me levanté y comencé a

desplazarme trabajosamente por el pasillo. Pensé en encontrar un rastro de oxígeno, una especie de consuelo, pero la mayoría de viajeros en otras cabinas habían tenido la misma idea, así que volví a mi asiento y traté de guardar la calma. Después de todo, ¿qué podrían significar algunas horas si me estaba esperando el Paraíso?

Cerré los ojos. Traté de dormir inútilmente, y los abrí de nuevo. De izquierda a derecha: las cintas plateadas del pelo y los lentes con cadenilla de plata; después el pelo crespo y la mirada tierna y saltona; por último viene el pelo escurrido y por lo menos cinco mil calorías diarias de más. Me apliqué a la tarea de usar mis ojos como una cámara fotográfica. Los abría y los cerraba, elevaba y bajaba el puente de los párpados captando todos los instantes. Así podía observar a los demás a mis anchas. Incluso a Roberto, que se desesperaba a bocanadas con la misma página desde hacía varias horas. La gorda era la más fotogénica. Cambiaba constantemente de posición. Cruzaba las piernas y trataba de elevarlas lo suficiente como para que las lorzas de carne entre ambas no se estorbaran e hicieran imposible la faena. Se rodeaba con los brazos; se azotaba de perfil; lograba fotografías realmente hermosas. Por el contrario, la quietud de la negra la hacía una pésima modelo. Lo único interesante era el efecto de la pintura corrida: la hacía lucir como una improvisada plañidera al llorar silenciosos lagrimones de rímel. Alguien preguntó la hora. Pensé que la ilusión de quienquiera que hubiera hecho la pregunta no acertaba la distancia.

Recordé el método de Roberto para hacer pasar el tiempo: una cuchilla imaginaria en forma de cruz divide el reloj en cuartos; después, otras dos lo subdividen en periodos menores: siete y medio, casi cuatro minutos... así hasta llegar a lapsos de apenas un minuto. Todo era cuestión de imponerse a vivir esas pequeñas metas temporales, un minuto cada vez, sin pensar nunca en el número de horas que éstos suman, en las que aún faltan por transcurrir. Así era también en la tortura; sólo hay que pensar en soportar el dolor el siguiente minuto...

Por lo visto Roberto se las arreglaba muy bien con sus teorías, porque cuando le pregunté extrañada si no habíamos dejado atrás esa misma estación por la que atravesábamos de nueva cuenta, ese tubo de luz que ahora estaba encendido, pero que era el mismo tubo de luz neón de antes, él apenas titubeó: “Puede ser, pero mira, igual no, ¿por qué no tratas de dormir un poco?”, y se abstraigo enseguida

en su libro. Yo comenzaba a impacientarme. No obstante, me acordé que pronto todo sería diferente, lo había sentido al empacar mis cosas; era como comenzar de nuevo. Una idea me tomó desprevenida: ¿y si los misterios del viaje no hubieran existido más que en la ilusión de los que han relatado sus viajes? De cualquier modo, era una tontería. En esa ocasión fue el empleado de ferrocarril quien entró en el camerino: “Mestre, próxima parada”. Saqué el mapa. No habíamos adelantado mucho.

En lo incómodo de un vagón de tren, en lo incierto, también se acurrucan los recuerdos más nítidos: por más esfuerzos que hacía, no lograba pensar en otra cosa que en mi ilusión anterior al momento de iniciar el viaje y en lo que serían los primeros paseos al llegar a la nueva ciudad. Sólo como una sospecha, entreví la insignificancia de los sucesos del primer día, sus rituales ocultos, como una especie de insinuación de lo que podía encontrarme si buscaba demasiado afanosamente. No importaba. El deseo de llegar seguía siendo demasiado intenso, demasiado abrumador. Me asomé por la ventanilla (*non jettare acun ojetto per i finestrino*) y casi di un brinco: la cinta neón como única referencia, pero tan clara, tan igual a la que habíamos dejado atrás hacía unas horas, que no pude contener las ganas de preguntarle a la negra que observaba muda a través del grueso cristal: “Disculpe, ¿no hemos pasado antes por aquí?”. Ella parecía observar con atención algo distante, algo encajado más allá de las letras azules, entre el pedregoso cerebro. “Ya hemos estado aquí, ¿no es cierto?”. Pero los ojos no me miraban. Se clavaban en alguna parte de mi cara y no me miraban. No insistí. Había abandonado la idea de que pudiera darme algún informe preciso, por más que fuera la única viajera despierta en el camerino. Volví a la ventanilla y el tren reanudó su marcha. La vista se volvió hermosa: una barranca extendía su húmedo fondo por varios kilómetros a lo largo del camino. Tuve la absurda impresión de que casi me daba lo mismo llegar que permanecer donde estaba, igual que a esa muchacha muda y oscura.

No sé si alguna vez Roberto sintió el hormigueo en la nuca, de cualquier modo no me lo hubiera dicho; para él los viajes son siempre motivo de alegría. “Un ligero cambio —decía—, verás que todo adquiere una súbita novedad.” No podía defraudarlo con mi estúpida pregunta, con la aclaración de que no era sólo por el calor. ¿Cómo iba a explicarlo después de tantos y tantos kilómetros?

Alguien me ofreció un poco de café. Era Roberto. Su rostro suave se tendía como un apoyo: lo besé. Acto seguido me acurrugué sobre su pecho y traté de hacer lo mismo que la gorda, cuya revista yacía olvidada entre los muslos, próxima a caerse; pero entonces el tren se detuvo. Ignoro cuál es la razón que nos hace abrir los ojos cuando el tren está inmóvil y mirar hacia afuera, para confirmar la pesadilla. Un letrero azul, bajo la luz de neón de cualquier estación intermedia. A veces, el empleado de ferrocarril confirma el sueño: “Mestre, próxima parada”. Entonces me levanto, trato de convencerme de que los demás también han oído, de que no miran al mismo maletero ni al viejo impúdico, sino al hombrón de sandalias con cintas atadas a sus pantorrillas, remedo de gladiador, que va recorriendo la puerta del camerino, que se está sentando en el lugar desocupado, junto a Roberto. Todos lo miramos con disgusto, como si viniera a romper con una suerte de orden preexistente. Después de acomodar su breve equipaje se sienta y ve a la negra que mira la estación.

—Parece que todas fueran la misma, ¿no es cierto?

La negra asiente, sonríe. ¿Por qué fingió no entenderme, momentos atrás? El tren avanza. La negra no me escuchó, Roberto sigue enfrascado en su lectura y afuera las vacas siguen pastando aunque los relojes cambien puntualmente la hora. Algo adentro no se mueve. Nadie parece notar que algo adentro no se mueve.

La anciana sale y vuelve pronto. Parece indignada de que el recién llegado tenga unas piernas tan gruesas, tan peludas y tan desnudas. Ahora es la negra quien mira a la anciana, desafiante. Pronto vuelven a cerrar los ojos, en un intento por recuperar el sueño. Yo también.

La negra me mira de soslayo, sonriendo su superioridad. Me intimida. Obviamente hay algo que ella sabe y que yo ignoro. Todavía un poco antes de haberme levantado hacia el bidet, alcanzo a escuchar la voz del empleado del ferrocarril, “Mestre, próxima parada”, y veo claramente cómo, sin inmutarse, Roberto se acerca a mi oído en un acto que considero casi piadoso y con una extraña emoción susurra: “Estamos llegando...”. No quiero imaginar la nueva ciudad; contengo todo asomo de emoción y voy a pararme al pasillo que divide ambos vagones, en espera de que se desocupe el baño. Observo a través del cristal; veo cómo las letras pegadas en él se mezclan. Sé que en la próxima

estación descubriré al maletero corriendo tras la señora que parecerá solvente y consternada, al abuelo que acariciará el rostro de la joven, la sonrisa blanquísima delatando la entrada de la muchacha que es toda oscuridad de piel. Todavía de pie, considero la barranca, el perfecto amparo de su fondo. Descubro, en una especie de memoria futura, el mismo tubo de luz sobre el engañoso letrero, nuestro destino.

ENTREACTO

Amor por el ritual

Se pregunta por qué tendrá esa costumbre de no poder oír las puertas cerrarse con estrépito. Cada vez que sucede, cuando de veras sucede el milagro del encuentro, la imagen del par de zapatos va precedida de un ruido deliberado al dar vuelta al picaporte y ese simple gesto basta para ponerla a temblar de miedo y placer. “La verdadera función de los actos simples —piensa—, qué extraña”, porque ese primer ruido del picaporte encierra, además, la cualidad de incluir como garantía un nuevo estrépito cuando la puerta sea otra vez cerrada. En ese minuto sabe que es posible entusiasmarse por algo nuevamente, aunque ese algo no sea sino el deseo inútil de que el tiempo que acaba de transcurrir vuelva.

En un sentido riguroso, ni ese tiempo ni el verano siguiente llegarán. Es decir, volverán los paseos a la playa con todas las comodidades de un hotel de primera clase, o las eternas esperas, cuando no haya dinero para salir juntos de vacaciones y ella tenga que contar con angustia las horas que pasan juntos, sin decirse una palabra, y las vea perderse sin remedio; pero la certeza de que a partir del instante en que se abra la puerta con violencia ocurrirá que tendrán mil cosas que decirse, que vivir “hasta la muerte”, hace tiempo que no la tiene.

Empieza el día con optimismo; jala la punta de la colcha y trata de no pensar en las goteras del baño, en el lavabo tapado, en la ropa sucia apilada por semanas por más que todo eso le disguste, porque ha recibido un telegrama. Cuando él llegue, abrirá la puerta del departamento, se instalará en la mecedora y la deseará un poco mientras se mece. Sólo para eso ella se ha molestado en limpiar, para que ambos crean que pueden sentirse a gusto entre todo ese orden, para que puedan amarse ordenadamente. Quizá se amen; es un amor triste, pero poco importa el carácter de ese amor.

Él llegará hasta su cama, dudará un instante antes de besarla y luego pondrá

las flores en el piso. Ella, conmovida, mirará el regalo pensando en la última vez que su padre la besó, porque tuvo varicela, hace diecisiete años. También le acarició el brazo y le dijo “no mires la luz”.

A ella le gusta engañarse de vez en cuando. Es un modo de prolongar el placer imaginando “quizá no llegue”, para después recuperar la alegría del encuentro. Y como él no ha llegado, como quizá esté en camino y bordee algunas cuadras, como quizá trate de no caminar la última, la que ya no puede bordearse, ella se inventa la necesidad, por ejemplo, de un café. El tiempo se le viene encima y él ya no debe tardar a menos que haya decidido no venir en el último minuto. Ella lo imagina ya dentro de la casa e inicia una conversación, suspende el momento, lo disfruta y lo deja después ser otra cosa. Habla y se responde y eso que habla todavía no se vuelve la decepción de haberse estrellado en algo incapaz de expresar lo que ahora es sólo un enorme deseo de que él llegue.

Toda su capacidad se ha reducido a poner detalles a la espera. Toma un libro y lo hojea mientras piensa: “Si tuviera tiempo de leer las obras completas, todo lo que está apilado junto a la cama, la vida se va pasando...”. Es decir: esta mañana, ella se levantó de buen humor. Antes de dirigirse al baño buscó la mejor combinación, hizo un poco de ejercicio y trató de suspender el tiempo deteniendo en la memoria el crecimiento de ese amor: “Hoy te quiero igual que ayer, igual que siempre”. Pensó que de ese modo podía prolongarlo, pensó que eso podía ser un remedio contra la muerte de ese amor. Es posible que él ya no venga. Pero ella sabe también que siempre está a un paso de franquear la puerta.

LIBERACIÓN FEMENINA

Amor por los ideales

Al grito de “yo no soy criada de nadie”, Juanita abandonó el lecho conyugal.
Volvió pronto, porque se había olvidado de tender la cama.

«Rosa Beltrán es dueña de una prosa que madura pero no envejece, porque es una escritora que no teme a lo desconocido y a seguir rutas discursivas que hacen sus libros diferentes. Maneja voces audibles, como proponía Italo Calvino, y deja que sus historias sigan una especie de derramamiento natural parecido a los arroyos suaves pero constantes que producen las lluvias perennes»

Élmer Mendoza



Aquí se convoca la narrativa breve de una de las escritoras más destacadas de la literatura mexicana contemporánea. Los cuentos de Rosa Beltrán no son para lectores cómodos, sino para aquellos que encuentran goce en el humor negro que suele acentuar las tragedias personales. En este volumen están incluidos *Amores que matan*, testimonios de mujeres y hombres enfrentados al amor, y a su incapacidad de escapar de él, así como los *Cuentos darwinianos*, donde el amor y la solidaridad son examinados bajo lupa.



Rosa Beltrán es novelista, cuentista, ensayista y traductora. Fundadora de varias colecciones literarias. Ha escrito las novelas *La corte de los ilusos* (Premio Planeta 1995), *El paraíso que fuimos* (2002), *Alta infidelidad* (2006), *Efectos secundarios* (2017) y *El cuerpo expuesto* (2013). Es autora de los volúmenes de cuentos *Optimistas* (2006), *Amores que matan* (1996) y de los libros de ensayos *Mantis: sentido y verdad en la cultura literaria posmoderna* (2010) y *América sin americanismos* (1996). Es licenciada en Lengua y literaturas hispánicas por la UNAM y doctora en Literatura Comparada por la Universidad de California, Los Ángeles. Ha sido subdirectora de *La Jornada Semanal* y directora de literatura de la UNAM. Su obra ha merecido varias distinciones, entre ellas el reconocimiento de la American Association of University Women (AAUW), el Premio Universidad Nacional para Jóvenes Académicos en el área de creación y el reconocimiento Sor Juana Inés de la Cruz por la UNAM. Parte de su obra ha sido traducida al inglés, italiano, francés, holandés y esloveno, y sus cuentos aparecen en antologías publicadas en distintos países. Ha sido calificada como “una voz original cuya ironía punzante y mirada aguda inciden sobre la tradición para subvertirla”.

Amores que matan

Cuentos

Primera edición digital: enero, 2019

D. R. © 2018, Rosa Beltrán. Obra reunida, Tomo III

D. R. © 2008, *Amores que matan*

D. R. © 2018, *Cuentos darwinianos*

D. R. © 2019, derechos de edición mundiales en lengua castellana:

Penguin Random House Grupo Editorial, S.A. de C.V.
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,
colonia Granada, delegación Miguel Hidalgo, C.P. 11520,
Ciudad de México

www.megustaleer.mx

D. R. © Penguin Random House, diseño de cubierta

D. R. © José Fors / Arma blanca, obra artística
grabado, aguafuerte y aguatinta, 1992.

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y *copyright*. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Queda prohibido bajo las sanciones establecidas por las leyes escanear, reproducir total o parcialmente esta obra por cualquier medio procedimiento así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin previa autorización. Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase a CemPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <https://cempro.com.mx>).

ISBN: 978-607-317-401-5

Penguin
Random House
Grupo Editorial



[/megustaleermexico](#)



[@megustaleermex](#)

Conversión eBook:
Tangram. Ediciones Digitales

Índice

CUENTOS DARWINIANOS

Supervivencia del más apto
El origen de las especies
Teoría de la adaptación
El salto evolutivo
Selección natural
Instinto de supervivencia

AMORES QUE MATAN

Shere-Sade
Manual de autoayuda para chinos
Tiempo de morir. Amor conyugal
Grafiti. Amor por las letras
Réquiem. Amor de madres
El hombre de esta mujer usa trajes Sidi. Amor platónico
Diletantes. Amor en la posmodernidad
Isla en el lago. Primer amor
Vacaciones. Amor por la familia
Isadora. Amor filial
Amanda. Amor por el trabajo
Antesala. Amor por los viajes
Entreacto. Amor por el ritual

Liberación femenina. Amor por los ideales

Sobre este libro

Sobre el autor

Créditos